

EL

PERIQUILLO SARNIENTO

POR

EL PENSADOR MEXICANO



TOMO I.

MEXICO.

J. Valdes y Cueva,  
Calle del Refugio núm. 12.

R. Araujo,  
Calle de Cadena, número 13.

1884.

---

---

.....Nadie diga que es suyo el retrato, sino que hay muchos diablos que se parecen unos á otros. El que se hallare tiznado, procure lavarse, que esto le importa más que hacer crítica y exámen de mi pensamiento, de mi locucion, de mi idea, ó de los demás defectos de la obra.

TORRES VILLARROEL *en su prólogo de la*  
*Barca de Aqueronte.*

---

---

---

**Tip. Clarké y Macias, Tiburcio n. 2.**



# VIDA Y HECHOS

DE

# PERIQUILLO SARNIENTO

ESCRITA POR ÉL

PARA SUS HIJOS.

## CAPITULO PRIMERO.

Comienza PERIQUILLO escribiendo el motivo que tuvo para dejar á sus hijos estos cuadernos, y da razon de sus padres, patria, nacimiento y demás ocurrencias de su infancia.



OSTRADO en una cama muchos meses hace, batallando con los médicos y enfermedades, y esperando con resignacion el dia en que, cumplido el órden de la Divina Providencia háyais de cerrar mis ojos, queridos hijos míos, he pensado dejaros escritos los nada raros sucesos de mi vida, para que os sepais guardar y precaver de muchos de los peligros que amenazan y aun lastiman al hombre en el discurso de sus dias.

Deseo que en esta lectura aprendais á desechar muchos errores que notareis admitidos por mí y por otros, y que prevenidos con mis lecciones, no os espongais á sufrir los malos tratamientos que yo he sufrido por mi culpa; satisfechos de que mejor es aprovechar el desengaño en las cabezas ajenas que en la propia.

Os suplico encarecidamente que no os escandaliceis con los extravíos de mi mocedad, que os contaré sin rebozo y con bastante confusión; pues mi deseo es instruiros y alejaros de los escollos donde tantas veces se estrelló mi juventud, y á cuyo mismo peligro quedais expuestos.

No creais que la lectura de mi vida os será demasiado fastidiosa, pues como yo sé bien que la variedad deleita el entendimiento, procuraré evitar aquella monotonía ó igualdad de estilo que regularmente enfada á los lectores. Así es que unas veces me advertireis tan sério y sentencioso como un Caton; y otras tan trivial y bufon como un Bertoldo. Ya leereis en mis discursos, retazos de erudicion y rasgos de elocuencia; y ya vereis seguido un estilo popular mezclado con los refranes y *paparruchadas* del vulgo.

Tambien os prometo, que todo esto será sin afectacion ni pedantismo; sino segun me ocurra á la memoria, de donde pasará luego al papel, cuyo método me parece el más análogo con nuestra natural veleidad.

Ultimamente, os mando y encargo, que estos cuadernos no salgan de vuestras manos, porque no se hagan el objeto de la maledicencia de los necios ó de los inmorales; pero si teneis la debilidad de prestarlos alguna vez, os suplico no los presteis á esos señores, ni á las viejas hipócritas, ni á los curas interesables y que saben hacer negocio con sus feligreses vivos y muertos, ni á los médicos y abogados chapuceros, ni á los escribanos, agentes, relatores y procuradores ladrones, ni á los comerciantes usureros, ni á los albaceas herederos, ni á los padres y madres indolentes en la educacion de su familia, ni á las beatas necias y supersticiosas, ni á los jueces venales, ni á los corchetes pícaros, ni á los alcaldes tiranos, ni á los poetas y escritores remendones como yo, ni á los oficiales de la guerra y soldados fanfarrones hazañeros, ni á los ricos avaros, necios, soberbios y tiranos de los hombres, ni á los pobres que lo son por flojera, inutilidad ó mala conducta, ni á los mendigos fingidos; ni

los presteis tampoco á las muchachas que se alquilan, ni á las mozas que se corren, ni á las viejas que se afeitan, ni..... pero va larga esta lista. Basta deciros, que no los presteis ni por un minuto á ninguno de cuantos advirtiereis que les tocan las generales en lo que leyeren; pues sin embargo de lo que asiento en mi prólogo, al momento que vean sus interiores retratados por mi pluma, y al punto que lean alguna opinion, que para ellos sea nueva ó no conforme con sus extraviadas ó depravadas ideas, á ese mismo instante me calificarán de un necio, harán que se escandalizan de mis discursos, y aún habrá quien pretenda quizá que soy herege, y tratará de delatar me por tal, aunque ya esté convertido en polvo. ¡Tanta es la fuerza de la malicia, de la preocupacion ó de la ignorancia!

Por tanto, ó leed para vosotros solos mis cuadernos, ó en caso de prestarlos sea únicamente á los verdaderos hombres de bien, pues éstos, aunque como frágiles yerren ó hayan errado, conocerán el peso de la verdad sin darse por agraviados, advirtiendo que no hablo con ninguno determinadamente, sino con todos los que traspasan los límites de la justicia; mas á los primeros (si al fin leyeren mi obra) cuando se incomoden ó se burlen de ella, podreis decirles, con satisfaccion de que quedarán corridos: “¿de qué te alteras? ¿qué mofas, si con distinto nombre de tí habla la vida de este hombre desarreglado?” (1)

Hijos míos: despues de mi muerte leereis por primera vez estos escritos. Dirigid entónces vuestros votos por mí al trono de las misericordias: escarmentad en mis locuras: no os dejeis seducir por las falsedades de los hombres: aprended las máximas que os enseño, acordandoos que las aprendí á costa de muy dolorosas esperiencias: jamas alabeis mi obra, pues ha tenido mas parte en ella el deseo de aprovecharos; y empapados en estas consideraciones, comenzad á leer.

---

(1) ..... ¿Quid rides? mutato nomine, de te fabella narratur.

## Mi patria, padres, nacimiento y primera educación.

NACI en México, capital de la América Septentrional, en la Nueva—España. Ningunos elogios serian bastantes en mi boca para dedicarlos á mi cara patria; pero, por serlo, ningunos más sospechosos. Los que la habitan y los extranjeros que la han visto, pueden hacer su panegírico más creible, pues no tienen el estorbo de la parcialidad, cuyo lente de aumento puede á veces disfrazar los defectos, ó poner en grande las ventajas de la patria aun á los mismos naturales; y así, dejando la descripción de México para los curiosos imparciales, digo: que nací en esta rica y populosa ciudad por los años de 1771 á 73, de unos padres no opulentos, pero no constituidos en la miseria: al mismo tiempo que eran de una limpia sangre, la hacian lucir y conocer por su virtud. ¡Oh, si siempre los hijos siguieran constantemente los buenos ejemplos de sus padres!

Luego que nací, despues de las lavadas y demas diligencias de aquella hora, mis tias, mis abuelas y otras viejas del antiguo cuño, querian amarrarme las manos, y fajarme ó liarme como un cohete, alegando, que si me las dejaban sueltas, estaba yo propenso á espartarme, á ser muy *manilargo* (1) de grande, y por último, y como la razon de mas peso y el argumento más incontestable, decian, que este era el modo con que á ellas las habian criado, y que por tanto, era el mejor y el que se debia seguir como más seguro, sin meterse á disputar para nada del asunto; porque los viejos eran en todo más sabios que los del dia, y pues ellos amarraban las manos á sus hijos, se debia seguir su ejemplo á ojos cerrados.

A seguida, sacaron de un canastito una cincha de liston que llamaban *faja de dijes*, guarnecida con *manitas de azabache*, el *ojo del*

---

(1) Suele darse á entender con esta palabra, un atrevido dispuesto á dar golpes por motivos ligeros.—E. E.



*¡Valgame Dios, cuando tuvo mi padre que batallar con las preocupaciones de las benditas viudas.*



*venado, colmillo de caimán* y otras baratijas de esta clase, disque para engalanarme con estas reliquias del supersticioso paganismo, el mismo día que se había señalado para que en boca de mis padrinos fuera yo á profesar la fé y santa religion de Jesucristo.

¡Válgame Dios cuánto tuvo mi padre que batallar con las preocupaciones de las benditas viejas! ¡Cuánta saliva no gastó para hacerles ver que era una quimera y un absurdo pernicioso el liar y atar las manos á las criaturas! ¡Y qué trabajo no le costó persuadir á estas ancianas inocentes á que el azabache, el hueso, la piedra ni otros amuletos de esta ni ninguna clase, no tienen virtud alguna contra el aire, rábía, mal de ojo, y semejantes faramallas!

Así me lo contó su merced muchas veces, como tambien el triunfo que logró de todas ellas, que á fuerza ó de grado accedieron á no aprisionarme, á no adornarme sino con un rosario, la santa cruz, un relicario y los cuatro evangelios, y luego se trató de bautizarme.

Mis padres ya habian citado los padrinos, y no pobres, sencillamente persuadidos á que en el caso de orfandad me servirian de apoyo.

Tenian los pobres viejos ménos conocimiento de mundo que el que yo he adquirido, pues tengo muy profunda experiencia de que los más de los padrinos no saben las obligaciones que contraen respecto á los ahijados, y así creen que hacen mucho con darles medio real cuando los ven, y si sus padres mueren, se acuerdan de ellos como si nunca los hubieran visto. Bien es verdad, que hay algunos padrinos que cumplen con su obligacion exactamente, y áun se anticipan á sus propios padres en proteger y educar á sus ahijados. ¡Gloria eterna á semejantes padrinos!

En efecto, los míos ricos me sirvieron tanto como si jamás me hubieran visto; bastante motivo para que no me vuelva á acordar de ellos. Ciertamente que fueron tan mezquinos, indolentes y mentecatos, que por lo que toca á lo poco ó nada que les debí ni de chico ni de grande, parece que mis padres los fueron á escoger de los más miserables del hospicio de pobres. Reniego de semejantes pa-

drinos, y más reniego de los padres que *haciendo comercio del Sacramento del Bautismo*, no solicitan padrinos virtuosos y honrados, sino que posponen éstos á los compadres ricos ó de rango, ó ya por el rastrero interes de que les den una friolera á la hora del bautismo, ó ya néciamente confiados en que quizá, pues, por una contingencia ó estravagancia del orden ó desórden comun, serán útiles á sus hijos despues de sus dias. Perdonad, pedazos mios, estas digresiones que rebozan naturalmente de mi pluma y no serán muy de tarde en tarde en el discurso de mi obra.

Bautizáronme, por fin, y pusieronme por nombre *Pedro*, llevando despues, como es uso, el apellido de mi padre, que era *Sarmiento*.

Mi madre era bonita, y mi padre la amaba con extremo: con esto, y con la persuasion de mis discretas tias, se determinó *nemine discrepante*, [1] á darme nodriza ó chichigua como acá decimos.

¡Ay hijos! Si os casareis algun dia y tuviéreis sucesion, no la encomendeis á los cuidados mercenarios de esta clase de gentes; lo uno, porque regularmente son abandonadas, y al menor descuido son causa de que se enfermen los niños, pues como no los aman y solo los alimentan por su mercenario interes, no se guardan de hacer cóleras, de comer mil cosas que dañan su salud, y de consiguiente la de las criaturas que se les confian, ni de cometer otros excesos perjudiciales, que no digo por no ofender vuestra modestia; y lo otro, porque es una cosa que escandaliza á la naturaleza que una madre racional haga lo que no hace una burra, una gata, una perra, ni ninguna hembra puramente animal y destituida de razon.

¿Cuál de estas fia el cuidado de sus hijos á otro bruto, ni aún al hombre mismo? ¿Y el hombre dotado de razon ha de atropellar las leyes de la naturaleza, y abandonar á sus hijos en los brazos alquilados de cualquiera india, negra ó blanca, sana ó enferma, de buenas

---

(1) Esta fórmula usada en la Universidad, quiere decir en castellano: *sin oposicion*, unánimemente.—E. E.



ó depravadas costumbres, puesto que en teniendo leche, de nada más se informan los padres, con escándalo de la perra, de la gata, de la burra y de todas las madres irracionales?

¡Ah! Si estas pobres criaturas de quienes hablo, tuvieran sindéresis, al instante que se vieran las inocentes abandonadas de sus madres, cómo dirían llenas de dolor y entusiasmo: mujeres crueles, ¿por qué teneis el descaro y la insolencia de llamaros madre? ¿Conoceis acaso la alta dignidad de una madre? ¿Sabeis las señales que la caracterizan? ¿Habeis atendido alguna vez á los afanes que le cuesta á una gallina la conservacion de sus pollitos? ¡Ah! No. Vosotras nos concebísteis por apetito, nos parísteis por necesidad, nos llamais hijos por costumbre, nos acariciáis tal cual vez por cumplimiento, y nos abandonais por un demasiado amor propio ó por una execrable lujuria. Sí, nos avergonzamos de decirlo; pero señalad con verdad, si os atreveis, la causa por que os somos fastidiosos. A excepcion de un caso gravísimo en que se interese vuestra salud, y cuya certidumbre es preciso que la autorice un médico sabio, virtuoso y no forjado á vuestro gusto, decidnos: ¿os mueven á este abandono otros motivos mas paliados que el de no enfermaros y aniquilar vuestra hermosura?

Ciertamente no son otros vuestros criminales pretextos, madres crueles, indignas de tan amable nombre; ya conocemos el amor que nos teneis, ya sabemos que nos sufristeis en vuestro vientre por la fuerza, y ya nos juzgamos desobligados del precepto de la gratitud; pues apenas podeis, nos arrojais en los brazos de una extraña, cosa que no hace el bruto más atroz. Así se produjeran estos pobrecillos si tuvieran expeditos los usos de la razon y de la lengua.

Quedé, pues, encomendado al cuidado ó descuido de mi *chichigua*, quien seguramente carecia de buen natural, esto es, de un espíritu bien formado; porque si es cierto que los primeros alimentos que nos nutren nos hacen adquirir alguna propiedad de quien nos los ministra, de suerte que el niño á quien ha criado una cabra será no

mucho que salga demasiado travieso y saltador como se ha visto; si es cierto esto, digo: que mi primera nodriza era de un genio maldito, según que yo salí de mal intencionado, y mucho más cuando no fué una sola la que me dió sus pechos, sino hoy una, mañana otra, pasado mañana otra, y todas, ó las más, á cual peores; porque la que no era borracha, era golosa: la que no era golosa estaba gálica: la que no tenía ese mal, tenía otro; y la que estaba sana, de repente resultaba en cinta, y esto era por lo que toca á las enfermedades del cuerpo, que por lo que toca á las del espíritu, rara sería la que estaría aliviada. Si las madres advirtieran, á lo ménos, estas resultas de su abandono, quizá no fueran tan indolentes con sus hijos.

No solo consiguieron mis padres hacerme un mal genio con su abandono, sino también enfermizo con su cuidado. Mis nodrizas comenzaron á debilitar mi salud, y hacerme resabido, soberbio é impertinente con sus desarreglos y descuidos; y mis padres la acabaron de destruir con su prolijo y mal entendido cuidado y cariño; porque luego que me quitaron el pecho, que no costó poco trabajo, se trató de crearme demasiado regalon y delicado; pero siempre sin dirección ni tino.

Es menester que sepais, hijos míos, (por si no os lo he dicho) que mi padre era de mucho juicio, nada vulgar, y por lo mismo se oponía á todas las candideces de mi madre; pero algunas veces, por no decir las más, flaqueaba en cuanto la veía afligirse ó incomodarse demasiado, y esta fué la causa porque yo me crié entre bien y mal, no solo con perjuicio de mi educación moral, sino también de mi constitución física.

Bastaba que yo manifestara deseo de alguna cosa, para que mi madre hiciera por ponérmela en las manos, aunque fuera injustamente. Supongamos: quería yo su rosario, el dedal con que cosía, un dulcesito que otro niño de casa tuviera en la mano, ó cosa semejante, se me había de dar en el instante, y cuenta como se me negaba porque aturdió yo el barrio á gritos; y como me enseñaron á darme

cuanto gusto queria porque no llorara, yo lloraba por cuanto se me antojaba para que se me diera pronto.

Si alguna criada me incomodaba, hacia mi madre que la castigaba, como para satisfacerme, y esto no era otra cosa que enseñarme á soberbio y vengativo.

Me daban de comer cuanto queria, indistintamente á todas horas sin orden ni regla en la cantidad y calidad de los alimentos, y con tan bonito método lograron verme dentro de pocos meses cursiento, barrigon y descolorido.

Yo, á mas de esto, dormia hasta las quinientas, y cuando me despertaban me vestian y envolvian como un tamal de piés á cabeza; de manera que, segun me contaron, yo jamás me levantaba de la cama sin zapatos, ni salia del *jonuco* sin la cabeza entrapajada. A más de esto, aunque mis padres eran pobres, no tanto que carecieran de proporciones para no tener sus vidrieritas: teníanlas en efecto, y yo no era dueño de salir al corredor ó al balcon sino por un raro accidente, y eso ya entrado el dia. Me economizaban los baños terriblemente, y cuando me bañaban por campanada de vacante, era en la recámara muy abrigada y con una agua bien caliente.

De esta suerte fué mi primera educacion fisica: ¿y qué podia resultar de la observancia de tantas preocupaciones juntas, sino el criarme demasiado débil y enfermizo? Como jamás, ó pocas veces me franqueaban el aire, ni mi cuerpo estaba acostumbrado á recibir sus saludables impresiones, al menor descuido las estrañaba mi naturaleza, y ya á los dos y tres años padecia catarros y costipados con frecuencia, lo que me hizo medio raquíitico. ¡Ah! no saben las madres el daño que hacen á sus hijos con semejante método de vida. Se debe acostumbrar á los niños á comer lo ménos que puedan, y alimentos de fácil digestion, proporcionados á la tierna elasticidad de sus estómagos: deben familiarizarlos con el aire y demás intemperies, hacerlos levantar á una hora regular, andar descalzos, con la cabeza sin pañuelos ni aforros, vestir sin ligaduras para que sus

fluidos corran sin embarazo, dejarlos travesear cuanto quieran, y siempre que se pueda al aire fresco, para que se agiliten y robustezcan sus nervicillos, y por fin, hacerlos bañar con frecuencia, y si es posible en agua fría, ó cuando no, tibia ó quebrantada como dicen. Es increíble el beneficio que resultaría á los niños con este plan de vida. Todos los médicos sabios lo encargan, y en México ya lo vemos observado por muchos señores de proporciones y despreocupados, y ya notamos en la calle multitud de niños de ambos sexos vestidos muy sencillamente, con sus cabecitas al aire, y sin más abrigo en las piernas que el túnico ó pantaloncito flojo. ¡Quiera Dios que se haga general esta moda para que las criaturas logren ser hombres robustos y útiles por esta parte á la sociedad!

Otra candidez tuvo la pobrecita de mi madre, y fué llenarme la fantasía de *cocos, viejos y macacos*, con cuyos extravagantes nombre me intimidaba cuando estaba enojada y yo no quería callar, dormir ó cosa semejante. Esta corruptela me formó un espíritu cobarde y afeminado, de manera que aún ya de ocho ó diez años, yo no podía oír un ruidito á media noche sin espantarme, ni ver un bulto que no distinguiera, ni un entierro, ni entrar en un cuarto oscuro, porque todo me llenaba de pavor; y aunque no creía entónces en el *coco*, pero sí estaba persuadido de que los muertos se aparecían á los vivos cada rato, que los diablos salían á rasguñarnos y apretarnos el pescuezo con la cola, cada vez que estaban para ello, que habia bultos que se nos echaban encima, que andaban las ánimas en pena mendigando nuestros sufragios; y creía otras majaderías de esta clase, más que los artículos de la fé. ¡Gracias á un puñado de viejas necias que ó ya en clase de criadas ó de visitas, procuraban entretener al niño con cuentos de sus espantos, visiones y apariciones intolerables! ¡Ah! ¡qué daño me hicieron estas viejas! ¡de cuántas supersticiones llenaron mi cabeza! ¡Qué concepto tan injurioso formé entónces de la Divinidad, y cuán ventajoso y respetable hacía los diablos y los muertos! Si os casareis, hijos míos, no permitais á los vuestros que

se familiaricen con estas viejas supersticiosas, á quienes yo vea quemadas con todas sus fábulas y embelecocos en mis dias: ni les permitais tampoco las pláticas y sociedades con gente idiota, pues léjos de enseñarles alguna cosa de provecho, los imbuirán en mil errores y necedades que se pegan á nuestra imaginacion más que una garrapata, pues en la edad pueril aprenden los niños lo bueno y lo malo con la mayor tenacidad, y en la adulta, tal vez no bastan ni los libros ni los sabios para desimpresionarlos de aquellos primeros errores con que se nutrió su espíritu.

De aquí proviene, que todos los dias vemos hombres en quienes respetamos alguna autoridad ó carácter, y en quienes reconocemos bastante talento y estudio; y sin embargo les notamos caprichosamente adheridos á ciertas vulgaridades ridículas, y lo peor es, que están más aferrados á ellas que el codicioso Creso á sus tesoros; y así suelen morir abrazados con sus envejecidas ignorancias; siendo esto como natural, pues como dijo Horacio: *la vasija guarda por mucho tiempo el olor del primer aroma en que se infurtió, cuando nueva.*

Mi padre era, como he dicho, un hombre muy juicioso y muy prudente; siempre se incomodaba con estas boberías: era demasiado opuesto á ellas; pero amaba á mi madre con extremo, y este excesivo amor era causa de que por no darle pesadumbre, sufriera y tolerara á su pesar, casi todas sus extravagantes ideas, y permitiera, sin mala intencion, que mi madre y mi tia se conjuraran en mi daño. ¡Válgame Dios, y qué consentido y malcriado me educaron! ¿A mí negarme lo que pedia, aunque fuera una cosa ilícita en mi edad ó perniciosa á mi salud? Era imposible: ¿refrenar por mis primeras groserías? De ningun modo; ¿refrenar los ímpetus primeros de mis pasiones? Nunca. Todo lo contrario. Mis venganzas, mis glotonerías mis necedades y todas mis boberas pasaban por gracias propias de la edad, como si la edad primera no fuera la más propia para imprimirnos las ideas de la virtud y del honor.


Todos disculpaban mis estravíos y canonizaban mis toscos errores con la antigua y mal repetida cantinela de *déjelo vd.: es niño: es propio de su edad: no sabe lo que hace: ¿cómo ha de comenzar por donde nosotros acabamos?* y otras tonteras de este jaez, con cuyas indulgencias se pervertía más mi madre, y mi padre tenía que ceder á su impertinente cariño. ¡Qué mal hacen los hombres que se dejan dominar de sus mujeres, especialmente acerca de la crianza ó educación de sus hijos!

Finalmente, así viví en mi casa los seis años primeros que ví el mundo. Es decir: viví como un mero animal, sin saber lo que me importaba saber, y no ignorando mucho de lo que me convenia ignorar.

Llegó por fin el plazo de separarme de casa por algunos ratos, quiero decir: me pusieron en la escuela, y en ella ni logré saber lo que debía, y supe como siempre, lo que nunca habia de haber sabido, y todo esto por la irreflexiva disposición de mi querida madre; pero los acaecimientos de esta época, os los escribiré en el capítulo siguiente.

## CAPITULO II.

En el que PERIQUILLO da razon de su ingreso á la escuela, los progresos que hizo en ella, y otras particularidades que sabrá el que las leyere, las oyere leer, ó las preguntare.

IZO sus mohinas mi padre, sus pucheritos mi madre, y yo un monton de alharacas y berrinches revueltos con mil lágrimas y gritos; pero nada valió para que mi padre revocara su decreto. Me encajaron en la escuela mal de mi grado.

El maestro era muy hombre de bien; pero no tenia los requisitos

necesarios para el caso. En primer lugar era un pobre, y emprendió este ejercicio por mera necesidad, y sin consultar su inclinación y habilidad; no era mucho que estuviera disgustado como estaba, y aún avergonzado en el destino.

Los hombres creen (no sé por qué) que los muchachos por serlo, no se entretienen en escuchar sus conversaciones ni las comprenden; y fiados en este error, no se cuidan de hablar delante de ellos muchas cosas que alguna vez les salen á la cara, y entónces conocen que los niños son muy curiosos y observativos.

Yo era uno de tantos, y cumplía con mis deberes exactamente.

Me sentaba mi maestro junto á sí, ya por especial recomendación de mi padre, ó ya porque era el más bien tratadito de ropa que había entre sus alumnos.

No sé qué tiene un buen exterior que se respeta hasta en los muchachos.

Con esta inmediatez á su persona no perdía yo palabra de cuantas profería con sus amigos. Una vez le oí decir platicando con uno de ellos: “solo la maldita pobreza me puede haber metido á escuela; ro; ya no tengo vida con tanto muchacho condenado: ¡qué traviesos que son y qué tontos! por más que hago no puedo ver uno aprovechado. ¡Ah, *fucha* en el oficio tan maldito! ¡Sobre que ser maestro de una escuela es la última droga que nos puede hacer el diablo!.....” Así se producía mi buen maestro, y por sus palabras conoceréis el candor de su corazón, su poco talento y el concepto tan vil que tenía formado de un ejercicio tan noble y recomendable por sí mismo, pues el enseñar y dirigir la juventud es un cargo de muy alta dignidad, y por eso los reyes y los gobiernos han colmado de honores y privilegios á los sabios profesores; pero mi pobre maestro ignoraba todo esto, y así no era mucho que formara tan vil concepto de una tan honrada profesión.

En segundo lugar, carecía como dije, de disposición para ella, ó de lo que se dice genio. Tenía un corazón muy sensible, le era re-

pugnante el affigir á nadie, y este suave carácter lo hacia ser demasiado indulgente con sus discípulos. Rara vez les reñia con aspe-  
reza, y más rara los castigaba. La palmeta y disciplina tenían poco  
que hacer por su dictámen; con esto los muchachos estaban en sus  
glorias, y yo entre ellos, porque hacíamos lo que se nos antojaba  
impunemente.

Ya ustedes verán, hijos míos, que este hombre, aunque bueno de  
por sí, era malísimo para maestro y padre de familia; pues así co-  
mo no se debe andar todo el día sobre los niños con el azote en la  
mano como cómitre de presidio, así tampoco se les debe levantar del  
todo. Bueno es que el castigo sea de tarde en tarde, que sea mode-  
rado, que no tenga visos de venganza, que sea proporcionado al de-  
lito, y siempre después de haber probado todos los medios de la sua-  
vidad y la dulzura para la enmienda; pero si estos no valen, es muy  
bueno usar del rigor según la edad, la malicia y condición del niño.  
No digo que los padres y maestros sean unos tiranos, pero tampoco  
unos apoyos ó consentidores de sus hijos ó encargados. Platon de-  
cia, *que no siempre se han de refrenar las pasiones de los niños con la  
severidad, ni siempre se han de acostumbrar á los mimos y cari-  
cias.* (1)

La prudencia consiste en poner medio entre los dos extremos.

Por otra parte, mi maestro carecia de toda la habilidad que se re-  
quiere para desempeñar este título. Sabia leer y escribir, cuando  
más, para entender y darse á entender, pero no para enseñar. No  
todos los que leen saben leer. Hay muchos modos de leer, según los  
estilos de las escrituras. No se han de leer las oraciones de Ciceron  
como los anales de Tácito, ni el panegírico de Plinio como las co-  
medias de Moreto. Quiero decir, que el que lee debe saber distin-  
guir los estilos en que se escribe, para animar con su tono la lectu-  
ra, y entónces manifestará que entiende lo que lee y que sabe leer.

---

(1) *Lib. VII de legibus.*



Muchos creen que leer bien consiste en leer aprisa, y con tal método hablan mil disparates. Otros piensan [y son los más] que en leyendo conforme á la ortografía con que se escribe quedan perfectamente. Otros leen así, pero escuchándose y con tal pausa, que molestan á los que los atienden. Otros por fin, leen todo género de escritos con mucha afectacion, pero con cierta monotonía ó igualdad de tono que fastidia. Estos son los modos más comunes de leer, y vosotros ireis experimentando mi verdad, y vereis que no son los buenos lectores tan comunes como parece.

Cuando oyéreis á uno que lee un sermón como quien predica, una historia como quien refiere, una comedia como quien representa, etc., de suerte que si cerrais los ojos os parece que estais oyendo á un orador en el púlpito, á un individuo en un estrado, á un cómico en un teatro, etc., decid: éste sí lee bien; mas si escuchais á uno que lee con sonsonete ó mascando las palabras, ó atropellando los renglones, ó con una misma modulacion de voz; de manera que lo mismo lea *las noches de Young* que el *todo fiel cristiano* del catecismo, decid sin el menor escrúpulo, Fulano no sabe leer, como lo digo ahora de mi primer maestro. Ya se ve, era de los que delectaban c, a, ca: c, e, que: c, i, qui, etc., ¿qué se podia esperar?

Y si esto era por lo tocante á leer, por lo que respecta á escribir, ¿qué tal seria? tantito peor, y no podia ser de otra suerte; porque sobre cimientos falsos no se levantan jamás fábricas firmes.

Es verdad que tenia su tintura en aquella parte de escritura que se llama *caligrafía*; porque sabia lo que eran trazos, finales, perfiles, distancias, proporciones, etc., en una palabra, pintaba muy bonitas letras; pero en esto de *ortografía* no habia nada. Él adornaba sus escritos con puntos, comas, interrogaciones y demás señales de éstas; mas sin órden, método ni instruccion; con esto salian algunas cosas suyas tan ridículas, que mejor hubiera sido no haberlas puesto ni una coma. El que se mete á hacer lo que no entiende, acertará una vez, como el burro que tocó la flauta *por casualidad*, pero las

más ocasiones echará á perder todo lo que haga, como le sucedia á mi maestro en ese particular, que donde habia de poner dos puntos ponia coma; en donde ésta tenia lugar, la omitia; y donde debia poner dos puntos, solia poner punto final: razon clara para conocer desde luego que erraba cuanto escribia; y no hubiera sido lo peor que solo hubieran resultado disparates ridículos de su maldita puntuacion; pero algunas veces salian unas blasfemias escandalosas.

Tenia una hermosa imágen de la Concepcion, y le puso al pié una redondilla que desde luego debia decir así:

*Pues del Padre celestial  
Fué María la Hija querida,  
¿No habia de ser concebida  
Sin pecado original?*

Pero el infeliz hombre erró de medio á medio la colocacion de los caracteres ortográficos, segun que lo tenia de costumbre, y escribió un desatino endemoniado y digno de una mordaza, si lo hubiera hecho con la más leve advertencia, porque puso:

*¿Pues del Padre celestial  
Fué María la Hija querida?  
No, habia de ser concebida  
Sin pecado original.*

Ya ven vdes. que expuesto está á escribir mil desatinos el que carece de instruccion en la ortografía, y cuán necesario es que en este punto no os descuideis con vuestros hijos.

Es una lástima la poca aplicacion que se nota sobre este ramo en nuestro reino. No se ven sino mil groseros barbarismos todos los dias, escritos públicamente en las velerías, chocolaterías, estanquillos, papeles de las esquinas, y aún en el cartel del coliseo. Es corriente ver una mayúscula entremetida en la mitad de un nombre

ó verbo, unas letras por otras, etc. Como [v. gr.] *Chocola Tería famosa. Rial estanquiyo de puros y cigarros. El Barbero de Cebilla. La Horgullosa. El Sebero Dictador*, y otras impropiedades de este tamaño, que no solo manifiestan de á legua la ignorancia de los escribientes, sino lo abandonado de la policía de la capital en esta parte.

¿Qué juicio tan mezquino formará un extranjero de nuestra ilustracion cuando vea semejantes despilfarros escritos y consentidos públicamente, no ya en un pueblo, sino nada ménos que en México, en la capital de las Indias Septentrionales, y á vista y paciéncia de tanta respetable autoridad, y de un número de sabios tan acreditados en todas sus facultades? ¿Qué ha de decir, ni qué concepto ha de formar, sino de que el comun del pueblo (y eso si piensa con equidad) es de lo más vulgar é ignorante, y que está enteramente desatendido el cuidado de su ilustracion por aquellos á quienes está confiada?

Seria de desear que no se permitiera escribir estos públicos barbarismos que contribuyen no poco á desacreditarnos. (1)

Pues áun no es esto todo lo malo que hay en el particular, porque es una lástima ver que este defecto de ortografía se estiende á muchas personas de fina educacion, de talentos no vulgares, y que tal vez han pasado su juventud en los colegios y universidades, de manera que no es raro oír un bello discurso á un orador, y notar en este mismo discurso escrito por su mano, sesenta mil defectos ortográficos; y á mí me parece que esta falta se debe atribuir á los maestros de primeras letras, que ó miran este punto tan principal de la

---

(1) En todas partes se ha quejado el buen gusto de los insultos que le ha hecho la barbarie. Hablando sobre esto mismo D. Antonio Ponz, en sus viajes fuera de España, con relacion á iguales barbarismos que notó públicamente escritos en su patria, celebra la policía de muchas ciudades de Europa, en las que vió escritos los rótulos públicos con la mayor exactitud ortográfica y curiosidad calográfica; proponiendo á sus paisanos estos modelos de ilustracion, con el deseo de que los imitaran, que es el mismo que nos anima á la presente,

escritura como mera curiosidad, ó como requisito no necesario, y por eso se descuidan de enseñarlo á sus discípulos, ó enteramente lo ignoran, como mi maestro, y así no lo pueden enseñar.

Ya vdes. verán ¡qué aprenderia yo con un maestro tan hábil? Nada seguramente. Un año estuve en su compañía, y en él supe leer de *corrido*, segun decia mi cándido preceptor, aunque yo leia hasta galopado; porque como él no reparaba en niñerías de enseñarnos á leer con puntuacion, saltábamos nosotros los puntos, paréntesis, admiraciones y demás cositas de estas con más ligereza que un gato; y esto nos celebraban mi maestro y otros sus iguales.

Tambien olvidé en pocos dias aquellas tales cuales máximas de buena crianza que mi padre me habia enseñado en medio del consentimiento de mi madre; pero en cambio de lo poco que olvidé, aprendí otras cosillas de gusto, como (v. gr.) ser desvergonzado, mal criado, pleitista; tracalero, hablador y jugadorcillo.

La tal escuela era, á más de pobre, mal dirigida: con esto solo la cursaban los muchachos ordinarios, con cuya compañía y ejemplo, ayudado del abandono de mi maestro y de mi buena disposicion para lo malo, salí aprovechadísimo en las gracias que os he dicho. Una de ellas fué el acostumbrarme á poner malos nombres, no solo á los muchachos mis condiscípulos, sino á cuantos conocidos tenia por mi barrio, sin esceptuar á los viejos más respetables. ¡Costumbre ó corruptela indigna de toda gente bien nacida! pero vicio casi generalmente introducido en las más escuelas, colegios, cuarteles y otras casas de comunidad; y vicio tan comun en los pueblos, que nadie se libra de llevar su mal nombre á retaguardia. En mi escuela se nos olvidaban nuestros nombres propios para llamarnos con los injuriosos que nos poniamos. Uno se conocia por el tuerto, otro por el corcobado, éste por el lagañoso, aquel por el roto. Quien habia que entendia muy bien por loco, quien por burro, quien por guajolote, y así todos.

Entre tantos padrinos no me habia yo de quedar sin mi pronom-

bre. Tenia cuando fuí á la escuela una chupita verde y calzon amarillo. Estos colores, y el llamarme mi maestro algunas veces por cariño *Pedrillo*, facilitaron á mis amigos un mal nombre, que fué *Periquillo*; pero me faltaba un adjetivo que me distinguiera de otro *Perico* que habia entre nosotros, y este adjetivo ó apellido no tardé en lograrlo. Contraje una enfermedad de sarna, y apénas lo advirtieron, cuando acordándose de mi legítimo apellido me encajaron el retumbante título de *Sarniento*, y héme aquí ya conocido no solo en la escuela ni de muchacho, sino ya hombre y en todas partes, por *Periquillo Sarniento*.

Entónces no se me dió cuidado, contentándome con corresponder á mis nombradores con cuantos apodos podia; pero cuando en el discurso de mi vida eché de ver qué cosa tan odiosa y tan mal vista es tener un mal nombre, me daba á Barrabás, reprochaba este vicio y llenaba de maldiciones á los muchachos; mas ya era tarde.

Sin embargo, no dejarán de aprovecharos estas lecciones, para que á vuestros hijos jamás les permitais poner nombres, advirtiéndoles, que esta burda manía, cuando ménos, arguye un nacimiento ordinario y una educacion muy grosera; y digo cuando ménos, porque si no se hace por mera corruptela y chanzoneta, sino que estos nombres son injuriosos de por sí, ó se dicen con ánimo de injuriar, entónces prueban en el que los pone ó los dice, una alma baja ó corrompida, y será pecaminosa la tal corruptela, de más ó ménos gravedad segun el espíritu conque se use.

Entre los romanos fué costumbre conocerse con sobrenombres que denotaban los defectos corporales de quien los tenia: así se distinguieron los *Cocles*, los *Manos largas*, los *Cicerones*, los *Nasones* y otros; pero lo que entónces fué costumbre adoptada para inmortalizar la memoria de un héroe, hoy es grosería entre nosotros. Las leyes de Castilla imponen graves penas á los que injurian á otros de palabra, y el mismo Cristo dice que *será reo del fuego eterno el que le dijere á su hermano tonto ó fátuo*.

Y si aún con los iguales debemos abstenernos de este vicio, ¿qué será respecto á nuestros mayores en edad, saber y gobierno? Y á pesar de esto ¿cuál es el superior, sea de la clase ó carácter que sea, que no tenga su mal nombre en la comunidad ó en el pueblo que gobierna? Pues este es un osado atrevimiento, porque debemos respetarlos en lo público y en lo privado.

Solo el ser viejo ya es un motivo que debe ejercitar nuestro respeto. Las canas revisten á sus dueños de cierta autoridad sobre los mozos. Tan conocida ha sido esta verdad y tan antigua, que ya en el Levítico se lee: *reverencia la persona del anciano, y levántate á la presencia de los que tienen canas.* Aun á los mismos paganos no se ocultó la justicia de este respeto. Juvenal nos dice: *que hubo tiempo en que se tenía por un crimen digno de muerte, que no se levantara un jóven á la presencia de un viejo, ó un niño á la de un hombre barbado.* [1] Entre los Lacedemonios se mandaba *que los niños reverenciaran públicamente á los ancianos, y les cedieran el lugar en todas ocasiones.*

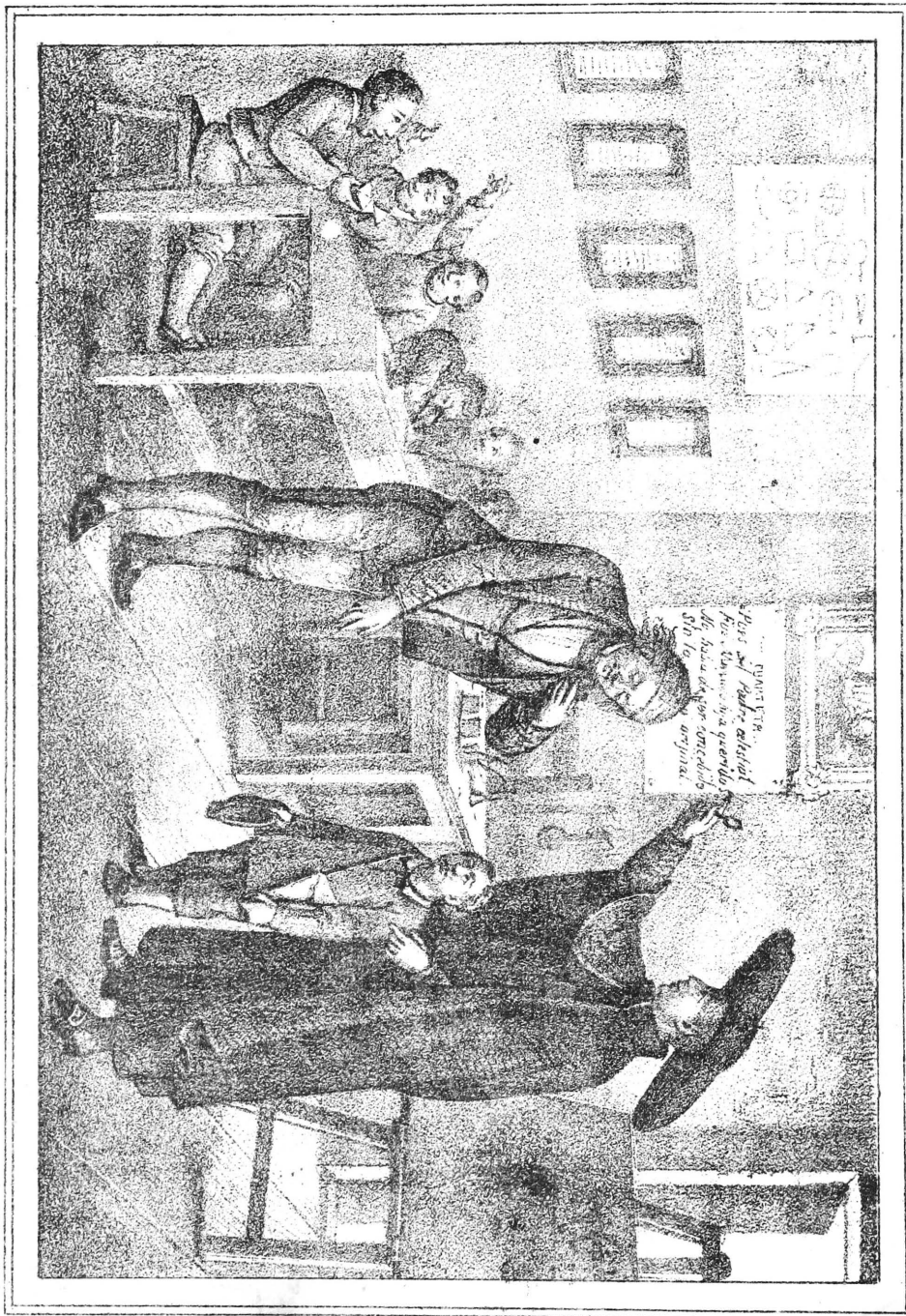
¿Qué dijeran estos antiguos si vieran hoy á los muchachos burlarse de los pobres viejos á merced de su cansada edad? Cuarenta y dos muchachos perecieron en los brazos y dientes de dos osos: ¿y por qué? porque se burlaron del profeta Eliséo gritándole *calvo.* ¡Oh qué bueno fuera que siempre hubiera un par de osos á la mano para que castigaran la insolencia de tanto muchacho atrevido y mal criado que crecen entre nosotros!

No digo á los viejos; pero ni á los asimplados ó dementes se debe burlar por ningun caso. El defecto espiritual de estos infelices debe servir para dar gracias al Criador de que nos ha librado de igual fatalidad: debe contener nuestra soberbia, haciéndonos reflexionar que mañana ú otro dia podemos padecer igual trastorno, como que somos de la misma masa, y por último, debe escitar nuestra compa-

---

(1) Sat. III.





¿Quién escribió esto? A lo que mi buen maestro respondió diciendo que el lo había escrito.



sion hácia ellos, por que el miserable trae en su misma miseria una carta de recomendacion de Dios para sus semejantes. Ved, pues, y qué crueldad no será el burlarse de cualquiera de estos pobrecillos, en vez de compadecerlos y socorrerlos como debia ser. Aprended todo esto para inspirarlo á vuestros hijos, y no tengais por importunas mis digresiones.

Volviendo á mis adelantamientos en la escuela, digo que fueron ningunos, y á sí hubiera sido siempre, si un impensado accidente no me hubiera librado de mi maestro. Fué el caso: que un dia entró un padre clérigo con un niño á encomendarlo á su direccion: despues que hubo contestado con él, al despedirse observó el versito que os he dicho, lo miró atentamente, sacó un anteojo, lo volvió á leer con él, procuró limpiar las interrogaciones y la coma que tenia el *no*, creyendo fuesen suciedades de moscas; y cuando se hubo satisfecho de que eran caractéres muy bien pintados, preguntó: ¿quién escribió esto? A lo que mi buen maestro respondió diciendo: que él mismo lo habia escrito y que aquella era su letra. Indignóse el eclesiástico y le dijo: y vd. ¿qué quiso decir en esto que ha escrito? Yo, padre, respondió mi maestro tartamudeando, lo que quise decir es: que María Santísima fué concebida en gracia original, porque fué la Hija querida de Dios Padre. Pues amigo, repuso el clérigo, vd. eso querria decir; más aquí lo que se lee es un disparate escandaloso; pero pues solo es efecto de su mala ortografía, tome vd. el palo del tintero ó todos sus algodones juntos, y borre ahora mismo y ántes que me vaya este verso perversamente escrito, y si no sabe usar de los caractéres ortográficos, no los pinte jamás, pues ménos malo será que sus cartas y todo lo que escriba lo fie á la discrecion de los lectores, sin gota de puntuacion, que no que por hacer lo que no sabe escriba injurias ó blasfemias como la presente.

El pobre de mi maestro todo corrido y lleno de vergüenza borró el verso fatal, delante del padre y de nosotros. Luego que concluyó su tácita retractacion, prosiguió el eclesiástico: me llevo á mis so-

brinos porque él es un ciego por su edad, y vd. otro ciego por su ignorancia: y si un ciego es el lazarillo de otro ciego, ya vd. habrá oído decir que los dos van á dar al precipicio, vd. tiene buen corazón y buena conducta; mas estas cualidades de por sí no bastan para ser buenos padres, buenos ayos ni buenos maestros de la juventud. Son necesarios requisitos para desempeñar estos títulos, *ciencia, prudencia, virtud y disposición*, vd. no tiene mas que virtud, y ésta solo lo hará bueno para mandadero de monjas ó sacristan, no para director de niños. Con que procure vd. solicitar otro destino, pues si vuelvo á ver esta escuela abierta, avisaré al maestro mayor para que le recoja á vd. las licencias si las tiene. Adios. ¿Consideren vdes., cómo quedaria mi maestro con semejante panegírico? Luego que se fué el padre clérigo, se sentó y reclinó la cabeza sobre sus brazos, lleno de confusion y guardando un profundo silencio.

Ese dia no hubo planas, ni leccion, ni rezo, ni doctrina, ni cosa que lo valiera. Nosotros participamos de su pesadumbre é hicimos el duelo á su tristeza en el modo que pudimos, pues arrinconamos las planas y los libros, y no osamos levantar la voz para nada. Bien es, que por no perder la costumbre, retozamos y charlamos en secreto hasta que dieron las doce, á cuya primera campanada volvió mi maestro en sí: rezó con nosotros, y luego que nos echó su bendicion, nos dijo con un tono bastante tierno: “Hijos míos: yo no trato de proseguir en un destino que léjos de darme que comer, me da disgusto. Ya habeis visto el lance que me acaba de pasar con ese padre. Dios le perdone el mal rato que me ha dado; pero yo no me expondré á otro igual, y así no vengais á la tarde: avisad á vuestros padres que estoy enfermo y ya no abro la escuela. Con que hijos, vayan norabuena y encomiéndenme á Dios.”

No dejamos de afligirnos algun tanto, ni dejaron nuestros ojos de manifestar nuestro pesar. porque en efecto, sentiamos á mi maestro como que magüer tontos, conociamos que no podiamos encontrar maestro más suave si lo mandábamos hacer de mantequilla ó maza-pan; pero en fin nos fuimos.

Cada muchacho haría en su casa lo que yo en la mía, que fué contar al pié de la letra todo el pasaje, y la resolución de mi maestro de no volver á abrir la escuela.

Con esta noticia tuvo mi padre que solicitarme nuevo maestro, y lo halló al cabo de cinco días. Llevóme á su escuela y entregóme bajo su terrible férula.

¡Qué instable es la fortuna en esta vida! Apénas nos muestra un día su rostro favorable, para mirarnos con ceño muchos meses. ¡Válgame Dios, y cómo conocí esta verdad en la mudanza de mi escuela! En un instante me ví pasar de un paraíso á un infierno, y del poder de un ángel al de un diablo atormentador. El mundo se me volvió de arriba abajo.

Este mi nuevo maestro era alto, seco, entrecano, bastante bilioso é hipocondriaco, hombre de bien á toda prueba, arrogante lector, famoso pendolista, aritmético diestro y muy regular estudiante; pero todas estas prendas las deslucía su genio tétrico y duro.

Era demasiado eficaz y escrupuloso. Tenía muy pocos discípulos, y á cada uno consideraba como el único objeto de su instituto. ¡Bello pensamiento si lo hubiera sabido dirigir con prudencia! pero unos pecan por uno y otros por otro extremo donde falta aquella virtud. Mi primer maestro era nimiamente compasivo y condescendiente; y el segundo era nimiamente severo y escrupuloso. El uno nos consentía mucho; y el otro no nos disimulaba lo más mínimo. Aquel nos acariciaba sin recato; y éste nos martirizaba sin caridad.

Tal era mi nuevo preceptor, de cuya boca se había desterrado la risa para siempre, y en cuyo cetrino semblante se leía toda la gravedad de un Areopagita. Era de aquellos que llevan como inflexible el cruel y vulgar axioma de que *la letra con sangre entra*, y bajo este sistema, era muy raro el día que no nos atormentaba. La disciplina, la palmeta, las orejas de burro y todos los instrumentos punitivos, estaban en continuo movimiento sobre nosotros; y yo,

que iba lleno de vicios, sufría más que ninguno de mis condiscípulos los rigores del castigo.

Si mi primer maestro no era para el caso por indulgente, éste lo era ménos por tirano: si aquel era bueno para mandadero de monjas, éste era mejor para cochero ó mandarin de obrajes.

Es un error muy grosero pensar que el temor puede hacernos adelantar en la niñez si es excesivo. Con razon decia Plinio que *el miedo es un maestro muy infiel*. Por milagro acertará en alguna cosa el que la emprenda prevenido del miedo y del terror; el ánimo conturbado, decia Ciceron, no es á propósito para desempeñar sus funciones. Así me sucedia, que cuando iba ó me llevaban á la escuela, ya entraba ocupado de un temor imponderable, con esto mi mano trémula y mi lengua balbuciente ni podia formar un renglon bueno, ni articular una palabra en su lugar. Todo lo erraba, no por falta de aplicacion sino por sobra de miedo. A mis yerros seguian los azotes, á los azotes más miedo, y á más miedo más torpeza en mi mano y en mi lenga, la que me grangeaba más castigo.

En este círculo horroroso de yerros y castigo viví dos meses bajo la dominacion de aquel sátrapa infernal. En este tiempo, ¡qué diligencias no hizo mi madre, obligada de mis quejas, para que mi padre me mudara de escuela! ¡qué disgustos no tuvo! ¡y qué lágrimas no le costó! pero mi padre estaba inexorable, persuadido á que todo era efecto de su consentimiento, no queria en esto condescender con ella, hasta que por fortuna fué un dia á casa de visita un religioso que ya tenia noticia del pan que amasaba el señor maestro susodicho, y ofreciéndose hablar de sus crueldades, peroró mi madre con tanto ahinco, y atestiguó el religioso con tanta solidez á mi favor, que convencido mi padre, se resolvió á ponerme en otra parte, como vereis en el capítulo que sigue.

## CAPITULO III

En el que Periquillo describe su tercera escuela, y la disputa de sus padres sobre ponerlo á oficio.

**L**EGO el aplazado dia en que mi padre acompañado del buen religioso determinó ponerme en la tercera escuela. Iba yo cabizbajo, lloroso y lleno de temor, creyendo encontrarme con el segundo tomo del viejo cruel, de cuyo poder me acababan de sacar; sin embargo de que mi padre y el reverendo me ensanchaban el ánimo á cada paso.

Entramos por fin á la nueva escuela; pero, ¡cuál fué mi sorpresa cuando ví lo que no esperaba ni estaba acostumbrado á ver! Era una sala muy espaciosa y aseada, llena de luz y ventilacion, que no embarazaban sus hermosas vidrieras: las pautas y muestras colocadas á trechos, eran sostenidas por unos genios muy graciosos que en la siniestra mano tenian un feston de rosas de la más halagüeña y exquisita pintura. No parece sino que mi maestro habia leído el sabio Blanchard en su *escuela de las costumbres*, y que pretendió realizar los proyectos que apunta dicho sabio en esta parte, porque la sala de la enseñanza rebosaba luz, limpieza, curiosidad y alegría.

Al primer golpe de vista que recibí con el agradable exterior de la escuela, se rebajó notablemente el pavor con que habia entrado, y me serené del todo cuando ví pintada la alegría en los semblantes de los otros niños, de quienes iba á ser compañero.

Mi nuevo maestro no era un viejo adusto y saturnino, segun yo me lo habia figurado; todo lo contrario: era un semijóven como de treinta y dos á treinta y tres años, de un cuerpo delgado y de regu-

lar estatura; vestia decente, al uso del día y mucha limpieza: su cara manifestaba la dulzura de su corazón: su boca era el depósito de una prudente sonrisa: sus ojos vivos y penetrantes inspiraban la confianza y el respeto: en una palabra, este hombre amable parece que había nacido para dirigir la juventud en sus primeros años.

Luego que mi padre y el religioso se retiraron, me llevó mi maestro al corredor: comenzó á enseñarme las macetas: á preguntarme por las flores que conocia: á hacerme reflexionar sobre la varia hermosura de sus colores, la suavidad de sus aromas y el artificioso mecanismo con que la naturaleza repartia los jugos de la tierra por las ramificaciones de las plantas.

Después me hizo escuchar el dulce canto de varios pintados pajarillos que estaban pendientes en sus jaulitas como los de la sala, y me decía: ¿ves hijo, qué primores encierra la naturaleza, aun en cuatro yerbecitas y unos animalitos que aquí tenemos? Pues esta naturaleza es la ministra del Dios que creemos y adoramos. La mayor maravilla de la naturaleza que te sorprenda, la hizo el Criador con un acto simple de su suprema voluntad. Ese globo de fuego que está sobre nuestras cabezas, que arde sin consumirse muchos miles de años hace, que mantiene sus llamas sin saberse con qué pábulo, que no solo alegra, sino que dá vida al hombre, al bruto, á la planta y á la piedra: ese sol, hijo mio, esa antorcha del día, ese ojo del cielo, esa alma de la naturaleza que con sus benéficos resplandores ha deslumbrado á muchos pueblos, grangeándose adoraciones de deidad, no es otra cosa, para que me entiendas, que un juguete de la soberana Omnipotencia. Considera ahora cuál será el poder, la sabiduría y el amor de este tu gran Dios, pues ese sol que te admira, esos cielos que te alegran, estos pajarillos que te divierten, estas flores que te halagan, este hombre que te enseña y todo cuanto te rodea en la naturaleza, salió de sus divinas manos sin el menor trabajo, con toda perfeccion y destinado á tu servicio. Y qué ¿tú serás tan para poco que no lo conozcas? O ya que lo conozcas ¿serás tan

indigno que no agradezcas tantos favores al Dios que te los ha hecho sin merecerlos? Yo no lo puedo creer de tí. Pues mira: el mejor modo de mostrarse agradecida una persona á su bienhechor, es servirlo en cuanto pueda, no darle ningun disgusto y hacer cuanto le mande. Esto debes practicar con tu Dios, pues es tan bueno. El te manda que le ames y que observes sus mandamientos. En el cuarto de ellos te ordena que obedezcas y respetes á tus padres, y despues de ellos á tus superiores, entre los que tienen un lugar muy distinguido tus maestros. Ahora me toca serlo tuyo, y á tí te toca obedecerme como buen discípulo. Yo te debo amar como hijo y enseñarte con dulzura, y tú debes amarme, respetarme y obedecerme lo mismo que á tu padre.

No me tengas miedo, que no soy tu verdugo: trátame con miramiento; pero al mismo tiempo con confianza, considerándome como padre y como amigo.

Acá hay disciplinas, y de alambre, que arrancan los pedazos: hay palmetas, orejas de burro, cormas, grillos y mil cosas feas; pero no las verás muy fácilmente, porque están encerradas en una cobacha. Esos instrumentos horrosos que anuncian el dolor y la infamia, no se hicieron para tí ni esos niños que has visto, pues estais criados en cunas no ordinarias, teneis buenos padres, que os han dado muy bella educacion y os han inspirado los mejores sentimientos de virtud, honor y vergüenza, y no creo ni espero que jamás me pongais en el duro caso de usar de tan repugnantes castigos.

El azote, hijo mio, se inventó para castigar afrentando al racional y para avivar la pereza del bruto que carece de razon, pero no para el niño decente y de vergüenza que sabe lo que le importa hacer, y lo que nunca debe ejecutar, no amedrentado por el rigor del castigo, sino obligado por la persuacion de la doctrina y el convencimiento de su propio interés.

Aun los irracionales se docilitan y aprenden con solo la continuacion de la enseñanza, sin necesidad de castigo. ¿Cuántos azotes te

parece que les habré dado á estos pajaritos para hacerlos trinar como los oyes? Ya supondrás que ni uno; porque ni soy capaz de usar tal tiranía, ni los animalitos son bastantes á resistirla. Mi empeño en enseñarlos y su aplicacion en aprender los han acostumbrado á gorgear en el órden que los oyes.

Con que si unas avecitas no necesitan azotes para aprender, un niño como tú, ¿cómo lo habrá menester?..... ¡Jesus! ni pensarlo. ¿Qué dices? ¿me engaño? ¿me amarás? ¿harás lo que te mande?—Sí, señor, le dije, todo enternecido, y le besé la mano, enamorado de su dulce génio. El entónces me abrazó, me llevó á su recámara, me dió unos bizcochitos, me sentó en su cama y me dijo que estuviera allí.

Es increíble lo que domina el corazon humano un carácter dulce y afable, y mas en un superior. El de mi maestro me docilitó tanto con su primera leccion, que siempre lo quise y veneré entrañablemente, y por lo mismo lo obedecía con gusto.

Dieron las doce, me llamó mi maestro á la escuela para que las rezara con los niños: acabamos y luego nos permitió estar saltando y enredando todos en buena compañía, pero á su vista, con cuyo respeto eran nuestros juegos inocentes. Entre tanto fueron llegando los criados y criadas por sus respectivos niños; hasta que llegó la de mi casa y me llevó; pero advertí que mi maestro le volvió el libro que yo tenia para leer, y le dió una esquelita para mi padre, la que se reducía á decirle que llevara yo primeramente los compendios de Fleuri ó Pinton, y cuando ya estuviera bien instruido en aquellos principios, seria útil ponerme en las manos *el Hombre feliz, los Niños célebres, las Recreaciones del hombre sensible*, ú otras obritas semejantes; pero que nunca convenia que yo leyera *Soledades de la vida, las novelas de Sayas, Guerras civiles de Granada, la Historia de Carlo-Magno y Doce pares*, ni otras boberas de estas, que léjos de formar, cooperan á corromper el espíritu de los niños, ó dis-



poniendo su corazón á la lubricidad, ó llenando su cabeza de fábulas, valentías y patrañas ridículas.

Mi padre lo hizo segun queria mi maestro, y con tanto más gusto cuanto que conocia que no era nada vulgar.

Dos años estuve en compañía de este hombre amable, y al cabo de ellos salí medianamente aprovechado en los rudimentos de leer, escribir y contar. Mi padre me hizo un vestidito decente el dia que tuve mi exámen público. Se esforzó para darle una buena gala á mi maestro, y en efecto la merecia demasiado. Le dió las debidas gracias, y yo tambien con muchos abrazos, y nos despedimos.

Acaso os habrá hecho fuerza, hijos míos, que habiendo yo sido de tan mal natural por mi educacion física y moral sin culpa, sino por un excesivo amor de mi madre, y habiéndome corrompido mas con el perverso ejemplo de los muchachos de mi primera escuela, hubiera trasformádome en un instante de malo en regular, (porque bueno jamas lo he sido) bajo la direccion de mi verdadero maestro; pero no lo extrañeis porque tanto así puede la buena educacion reglada por un talento superior y una prudencia vigilante, y lo que es mas, por el buen ejemplo que es la pauta sobre que los niños dirigen sus acciones casi siempre.

Así que, cuando tengais hijos, cuidad no solo de instruirlos con buenos consejos, sino de animarlos con buenos ejemplos. Los niños son los monos de los viejos; pero unos monos muy vivos, cuanto ven hacer á sus mayores lo imitan al momento, y por desgracia imitan mejor y mas pronto lo malo que lo bueno. Si el niño os ve rezar, él tambien rezará; pero las más veces con tedio y durmiéndose. No así si os oye hablar palabras torpes é injuriosas: si os advierte iracundos, vengativos, lascivos, ébrios ó jugadores; porque estó lo aprenderá vivamente, advertirá en ello cierta complacencia, y el deseo de satisfacer enteramente sus pasiones lo hará imitar con la mayor proligidad vuestros desarreglos; y entónces vosotros no tendreis cara para reprenderlos, pues ellos os podrán decir: esto nos habeis

enseñado: vosotros habeis sido nuestros maestros, y nada hacemos que no háyamos aprendido de vosotros mismos.

Los cangrejos son unos animalitos que andan de lado; pues como advirtiesen esta deformidad algunos cangrejos civilizados, trataron de que se corrigiera este defecto; pero un cangrejo muchacho dijo; señores, es una torpeza pretender que en nosotros se corrija un vicio que ha crecido con la edad. Lo seguro es instruir á nuestra juventud en el modo de andar derechos, para que enmendando ellos este despilfarro, enseñen despues á sus hijos y se logre desterrar para siempre de nuestra posteridad este maldito modo de andar. Todos los cangrejos *nemine discrepante* (1) celebraron el arbitrio. Encargóse su ejecucion á los cangrejos padres, y éstos con muy buenas razones persuadían á sus hijos á andar derechos; pero los cangrejitos decian *¿á ver como, padres?* Aquí era ello. Se ponian á andar los cangrejos y andaban de lado, contra todos los preceptos que les acababan de dar con la boca. Los cangrejillos, como que es natural, hacian lo que veian y no lo que oian, y de este modo se quedaron andando como siempre. Esta es una fábula respecto á los cangrejos; mas respecto á los hombres es una verdad evidente; porque como dice Séneca: *se hace largo y difícil el camino que conduce á la virtud por los preceptos; breve y eficaz por el ejemplo.*

Así hijos mios, debeis manejaros delante de los vuestros con la mayor circunspeccion, de modo que jamas vean el mal, aunque lo cometais alguna vez por vuestra miseria. Yo, á la verdad, si habeis de ser malos [lô que Dios no permita], mas os quisiera hipócritas que escandalosos delante de mis nietos, pues menos daño recibirán de ver virtudes fingidas, que de aprender vicios descarados. No digo que la hipocresía sea buena ni perdonable; pero del mal el menos.

No solo los cristianos sabemos que nos obliga este buen ejemplo

---

(1) De comun acuerdo.

que se debe dar á los hijos. Los mismos paganos conocieron esta verdad. Entre otros es digno de notarse Juvenal cuando dice en la Sátira XIV lo que os traduciré al castellano de este modo:

Nada indigno del oído ó de la vista  
El niño observe en vuestra propia casa,  
De la doncella tierna esté muy lejos  
La seducción que la haga no ser casta,  
Y no escuche jamás la voz melosa  
De aquél que se desvela en arruinarla.  
Gran reverencia al niño se le debe,  
Y si á hacer un delito te preparas,  
No desprecies sus años por ser pocos,  
Que la malicia en muchos se adelanta;  
Antes si quieres delinquir, tu niño  
Te debe contener aun cuando no habla,  
Pues tú eres su censor, y tus enojos,  
Por tus ejemplos moverá mañana.  
(Y has de advertir que tu hijo en las costumbres  
Se te ha de parecer como en la cara.)  
Cuando él cometa crímenes horribles  
No perdiendo de vista tus pisadas,  
Tú querrás corregirlo y castigarlo,  
Y llenarás el barrio de alharacas.  
Aun mas harás, si tienes facultades,  
Lo desheredarás lleno de saña;  
¡Pero con qué justicia en ese caso  
La libertad de padre le alegraras  
Cuando tú que eres viejo á su presencia  
Tus mayores maldades no recatas?

Después que pasaron unos cuantos días que me dieron en mi casa de asueto y como de gala, se trató de darme destino.

Mi padre, que como os he dicho, era un hombre prudente y miraba las cosas mas allá de la cáscara, considerando que ya era viejo y pobre, queria ponerme á oficio; porque decia que en todo caso mas valia que fuera yo mal oficial que buen vagamundo; mas apenas comunicó su intencion con mi madre, cuando..... ¡Jesus de mi alma! ¡qué aspavientos y qué extremos no hizo la santa señora! Me queria mucho, es verdad; pero su amor estaba mal ordenado. Era muy buena y arreglada; mas estaba llena de vulgaridades. Decia á mi padre: ¿mi hijo á oficio? no lo permita Dios. Qué dijera la gente al ver al hijo de D. Manuel Sarmiento aprendiendo á sastre, pintor, platero ú otra cosa? Qué ha de decir, respondia mi padre, que Don Manuel Sarmiento es un hombre decente, pero pobre, y muy hombre de bien, y no teniendo caudal que dejarle á su hijo, quiere proporcionarle algun arbitrio útil y honesto para que solicite su subsistencia sin sobrecargar á la república de un ocioso mas, y este arbitrio no es otro que un oficio. Esto pueden decir y no otra cosa. No señor, replicaba mi madre toda electrizada: si vd. quiere dar á Pedro algun oficio mecánico, atropellando con su nacimiento, yo no, pues aunque pobre, me acuerdo que por mis venas y por las de mi hijo corre la ilustre sangre de los Ponces, Tagles, Pintos, Velascos, Zumalacárreguis y Bundiburis. Pero, hija, decia mi padre, ¿qué tiene que ver la sangre ilustre de los Ponces, Tagles, Pintos, ni de cuantos colores y alcornias hay en el mundo, con que tu hijo aprenda un oficio para que se mantenga honradamente, puesto que no tiene ningun vínculo que afiance su subsistencia? ¿Pues qué, instaba mi madre, le parece á vd. bueno que un niño noble sea sastre, pintor, platero, tejedor, ó cosa semejante? Sí, mi alma, respondia mi padre con mucha flema: me parece bueno, y muy bueno, que el niño noble, si es pobre y no tiene proteccion, aprenda cualquier oficio por mecánico que sea, para que no ande mendigando su alimento. Lo que me parece malo es, qua el niño noble ande sin blanca, roto ó muerto de hambre por no tener oficio ni beneficio. Me parece

malo que para buscar que comer, ande de juego en juego, mirando donde se arrastra un muerto (1), donde dibuja una apuesta, ó logra por favor una gurupiada (2). Me parece mas malo que el niño noble ande al medio dia espiano donde van á comer para echarse, como dicen, de apóstol, y yo digo de gorrón ó sinvergüenza, porque los apóstoles solian ir á comer á las casas ajenas despues de convidados y rogados, y estos tunos van sin que los conviden ni les rueguen; antes á trueque de llenar el estómago son el hazme reir de todos, sufren mil desaires, y despues de tanto, permanecen mas pegados que unas sanguijuelas, de suerte que á veces es necesario echarlos noramala con toda claridad. Esto si me parece malo en un noble; y me parece peor que todo lo dicho y malísimo en extremo de la maldad imaginable, que el jóven ocioso, vicioso y pobre ande estafando á este, petardeando á aquel y haciendo á todos las trácalas que puede, hasta quitarse la máscara, dar en ladron público, y parar en un suplicio ignominioso ó en un presidio. Tú has oido decir varias de estas pillerías, y aun has visto algunos cadáveres de estos nobles, muertos á manos de verdugos en esta plaza de México. Tú conociste á otro caballero noble y muy noble, hijo de una casa solariega, sobrino nada ménos que de un primer ministro y secretario de estado; pero era un hombre vicioso, abandonado y sin destino: [por calavera] consumó sus iniquidades matando á un pobre maromero en la cuesta del Platanillo, camino de Acapulco, por robarle una friolera que habia adquirido á costa de mil trabajos. Cayó en manos de la Acordada, se sentenció á muerte, estuvo en la capilla, lo sacó de ella un virey por respeto del tío, y permanece preso en aquella

---

(1) Así se llama en los juegos hurtarse una parada á sombra del descuido de su legítimo dueño.

(2) Llaman los jugadores *gurupié* al que ayuda al banquero, montero, etc., á barajar, pagar las apuestas que ganan, recoger las que pierden, etc.--E, E,

cárcel ya hace una porción de años. (1) Hé aquí el triste cuadro que presenta un hombre noble, vicioso y sin destino. Nada perdió el lustre de su casa por el villano proceder de un deudo pícaro. Si lo hubieran ahorcado, el tío hubiera quedado como quedó, en el candelero; porque así como nadie es sabio por lo que supo su padre, ni valiente por las hazañas que hizo, así tampoco nadie se infama ni se envilece por los pésimos procederes de sus hijos.

He traído á la memoria este caso horrendo, y ¡ojalá no sucedieran otros semejantes! para que veas á lo que está espuesto el noble que fiado en su nobleza no quiere trabajar, aunque sea pobre.

Pero ¿luego ha de dar en un ojo? decía mi madre, luego ha de ser Pedrito tan atroz y malvado como D. N. R? Sí, hijita, respondía mi padre, estando en el mismo predicamento, lo propio tiene Juan que Pedro: es una cosa muy natural, y el milagro fuera que no sucediera del mismo modo, mediando las propias circunstancias. ¿Qué privilegio goza Pedro para que, supuesta su pobreza é inutilidad, no sea tambien un vicioso y un ladrón, como Juan, y como tantos Juanes que hay en el mundo? ¿Ni qué firma tenemos del Padre Eterno, que nos asegure que nuestro hijo ni se empapará en los vicios, ni correrá la misma suerte de otros sus iguales, mayormente mirándose oprimido de la necesidad, que casi siempre ciega á los hombres y los hace prostituirse á los crímenes mas vergonzosos?

Todo esto está muy bueno, decía mi madre; ¿pero qué dirán sus parientes al verlo con oficio? Nada: ¿qué han de decir? Respondía mi padre; lo mas que dirán es: mi primo el sastre, mi sobrino el platero ó lo que sea: ó tal vez dirán: no tenemos parientes sastres, etc.; y acaso no le volverán á hablar; pero ahora, dime tú: ¿qué le darán sus parientes el dia que lo vean sin oficio, muerto de hambre y he-

---

(1) Siendo virey el conde de Revillagigedo, lo desterró para siempre á las islas Marianas,

cho pedazos? Vamos, ya yo te dije lo que dirían en un caso, dime tú lo que le dirán en el contrario. Puede, decia mi buena madre, puede que lo socorran siquiera porque no los desdore. Riete de eso, hija, respondia mi padre; como él no los desplatée, poca fuerza les hará que los desdore. Los parientes ricos, por lo comun, tienen un espediente muy ensayado para librarse de un golpe de la vergüencilla que les causan los andrajos de sus parientes pobres, y éste es negarlos por tales redondamente. Desengáñate; si Pedro tuviera alguna buena suerte ó hiciera algun viso en el mundo, no solo lo reconocerán sus verdaderos parientes, sino que se le aparecerán otros mil nuevos, que lo serán lo mismo que el Gran turco, y tendrá continuamente á su lado un enjambre de amigos que no lo dejarán mover; pero si fuere un pobre, como es regular, no contará mas que con el peso que adquiera. Esta es una verdad; pero muy antigua y muy experimentada en el mundo: por eso nuestros viejos dijeron sabiamente, que *no hay mas amigo que Dios, ni mas pariente que un peso*. ¿Tú ves ahora que nos visitan y nos hacen mil espresiones tu tio el capitan, mi sobrino el cura, las primas Delgados, la tia Rivera, mamá Manuela y otros? Pues es porque ven, que aunque pobres, á Dios gracias, no nos falta que comer, y los sirvo en lo que puedo. Por eso nos visitan, por eso y nada mas, creelo. Unos vienen á pedirme prestado, otros á que les saque de este ó aquel empeño, quién á pasar el rato, quién á inquirir los centros de mi casa, y quién á almorzar ó tomar chocolate; pero si yo me muero, como que quedas pobre, verás, verás como se disipan los amigos y los deudos, lo mismo que los mosquitos con la incomodidad del humo. Por estos conocimientos deseara que mi Pedro aprendiera oficio, ya que es pobre, para que no hubiera menester á los suyos ni á los estraños despues de mis dias. Y te advierto que muchas veces suelen los hombres hallar mas abrigo entre los segundos, que entre los primeros; mas con todo eso, bueno es atenerse cada uno á su trabajo y á sus arbitrios, y no ser gravoso á nadie.

Tú, medio me aturdes con tantas cosas, decia mi madre; pero lo que veo es que un hidalgo sin oficio es mejor recibido y tratado con mas distincion en cualquiera parte decente, que otro hidalgo sastre, batihoja, pintor, etc. Ahí está la preocupacion y la vulgaridad, respondia mi padre. Sin oficio puede ser; pero no sin destino ó arbitrio honesto. A un empleado en una oficina, á un militar ó cosa semejante, le harán mejor tratamiento que á un sastre ó á cualquiera otro oficial mecánico, y muy bien hecho: razon es que las gentes se distinguan; pero al sastre y aun al zapatero, lo estimarán mas en todas partes, que no al hidalgo tuno, ocioso, trapiento y petardista, que es lo que quiero que no sea mi hijo. A mas de esto, ¿quién te ha dicho que los oficios envilecen á nadie? Lo que envilece son las malas acciones, la mala conducta y la mala educacion. ¿Se dará destino mas vil que guardar puercos? Pues esto no embarazó para que un Sixto V fuera pontífice de la Iglesia católica.....

Pero esta disputa paró en lo que leereis en el capítulo IV.

## CAPITULO IV.

En el que PERIQUILLO da razon en qué paró la conversacion de sus padres, y del resultado que tuvo, y fué que lo pusieron á estudiar, y los progresos que hizo.

**M**I madre, sin embargo de lo dicho, se opuso de pié firme á que se me diera oficio, insistiendo en que me pusiera mi padre en el colegio. Su merced le decia: no seas cándida; y si á Pedro no le inclinan los estudios, ó no tiene disposicion para ellos, ¿no será una barbaridad dirigirlo por donde no le gusta? Es



la mayor simpleza de muchos padres pretender tener á pura fuerza un hijo letrado ó eclesiástico, aun cuando no sea de su vocacion, tal carrera, ni tenga talento á propósito para las letras: causa funesta, cuyos perniciosos efectos se lloran diariamente en tantos abogados firmones (1) médicos asesinos, y eclesiásticos ignorantes y relajados, como advertimos.

Todavía para dar oficio á los niños es menester consultar su génio y constitucion física, porque el que es bueno para saestre ó pintor, no lo será para herrero ó carpintero, oficios que piden, á más de inclinacion, disposicion de cuerpo y unas robustas fuerzas.

No todos los hombres han nacido útiles para todo. Unos son buenos para las letras, y no generalmente, pues el que es bueno para teólogo, no lo será para médico; y el que será un excelente físico, acaso será un abogado de á docena, si no le examina el génio; y así de todos los letrados. Otros son buenos para las armas é ineptos para el comercio. Otros excelentes para el comercio y topos para las letras. Otros, por último, aptísimos para las artes liberales, y negados para las mecánicas, y así de cuantos hombres hay.

En efecto, hombres generales y á propósito para todas las ciencias y artes se consideran, ó como fenómenos de la naturaleza, ó como testimonios de la Omnipotencia Divina, que pueda hacer cuanto quiera.

Sin embargo, yo creo firmemente que estos *omniscios*, que una que otra vez ha celebrado el mundo, han sido solo unos mónstruos [si puede decirse así] de entendimiento, de aplicacion y de memoria, y han admirado á las generaciones por cuanto han adquirido el conocimiento de muchas mas ciencias que el comun de los sabios sus coe-

---

(1) Se llaman así á los abogados que teniendo pocos negocios en sus bufetes, ocurren á los oficios de los escribanos, y antiguamente á los bancos de los procuradores, á poner su firma por cuatro reales, ó un peso, en los escritos, que segun las leyes, no podian correr sin este requisito.—E. B.

táneos, y las han poseído, tal vez en un grado mas superior; pero en mi concepto, no han pasado de unos fenómenos de talento: rarísimos en verdad; mas limitados todavia infinitamente, y no han merecido ni merecerán jamás el sagrado renombre de omniscios, pues si omniscios quiere decir el que todo lo sabe, digo que no hay mas que un omniscio dentro y fuera de la naturaleza, que es Dios. Este Ente Supremo es sí, el único y verdadero omniscio, porque es el único y verdaderamente sabe todo cuanto se puede saber; y en este sentido, conceder un hombre omniscio, fuera conceder otro Dios, de cuyo absurdo están muy léjos aun los que honraron al profundo Leibniz con tan pomposo título.

Acaso este grande hombre no seria capaz de ensuelar un zapato, de bordar un sardineta, ni de hacer otras mil cosas que todos vemos como meras frioleras y efectos de un puro mecanismo; y sin acaso, este ingenio célebre, si resucitára, tendria que abjurar muchos de sus preceptos y axiomas, desengañado con los nuevos descubrimientos que se han hecho.

Todo esto te digo, hija mia, para que reflexiones que todos los hombres somos finitos y limitados, que apenas podemos acertar en una ú otra cosa: que los ingenios mas célebres no han pasado de grandes; pero ni remotamente han sido universales, pues esta es prerogativa del Creador, y que segun esto debemos examinar la inclinacion y talento de nuestros hijos para dirigirlos.

No me acuerdo donde he leído que los lacedemonios para destinar á los suyos con acierto, se valian de esta estratagema. Prevenian en una gran sala diferentes instrumentos pertenecientes á las ciencias y artes que conocian; supon tú, que en aquella sala ponian instrumentos de música, de pintura, de escultura, de arquitectura, de astronomía, de geografía, etc., sin faltar tampoco armas y libros: hecho esto disponian con disimulo que varios niños se juntasen allí solos, y que jugasen á su arbitrio con los instrumentos que quisiesen, y entre tanto, sus padres estaban ocultos y en observacion de las ac-

ciones de sus hijos, y notando á que cosa se inclinaba cada uno de por sí; y cuando advertian que un niño se inclinaba con constancia á las armas, á los libros, ó á cualquiera ciencia ó arte, de aquellos cuyos instrumentoa tenia á la vista, no dudaban aplicarlos á ellos, y casi siempre correspondia el éxito á su prudente exámen.

Siempre me ha gustado esta bella industria para rastrear la inclinacion de los niños; así como he reprobado la general corruptela de muchos padres que á tontas y á locas encajan á los muchachos á los colegios, sin indagar aun ligeramente si tienen disposicion para las letras.

Hija mia, este es un error tan arraigado como grosero. El niño que tenga un entendimiento somero y tardo, jamas hará progresos en ciencia alguna, por mas que curse las aulas y manosee los libros. Ni estos ni los colegios dan talento á quien nació sin él. Los burritos entran todos los dias á los colegios y universidades cargados de carbon ó de piedra, y vuelven á salir tan burros como entraron; porque así como las ciencias no están aisladas en los recintos de las universidades ó gimnasios, así tampoco éstos son capaces de comunicar un adarme de ciencia al que carezca de talento para aprenderla.

Fuera de esto, hay otra razon harto poderosa para que yo no me resuelva á poner á mi hijo en el colegio, aun cuando supiera que tenia una bella disposicion para estudiante, y esta es mi pobreza. Apenas alcanzo para comer con mi corto destino, ¿de dónde voy á coger diez pesos para la pension mensual, y toda aquella ropa decente que necesita un colegial? Y ya ves tú aquí un embarazo insuperable. No, dijo mi madre, que hasta entónces solo habia escuchado sin despegar sus lábios para nada: no, esa no es razon ni menos embarazo; porque con ponerlo de capense ya se remedió todo. Muy bien, dijo mi padre, me has quinado; pero vamos á ver qué salida me das á esta otra dificultad. Yo ya estoy viejo, soy pobre, no tengo que dejarte: mañana me muero, te hallas viuda, sola, sin abrigo ni qué comer, con un mocetón á tu lado que cuando mucho sabrá hablar cual latinajo

y aturdir al mundo entero con cuatro *ergos* y pedanterías que el mismo que las dice no las entiende; pero que en realidad de nada vale todo eso; porque el muchacho como no tiene quien lo siga fomentando, se queda varado en la mitad de la carrera sin poder ser ni clérigo, ni abogado, ni médico, ni cosa alguna que le facilite su subsistencia ni tus socorros por las letras; siendo lo peor que en ese caso tampoco es útil ya para las artes; pues no se dedicará á aprender un oficio por tres fortísimas razones. La primera, por ciertos humorcillos de vanidad que se pegan en el colegio á los muchachos, de modo que cualquiera de ellos solo con haber entrado al colegio [y mas si vistió la beca] y saber mascar el Ciceron ó el Breviario, ya cree que se envileceria si se colocara tras de un mostrador, ó si se pusiera á aprender un oficio en un taller. Esto es aun siendo un triste gramatiquillo, ¿qué será si ha logrado el altisonante y colorado título de bachiller? ¡Oh! entonces se persuade que la tierra no lo merece. ¡Pobres muchachos!

Esta es la primera razon que lo inutiliza para las artes. La segunda es, que como ya son grandes, se les hace pesado el trabajo material, al paso que vergonzoso el ponerse de aprendices en una edad en que los demas son oficiales, y aun se dificultaria bastante que hubiera maestro que quisiera encargarse de la enseñanza y manencion de tales jayanes.

La tercera razon es, que como en tal caso ya los muchachos tienen el colmillo duro, esto es, ya han probado á lo que sabe la libertad, de manera ninguna se quieren sujetar á lo que tan fácilmente se hubieran sujetado de más niños; y cátrate ahí el estado de tu Pedro si lo ponemos á estudiar y muero dejándolo, como es factible, en la mitad de la carrera; pues se queda en el aire sin poder seguir adelante ni volver atras. Y cuando tú veas que en vez de contar con un báculo en que apoyarte en la vejez, solo tienes á tu lado un haragán inútil que de nada te sirve (pues en las tiendas no fian sobre silogismos ni latines), entonces darás á Judas los estudios y las

bachillerías de tu hijo. Conque, hija mia, hágamos ahora lo que quisieras haber hecho despues de mis dias. Pongámos á oficio á Pedro. ¿Qué dices? ¿Qué he de decir? respondió mi madre, sino que tú te empeñas en mortificarme y hacer infeliz á esa pobre criatura, tratando de ordinarioarlo poniéndolo de artesano, y por eso hablas y ponderas tanto. Pues qué ¿ya sabes que es un tonto? ¿Ya sabes que te vas á morir en la mitad de sus estudios? ¿Y ya sabes, por fin, que porque tú te mueras se cierran todos los recursos? Dios no se muere: parientes tiene y padrinos que lo socorran: ricos hay en México har-to piadosos que lo protejan, y yo que soy su madre pediré limosna para mantenerlo hasta que se logre. No, sino que tú no quieres al pobre muchacho; pero ni á mí tampoco, y por eso tratas de darme esa pesadumbre. ¿Qué he de hacer? soy infeliz y tambien mi hijo... Aquí comenzó á llorar la alma mia de mi madre, y con sus cuatro lágrimas dió en tierra con toda la constancia y solidez de mi buen padre, pues éste, luego que la vió llorar la abrazó como que la amaba tiernamente, y la dijo: no llores hijita, no es para tanto. Yo lo que te he dicho es lo que enseña la razon y la esperiencia; pero si es de tu gusto que estudie Pedro, que estudie norabuena; ya no me opongo: quizá querrá Dios prestarme vida para verlo logrado, ó cuando no, su Magestad te abrirá camino, como que conoce tus buenas intenciones.

Consolóse mi madre con esta receta, y desde entonces solo se trató de ponerme á estudiar, y me empezaron á habilitar de ropa negra, arte de la lengua latina y demas necesarias menudencias.

No parece sino que hablaba mi padre en profesía, segun que todo sucedió como lo dijo. En efecto, tenía mucho conocimiento del mundo, y un juicio perspicaz; pero estas cualidades se perdian las mas veces por condescender nimiamente con los caprichos de mi madre.

Muy bueno y muy justo es que los hombres amen á sus mujeres y que les den gusto en todo cuanto no se oponga á la razon; pero

no que las contemplen tanto que por no disgustarlas atropellen con la justicia, exponiéndose ellos y exponiendo á sus hijos á recoger los frutos de su imprudente cariño, como me sucedió á mí. Por eso os prevengo para que vivais sobre aviso, de manera que ameís á vuestras esposas tiernamente, segun Dios lo manda y la naturaleza arreglada os lo inspira; mas no os afemineis como aquel valientísimo Hércules, que despues que venció leones, javalíes, hidras y cuanto se le puso por delante, se dejó avasallar tanto del amor de Omfale, que ésta lo desnudó de la piel del leon Nemeo, lo vistió de mujer, lo puso á hilar, y aun le reñía y castigaba cuando quebraba algun huso, ó no cumplía la tarea que le daba. ¡Qué vergonzosa es semejante afeminacion aun en la fábula!

Las mujeres saben muy bien aprovecharse de esta loca pasion, y tratan de dominar á semejantes maridos de mantequilla.

Cólera da ver á muchos de éstos que no conociendo ni sabiendo sostener su carácter y superioridad, se abaten hasta ser los criados de sus mujeres. No tienen secreto por importante que sea, que no les revelan; no hacen cosa sin tomarles parecer, ni dan un paso sin su permiso. Las mujeres no han menester tanto para querer salirse de su esfera, y si conocen que en este rendimiento del hombre se lo han grangeado con su hermosura, entonces desenrollan de una vez todo su espíritu dominante, y ya teneis en cada una de éstas una Omfale, y en cada hombre abatido un Hércules marica y sinvergüenza. En este caso, cuando las mugeres hacen lo que se les antoja á su arbitrio, cuando tienen á los hombres en nada, cuando los encuernan, cuando los mandan, los injurian y aun les ponen las manos, como lo he visto muchas veces, no hacen mas sino cumplir con su inclinacion natural, y castigar la vileza de sus maridos ó amantes sin prevenirlo.

Dios nos libre de un hombre que tiene miedo á su muger, que es preciso que le tome su parecer para ir á hacer esto ó aquello, que sabe que le ha de dar razon de adonde fué y de donde viene, y que

si su muger grita y se altera, él no tiene mas recurso que apelar á los mimos y caricias para contentarla. Estos hombres, indignos de nombre tan superior, están siempre dispuestos á ser unos descendientes del cabrío, y unos padres de familia ineptísimos; porque ellos no dirigen á sus hijos, sino ellas. Los mismos muchachos advierten temprano la superioridad de las madres, y no tienen á sus padres el menor miramiento, y mas cuando notan que si cometen alguna picardía por la que el padre los quiere castigar, con acogerse á la madre ésta los defiende, y si se ofrece, arma una pendencia al padre, y se queda cometida la culpa y eludida la pena.

No sin razon dijo Terencio que las madres ayudan á sus hijos en las iniquidades, y estorban el que sus padres los corrijan. Lo que os pondré en una estrofitita para que la tengais en la memoria.

Suelen ayudar las madres  
A la maldad de sus hijos,  
Impidiendo que los padres  
Les déen el justo castigo.

Es verdad que ni mi padre ni mi madre eran de los hombres afeeminados ni de las mugeres altivas que he dicho. Mi padre algunas veces se sostenia, y mi madre jamás se alteraba ni se alzaba, como dicen, con el santo y la limosna; lo que sucedia era que cuando no le valian sus insinuaciones y sus ruegos para hacer desistir á mi padre de su intento, apelaba á las lágrimas, y entonces era como milagro que no se saliera con la suya; porque las lágrimas de una mujer hermosa y amada, son armas eficacísimas para vencer al hombre mas circunspecto.

Sin embargo, algunas ocasiones se sostenia con el mayor vigor. Era bueno que siempre hubiera conservado igual carácter; mas los hombres no somos dueños de nuestro corazon á todas horas, aunque siempre debiéramos serlo.

Finalmente, llegó el dia en que me pusieron al estudio, y este fué el

de D. Manuel Enriquez, sugeto bien conocido en México, así por su buena conducta, como por su genial disposicion y asentada habilidad para la enseñanza de la gramática latina, pues en su tiempo nadie le disputó la primacía entre cuantos preceptores particulares habia en esta ciudad; mas por una tenaz y general preocupacion que hasta ahora domina, nos enseñaba mucha gramática y poca latinidad. Ordinariamente se contentan los maestros con enseñar á sus discípulos una multitud de reglas que llaman *palitos*, con que hagan unas cuantas oracioncillas, y con que traduzcan el Breviario, el Concilio de Trento, el catecismo de San Pío V, y por fortuna algunos pedacillos de la Eneida y Ciceron. *Con semejante método salen los muchachos habladores y no latinos*, como dice el padre Calasanz en su discernimiento de ingenios. Tal salí yo, y no podia salir mejor. Saqué la cabeza llena de reglitas, adivinanzas, frases y equivoquillos latinos; pero en esto de inteligencia en la pureza y propiedad del idioma, ni palabra. Traducía no muy mal y con alguna facilidad las homilias del Breviario y los párrafos del catecismo de los curas; pero Virgilio, Horacio, Juvenal, Persio, Lucano, Tácito y otros semejantes, hubieran salido vírgenes de mi inteligencia si hubiera tenido la fortuna de conocerlos, á escepcion del primer poeta que he nombrado, pues de éste sabia alguna cosita que le habia oido traducir á mi sabio maestro. Tambien supe medir mis versos, y lo que era exámetro, pentámetro, etc.; pero jamás supe hacer un dístico.

A pesar de esto, y al cabo de tres años, acabe mis primeros estudios á satisfaccion, pues me aseguraban que era yo un buen gramático, y yo lo creía más que si lo viese. ¡Válgate Dios por amor propio, y cómo nos engañas á ojos vistas! Ello es que yo hice mi oposicion á toda gramática, y quedé sobre las espumas, mi maestro y convidados muy contentos, y mis amados padres mas huecos que si me hubiera opuesto á la magistral de México y la hubiera obtenido.

Siguiéronse á esta funcion las galas, los abrazos, los agradecimientos á mi maestro, y mi salida del estudio; aunque yo no debo



salirme sin deciros otras cositas que aprendí y repasé en aquellos tres años. Como allí no había un corto número de niños como en mi buena escuela, sino que había infinidad de muchachos entre pupilos y capenses, todos hijos de sus madres, y de tan diferentes genios y educaciones, y yo siempre fuí un maleta de primera, tuve la maldita atingencia de escoger para mis amigos á los peores, y me correspondieron fielmente y con la mayor facilidad; ya se vé, que cada oveja ama su pareja, y esto es corriente; el asno no se asocia con el lobo, ni la paloma con el cuervo: cada uno ama su semejante. Así yo no me juntaba con los niños sensatos, pundonorosos y de juicio, sino con los maliciosos y extraviados, con cuyas amistades y compañías cada día me remataba mas, como os sucederá á vosotros y á vuestros hijos, si despreciando mis lecciones no procurais ó hacerlos que tengan buenos amigos, ó que no tengan ninguno, pues es infalible el axioma divino que nos dice: *con el santo serás santo, y te pervertirás con el perverso*. Así me sucedió puntualmente: bien que yo ya estaba pervertido; pero con la compañía de los malos estudiantes me acabé de perder enteramente.

Paréceme que al leer estos renglones exclamais: ¿cómo se mudó tan presto nuestro padre? pues en la última escuela en que estuvo, ¿no había olvidado las malas propiedades que había adquirido en la primera? ¿cómo fué esta metamórfosis tan violenta? Hijos míos, las buenas ó malas costumbres que se imprimen en la niñez, echan muy profundas raíces; por eso importa tanto el dirigir bien á las criaturas en los primeros años. Los vicios que yo adquirí en los míos, ya por el chiqueo de mi madre, las adulaciones de las viejas mis parientas, el indolente método de mi maestro, el pésimo ejemplo y compañía de tanto muchacho desreglado, y sobre todo esto, por mi natural perverso y mal inclinado, profundizaron mucho en mi espíritu, me costó demasiado trabajo irme deshaciendo de ellos á costa de no pocas reprensiones y caricias de mi buen maestro, y del continuo buen ejemplo que me daban los otros niños. Me parece que

si nunca me hubieran faltado semejantes preceptos y condiscípulos no me hubiera vuelto á extraviar, sino que hubiera asentado una conducta acendrada y religiosa; pero ¡ah! que no hay que fiar en enmiendas forzadas ó pasageras, porque en faltando el respeto ó el fervor, se lleva el diablo esta clase de enmiendas, y quedamos con nuestro vestido antiguo, ó tal vez peores.

Así lo experimenté yo, bien á mi costa. Estaban mis pasiones sofocadas, no muertas: mi perversa inclinacion estaba como retirada, pero aun permanecia en mi corazon como siempre: mi mal genio no se habia estinguido; estaba oculto solamente como las brazas debajo de la ceniza que las cubre: en una palabra, yo no obraba tan mal y con el descaró que antes, por el amor y respeto que tenia á mi prudente maestro, y por la vergüencilla que me imponian los demas niños con sus buenas acciones; pero no porque me faltaban ganas y disposicion.

En efecto, luego que me separé de estos testigos, á quienes respetaba, y me uní otra vez á otros compañeros tan disipados como yo, volví á soltar la rienda á mis pasiones: corrieron éstas con el desenfreno propio de la edad, y se salieron del círculo de la razon, así como un rio se sale de madre cuando le faltan los diques que lo contienen.

Sin duda era el muchacho más maldito entre los mas relajados estudiantes, porque yo era el *Non plus ultra* (1) de los bufones y chocarreros. Esta sola cualidad prueba que no era mi carácter de los buenos, pues en sentir del sabio Pascal, *hombre chistoso, ruin carácter*. Ya sabeis que en los colegios estas frases, *parar la bola, pandorguear, cantaletar*, y otras, quieren decir: *mofar, insultar, provocar, zaherir, injuriar, incomodar y agraviar* por todos los modos

---

(1) Alusion á la inscripcion de las columnas de Hércules en Cádiz, que después del descubrimiento de América enmendó España, poniendo *Plus ultra* en dos columnas, entre las que colocó su escudo de armas.—E. E.

posibles á otro pobre; y lo mas injusto y opuesto á las leyes de la virtud, buena crianza y hospitalidad es, que estos graciosos hacen lucir su habilidad infame sobre los pobres niños nuevos que entran al colegio. Hé aquí cuán recomendables son estos truhanes majaderos, para que atados á un pilar del colegio sufrieran cien azotes, por cada *pandorga* de estas; pero lo sensible es, que los *catedráticos*, *pasantes*, *sotaministros* y demas personas de autoridad en tales comunidades, se desentienden del todo de esta clase de delito, que lo es sin duda grave, y pasa por *muchachada*, aun cuando se quejan los agraviados, sin advertir que esta su condescendencia autoriza esta depravada corruptela, y ella ayuda á acabar de formar los espíritus crueles de los estragadores como yo, que veia llorar á un niño de estos desgraciados, á quienes affigia sumamente con las injurias y befa que les hacia, y su llanto, que me debia enternecer y refrenar; como que era el fruto del sentimiento de unas criaturas inocentes, me servia de entremes y motivo de risa, y de redoblar mis befas con mas empeño.

Considerad por aquí cuál seria mi bella índole, cuando tenia la fama de ser el primer *pandorguista* de todo el colegio, y decian mis compañeros que yo le paraba la bola á cualquiera; que era lo mismo que decir que yo era el mas indigno de todos ellos, y que ninguno, bueno ó malo, dejaria de incomodarse si escuchaba en su contra mi maldita lengua. ¿Os parece, hijos míos, esta circunstancia algo favorable? ¿Con ella sola no advertís mi depravado espíritu y condicion? porque el hombre que se complace en affigir á otro su semejante, no puede menos que tener un alma ruin y un corazon protervo. Ni valga decir que lo hacen unos muchachos, pues esto lo que prueba es, que si aun desde muchachos son malos, de grandes serán peores, si Dios y la razon no los modera, lo que no es muy comun. Yo tuve una multitud de condiscípulos, y por observacion he visto que es raro el que ha salido bueno de entre estos genios

burlones con exceso; y lo peor es que hay mucho de esto en nuestros colegios.

Por estos principios conoceréis que era perverso en todo. En fin, entré á estudiar filosofía.

## CAPITULO V.

Escribe Periquillo su entrada al curso de artes: lo que aprendió: su acto general, su grado, y otras curiosidades que sabrá el que las quisiere saber.



**A**CABE mi gramática, como os dije, y entré al máximo y mas antiguo colegio de S. Ildefonso á estudiar filosofía, bajo la direccion del Dr. D. Manuel Sanchez y Gomez, que hoy vive para ejemplar de sus discípulos. Aun no se acostumbraba en aquel ilustre colegio, seminario de doctos y ornamento en ciencias de su metrópoli, aun no se acostumbraba, digo, enseñar la filosofía moderna en todas sus partes; todavía resonaban en sus aulas los ergos de Aristóteles. Aun se oía discutir sobre el *ente de razon las cualidades ocultas y la materia prima*, y esta misma se definia con la explicacion de la nada, *nec est quid*, etc. Aun la física experimental no se mentaba en aquellos recintos, y los grandes nombres de *Cartesio*, *Newton*, *Muschembreck* y otros, eran poco conocidos en aquellas paredes que han depositado tantos ingenios célebres y únicos, como el de un Portillo. En fin, aun no se abandonaba enteramente el sistema peripatético que por tantos siglos enseñoreó los entendimientos mas sublimes de la Europa, cuando mi sabio maestro se atrevió el primero á manifestarnos el camino de la verdad sin querer parecer singular, pues escogió lo mejor de la lógica de Aristóteles, y lo que le pareció mas probable de los autores modernos en los rudimentos de física que nos enseñó; y de este modo fuimos unos verdaderos ecléticos, sin adherir caprichosamen-

te á ninguna opinion, ni diferir á sistema alguno, solo por inclinacion al autor.

A pesar de este prudente método, todavía aprendimos bastantes despropósitos de aquellos que se han enseñado por costumbre, y los que convenia quitar, segun la razon y hace ver el ilustrísimo Feijoo, en los discursos X, XI y XII del tomo VII de su Teatro crítico.

Así como en el estudio de la gramática aprendí varios equívocos impertinentes, segun os dije, como *Caracoles comes; pastorcito come adoves: non est peccatum mortale occidere patrem sum*, y otras simplezas de estas; así tambien en el estudio de las sùmulas aprendí luego luego mil sofismas ridículos de los que hacia mucho alarde con los condiscípulos mas cándidos, como por ejemplo, *besar la tierra es acto de humildad: la mujer es tierra, luego etc. Los apóstoles son doce, S. Pedro es apóstol, ergo etc.*; y cuidado, que echaba yo un ergo con mas garbo que el mejor doctor de la academia de París, y le empataba una negada á la verdad mas evidente; ello es, que yo argüia y disputaba sin cesar, ann lo que no podia comprender; pero sabia fiar mi razon de mis pulmones, en frase del padre Isla. De suerte que por mas quinadas que me dieran mis compañeros, yo no cedia. Podia haberles dicho: á entendimiento me ganarán; pero á griton no: cumpliéndose en mí, cada rato, el comun refran de que *quien mal pleito tiene, á voces lo mete*.

¿Pues qué tal seria yo de tenaz y tonto despues que aprendí las reducciones, reduplicaciones, equipolencias y otras baratijas, especialmente ciertos desatinados versos, que os he de escribir solamente porque véais á lo que llegan los hombres por las letras. Leed y admirad.

Barbara, Celarent, Darii, Ferio Baralipton  
Celantes, Dabitis, Fapesmo, Frisesonorum  
Cesare, Camestres, Festino, Baroco, Darapti.  
Felapton, Disamis, Datisi, Bocardo, Ferison,

¡Qué tal! ¿No son estos versos estupendos? ¿no están mas propios para adornar redomas de botica que para enseñar reglas sólidas y provechosas? Pues hijos míos, yo percibí inmediatamente el fruto de su invencion; porque desatinaba con igual libertad por *Bárbara* que por *Ferison*, pues no producía mas que barbaridades á cada palabra. Primero aprendí á hacer sofismas bue á conocerlos y desvanecerlos: antes supe oscurecer la verdad que indagarla: efecto natural de las preocupaciones de las escuelas y de la pedantería de los muchachos.

En medio de tanta barahúnda de voces y terminajos exóticos, supe qué cosa era silogismo, entimema, sorites, y dilemma. Este último es argumento terrible para muchos señores casados, porque lastima con dos cuernos, y por eso se llama bicornuto.

Para no cansaros, yo pasé mi curso de lógica con la misma velocidad que pasa un rayo por la atmósfera sin dejarnos señal de su carrera, y así despues de disputar harto y seguido sobre las operaciones del entendimiento, sobre la lógica natural, artificial y utente: sobre su objeto formal y material: sobre los modos de saber: sobre si Adan perdió ó no la ciencia por el pecado (cosa que no se le ha disputado al demonio): sobre si la lógica es ciencia ó arte, y sobre treinta mil cosicosas de éstas, yo quedé tan lógico como sastre; pero eso sí, muy contento y satisfecho de que seria capaz de concluir con el *ergo* al mismo Estagirita: ignoraba yo que por los frutos se conoce el árbol, y que segun esto, lo mismo seria meterme á disputar en cualquiera materia, que dar á conocer á todo el mundo mi insuficiencia. Con todo eso, yo estaba mas hueco que un calabozo, y decia á boca llena que era *lógico* como casi todos mis condiscípulos.

No corrí mejor suerte en la física. Pero me entretuve en distinguir la particular de la universal: en saber si ésta trataba de todas las propiedades de los cuerpos, y si aquella se contraía á ciertas especies determinadas. Tampoco averigüé qué cosa era física experimental ó teórica, ni en distinguir el experimento constante del fe-

nómeno raro, cuya causa es incógnita: ni me detuve en saber qué cosa era *mecánica*, cuáles las leyes del movimiento y la quietud, qué significaban las voces *fuerza*, *virtud*, y cómo se componían ó descomponían estas cosas: menos supe qué era *fuerza centrípeta*; *centrífuga*, *tangente*, *atracción*, *gravedad*, *peso*, *potencia*, *resistencia*, y otras friolerillas de esta clase: y ya se debe suponer que si esto ignoré, mucho menos supe qué cosa era *estática*, *hidrostática*, *hidráulica*, *aerometría*, *óptica*, y trescientos palitroques de estos; pero en cambio disputé fervorosamente sobre si la esencia de la materia estaba conocida ó no: sobre si la trina dimension determinada era su esencia, ó el agua: sobre si repugnaba el vacío en la naturaleza: sobre la divisibilidad en infinito, y sobre otras alharacas de este tamaño, de cuya ciencia ó ignorancia maldito el daño ó provecho que nos resulta. Es cierto que mi buen preceptor nos enseñó algunos principios de geometría, de cálculo y de física moderna; mas fuérase por la cortedad del tiempo, por la superficialidad de las pocas reglas que en él cabían, ó por mi poca aplicacion, que seria lo mas cierto, yo no entendí palabra de ésto; y sin embargo decia al concluir este curso, que era *físico*, y no era mas que un ignorante patarato; pues despues que sustenté un actillo de física de memoria, y despues que hablaba de esta enorme ciencia con tanta satisfaccion en cualquiera concurrencia, temo que me mochen si hubiera sabido explicar en qué consiste que el chocolate dé espuma mediante el movimiento del molinillo; por qué la llama hace figura cónica, y no de otro modo; por qué se enfria una taza de caldo ú otro licor soplándola, ni otras cosillas de estas que traemos todos los dias entre manos.

Lo mismo, y no de mejor modo, decia yo que sabia metafísica y ética, y por poco aseguraba que era un nuevo Salomon despues que concluí, ó concluyó conmigo, el curso de artes.

En esto se pasaron dos años y medio, tiempo que se aprovechara mejor con menos reglitas de sùmulas, algun ejercicio en cuestiones

útiles de lógica, en la enseñanza de lo muy principal de metafísica y cuanto se pudiera de física, teórica y experimental.

Mi maestro creo que así lo hubiera hecho si no hubiera temido singularizarse, y tal vez hacerse objeto de la crítica de algunos zoylos, si se apartaba de la rutina antigua enteramente.

Es verdad, y esto ceda siempre en honor de mi maestro, es verdad que, como dejo dicho, ya nosotros no disputábamos sobre el *ente de razon, cualidades ocultas, formalidades, heceidades quiddidades, intensiones*, y todo aquel enjambre de voces insignificantes con que los aristotélicos pretendían explicar todo aquello que se escapaba á su penetración. “Es verdad, (diremos con Juan Buchardo Mecknio) “que no se oyen ya en nuestras escuelas estas cuestiones con la frecuencia que en los tiempos pasados; pero ¿se han aniquilado del “todo? ¿Están enteramente limpias las universidades de las heces de “la barbárie? Me temo que dura todavía en algunas la tenacidad de “las antiguas preocupaciones, si no del todo, quizá arraigada en cosas que bastan para detener los progresos de la verdadera sabiduría.” Ciertamente que la declamación de este crítico tiene mucho lugar en nuestro México.

Llegó por fin el día de recibir el grado de bachiller en artes. Sostuve mi acto á satisfacción, y quedé grandemente, así como en mi oposición á toda gramática; porque como los réplicas no pretendían lucir, sino hacer lucir á los muchachos, no se empeñaban en sus argumentos, sino que á dos por tres se daban por muy satisfechos con la solución menos nerviosa, y nosotros quedábamos mas anchos que verdolaga en huerta de indio, creyendo que no tenían instancia que oponernos. ¡Qué ciego es el amor propio!

Ello es que así que asado, yo quedé perfectamente, ó á lo menos así me lo persuadí, y me dieron el grande, el sonoro y retumbante título de *baccalaureo*, y quedé aprobado *ad omnia* (1). ¡Santo Dios! ¡Qué

(1) *Para todo*: Con esta frase se designan en el Título los que pueden á virtud de él seguir cursando cualquiera de las facultades mayores; á distinción de cuando no es la aprobación general, pues entonces no se pueden cursar sino las facultades expresadas en el Título.--E. E.



dia fué aquel para mí tan plausible, y qué hora la de la ceremonia tan dichosa! Cuando yo hice el juramento de instituto, cuando colocado frente de la cátedra en medio de dos señores bedeles con mazas al hombro, me oí llamar bachiller en concurso pleno, dentro de aquel soberbio general, y nada menos que por un señor doctor, con su capelo y borla de limpia y vistosa seda en la cabeza, pensé morirme, ó á lo menos volverme loco de gusto. Tan alto concepto tenia entonces formado de la bachillería, que aseguro á vds. que en aquel momento no hubiera trocado mi título por el de un brigadier ó mariscal de campo. Y no creais que es hiperbólica esta proposicion, pues cuando me dieron mi título en latin y autorizado formalmente, creció mi entusiasmo de manera, que si no hubiera sido por el respeto de mi padre y convidados que me contenia, corro las calles como las corrió el Ariosto cuando lo coronó por poeta Maximiliano I. ¡Tanto puede en nosotros la violenta y excesiva escitacion de las pasiones, sean las que fueren, que nos engaña y nos saca fuera de nosotros mismos como febricitantes ó dementes!

Llegamos á mi casa, la que estaba llena de viejas y mozas, parientas y dependientes de los convidados, los cuales luego que entré me hicieron mil zalemas y cumplidos. Yo correspondí mas esponjado que un guajolote; ya se ve, tal era mi vanidad. La inocente de mi madre estaba demasiado placentera: el regocijo le brotaba por los ojos.

Desnudéme de mis hábitos clericales y nos entramos á la sala donde se habia de servir el almuerzo, que era el centro á que se dirigian los parabienes y ceremonias de aquellos comeditísimos comedores. Creedme, hijos míos, los casamientos, los bautismos, las cantamisas y toda fiesta en que veáis concurrancia, no tienen otro mayor atractivo que la *mamuncia*. Sí, la *coca*, la *coca* es la campana que convoca tantas visitas, y la bandera que recluta tantos amigos en momentos. Si estas fiestas fueran á secas, seguramente no se vieran tan acompañadas.

Y no penseis que solo en México es esta pública gorronería. En todas partes se cuecen habas, y en prueba de ello, en España es tan corriente, que allá saben un versito que alude á esto. Así dice:

*A la raspa venimos,  
Virgen de Illescas,  
A la raspa venimos,  
Que no á lo fiesta.*

Así es, hijos, á la raspa va todo el mundo y por la raspa, que no por dar días ni parabienes. Pero ¿qué mas? Si yo he visto que aun en los pésames no falta la raspa, antes suelen comenzar con suspiros y lamentos y concluir con bizcochos, queso, aguardiente, chocolate ó almuerzo, segun la hora: ya se ve, que habrán oido decir que los duelos con pan son menos, y que á barriga llena corazon contento.

No os disgusteis con estas digresiones, pues á mas de que os pueden ser útiles, si os sabeis aprovechar de su doctrina, os tengo dicho desde el principio que serán muy frecuentes en el discurso de mi obra, y que ésta es fruto de la inaccion en que estoy en esta cama, y no de un estudio serio y meditado; y así es que voy escribiendo mi vida segun me acuerdo, y adornándola con los consejos, crítica y erudicion que puedo en este triste estado: asegurándoos sinceramente que estoy muy léjos de pretender ostentarme sabio, así como deseo seros útil como padre, y quisiera que la lectura de mi vida os fuera provechosa y entretenida, y bebiérais el saludable amargo de la verdad en la dorada copa del chiste y de la erudicion. Entonces si estaria contento y habria cumplido cabalmente con los deberes de un sólido escritor, segun Horacio, y conforme mi libre traduccion:

*De escritor el oficio desempeña,  
Quien divierte al lector y quien lo enseña.*

Mas en fin, yo hago lo que puedo, aunque no como lo deseo.

Sentámonos á la mesa, comenzamos á almorzar alegremente, y como yo era el santo de la fiesta, todos dirigian hácia mí su conversacion. No se hablaba sino del niño bachiller, y conociendo cuán contentos estaban mis padres, y yo cuán envanecido con el tal título, todos nos daban no por donde nos dolia, sino por donde nos agradaba. Con esto no se oía sino: tenga vd., bachiller: beba vd., bachiller: mire vd., bachiller: y torna bachiller, y vuelve bachiller, á cada instante.

Se acabó el almuerzo: despues siguió la comida, y á la noche el bailecito, y todo ese tiempo fué un continuo *bachilleramiento*. ¡Válgame Dios y lo que me *bachillerearon* ese dia! hasta las viejas y criadas de casa me daban mis *bachillereadas* de cuando en cuando. Finalmente, quiso la Majestad Divina que concluyera la frasca, y con ella tanta bachillería. Fuéronse todos á sus casas. Mi padre quedó con sesenta ó setenta pesos menos, que le costó la funcion; yo con una presuncion más, y nos retiramos á dormir, que era lo que faltaba.

A otro dia nos levantamos á buena hora; y yo que pocas antes habia estado tan ufano con mi título, y tan satisfecho con que me estuvieran regalando las orejas con su repeticion, ya entónces no le percibia ningun gusto. ¡Qué cierto es que el corazon del hombre es infinito en sus deseos, y que únicamente la sólida virtud puede llenarlo!

No entendais que ahora me hago el santucho y os escribo estas cosas por haceros creer que he sido bueno. No: léjos de mí la vil hipocresía. Siempre he sido perverso, ya os lo he dicho, y aun prostrado en esta cama, no soy lo que debia; mas esta confesion os ha de asegurar mejor mi verdad, porque no sale empujada por la virtud que hay en mí, sino por conocimiento que tengo de ella, y conocimiento que no puede esconder el mismo vicio; de suerte que si yo me levanto de esta enfermedad y vuelvo á mis antiguos estra-

víos [lo que Dios no permita] no me desdeciré de lo que ahora os escribo, antes os confesaré que hago mal; pero conozco el bien, según se espresaba Ovidio.

Volviendo á mí, digo, que á los dos ó tres dias de mi grado determinaron mis padres enviarme á divertir á unos herraderos que se hacian en una hacienda de un su amigo, que estaba inmediata á esta ciudad. Fuíme en efecto.....

## CAPITULO VI.

En el que nuestro bachiller dá raz on de lo que le pasó en la hacienda, que es algo curioso y entretenido.



LEGUE á la hacienda en compañía del amigo de mi padre, que era no menos que el amo ó dueño de ella. Apeámonos y todos me hicieron una acogida favorable.

Con ocasion del divertimento que habia de los herraderos, estaba la casa llena de gente lucida, así de México como de los demas pueblos vecinos.

Entramos á la sala, me senté en buen lugar en el estrado; porque jamás me gustó retirarme á largo trecho de las faldas, y despues que hablaron de varias cosas de campo, que yo no entendia, la señora grande, que era esposa del dueño de la dicha hacienda, trabó conversacion conmigo y me dijo: conque señorito, ¿qué le han parecido á vd. esos campos por donde ha pasado. Le habrán causado su novedad, porque es la primera vez que sale de México, según noticias. Así es, señora la dije, y los campos me gustan demasiado. Pero no como la ciudad, ¿es verdad? me dijo. Yo por política le respondí: si señora, me han gustado, aunque ciertamente no me desagrada la ciudad. Todo me parece bueno en su línea; y así estoy contento en el campo como en el campo; y divertido en la ciudad co-

mo en la ciudad. Celebraron bastante mi respuesta, como si hubiera dicho alguna sentencia catoniana, y la señora prosiguió el elogio diciendo: sí sí, el colegial tiene talento, aunque luciera mejor si no fuera tan travieso, según nos ha dicho Enero.

Este Enero era un joven de diez y ocho á diez y nueve años, sobrino de la señora, condiscípulo siempre y grande amigo mio. Tal salí yo, porque era demasiado burlon y gran bellaco, y no le perdí pisada ni dejé de aprovecharme de sus lecciones. El se hizo mi íntimo amigo desde aquella primera escuela en que estuve, y fué mi eterno ahuizote [1] y mi sombra inseparable en todas partes, porque fué á la segunda y tercera escuela en que me pusieron mis padres: salió conmigo, y conmigo entró y estudió gramática en la casa de mi maestro Enriquez: salí de allí, salió él: entré á San Ildefonso, entró él también: me gradué, y se graduó en el mismo día.

Era de un cuerpo gallardo, alto y bien formado: pero como en mi consabida escuela era constitucion que nadie se quedara sin su

---

[1] Parece que esta frase tuvo origen desde el tiempo de la gentilidad entre los indígenas, á los que gobernó desde el año de 1482 hasta el de 1502 el emperador Ahuítzotl, cuya palabra mexicana quiere decir *agüero*. Este hombre cruel y sanguinario hizo morir en la dedicacion del templo principal de México, mas de 64.000 víctimas humanas, según dicen varios autores; pero el padre Torquemada asegura que en los cuatro días que duró la fiesta fueron sacrificados 72.344 prisioneros. Esta matanza causó tan horrorosa impresion en los mexicanos sus súbditos, que desde aquel tiempo llamaron *ahuítzotl* al perseguidor, ó al que causa daño de cualquier género.

Para consuelo de la humanidad, la sana crítica no carece de razones para persuadir que si este hecho (que no tiene semejante en los anales de la barbaridad) no es fabuloso, es á lo menos muy exagerado, debiendo sospecharse que se ha cometido algun error ó en la numeracion de los MS. que tuvieron presentes los AA., ó en la interpretacion de las cifras y geroglíficos de los mexicanos, ó en la significacion de las voces de su idioma. Pero este asunto no es de este lugar, y siempre es cierto que el espantoso número de víctimas que sacrificó Auitzotl en esta ocasion debió de escandalizar á sus vasallos, dando origen á la frase.

mal nombre, se lo cascábamos á cualquiera aunque fuera un Narciso ó un Adonis; y segun esta regla le pusimos á D. *Juan Largo*, combinando de este modo el sonido de su nombre y la perfeccion que mas se distinguia en su cuerpo. Pero despues de todo el fué mi maestro y mi mas constante amigo; y cumpliendo con estos deberes tan sagrados, no se olvidó de dos cosas que me interesaron demasiado y me hicieron muy buen provecho en el discurso de mi vida, y fueron: inspirarme sus malas mañas, y publicar mis prendas, y mi sobre nombre de PERIQUILLO SARNIENTO por todas partes; de manera, que por su amorosa y activa diligencia lo conservé en gramática, en filosofía y en el público cuando se pudo. Ved, hijos mios, si no seria yo un ingrato si dejara de nombrar en la historia de mi vida con la mayor efusion de gratitud á un amigo tan útil, á un maestro tan eficaz, y al pregonero de mis glorias; pues todos estos títulos desempeñó á satisfaccion el grande y benemérito *Juan Largo*.

No sabia, con todo eso, si aquellas señoras tenian tan larga relacion, de mí, ni si sabian mi retumbante nombrecillo. Estaba muy ufano en el estrado dando taba, como dicen, con la señora y una porcion de niñas, entre las cuales no era la menos viva y platiconcilla la hija de la señora mi panegirista, que no me pareció tercio de paja, porque sobre no haber quince años feos y estar ella en sus quince, era demasiado bonita é interesante su figura: motivo poderoso para que procurara manejarme con cierta afabilidad y circunspeccion lo mejor que podia para agradarla; y ya habia notado que cuando decia yo alguna facetada colegialuna, ella se reia la primera y celebraba mi genialidad de buena gana.

Estaba yo, pues, quedando bien y en lo mejor de mi gusto, cuando en esto que escuché ruido de caballos en el patio de la hacienda, y antes de preguntar quien era, se fué presentando en medio de la sala con su buena manga, paño de sol, botas de campana y demás aderezos de un campista decente..... ¿quién piensan vdes. que se-

ria? ¡Quién habia de ser por mis negros pecados, sino el demonio de Juan Largo, mi caro amigo y mi favorecedor! Al instante que entró, me vió, y saludando á todos los concurrentes en comun y sobre la marcha, se dirigió á mi con los brazos abiertos y me halagó las orejas de esta suerte: ¡oh mi querido Periquillo Sarniento! ¡tanto bueno por acá? ¡como te vá, hermano? ¡qué haces? siéntate.....

No puedo ponderar la enojada que me dí al ver como aquel maldito en un instante habia descubierto mi sarna y mi periquería delante de tantos señores decentes, y lo que yo mas sentia, delante de tantas viejas y muchachas burlonas, las que luego que oyeron mis dictados comenzaron á reirse á carcajadas con la mayor imprudencia y sin el menor miramiento de mi personita. Yo no sé si me puse amarillo, verde, azul ó colorado; lo que sí me acuerdo es, que la sala se me oscureció de la cólera, y los carrillos y orejas me ardian mas que si los hubiese estregado con chile. Miré al condenado Juan Largo, y le respondí no se qué, con mucho desden y gravedad, creyendo con este entono corregir la burla de las muchachas y la insolencia de mi amigo; pero nada menos que eso conseguí, pues mientras yo me ponía mas sério, las muchachas reian de mejor gana, de modo que parecia que les hacian cosquillas á las muy puercas, y el pícaro de Juan Largo añadía nuevas facetadas con que redoblaban sus caquinos. Viéndome yo en tal apuro, hube de ceder á la violencia de mi estrella y disimular la bola que tenia, riéndome con todos; aunque si va á decir verdad, mi risa no era muy natural, sino algo mas que forzada.

En fin, despues que me periquearon bastante y disecaron el hediondo cadáver de su sarnosa etimología, ya que no tenian baso para reir, ni aquel bribon bufonada con que insultarme, cesó la escena, y calmó, gracias á Dios, la tempestad.

Entónces fué la primera vez que conocí cuán odioso era tener un mal nombre, y qué carácter tan vil es de los truhanes y graciosos, que no tienen lealtad ni con su camisa; porque son capaces de per-

der el mejor amigo por no perder la facetada que les viene á la boca en la mejor ocasion; pues tienen el arte de herir y avergonzar á cualquiera con sus chocarrerías, y tan á mala hora para el agraviado, que parece que les pagan, como me sucedió á mí con mi buen condiscípulo, que me fué á hacer quedar mal, justamente cuando estaba yo queriendo quedar bien con su prima. Detestad, hijos míos, las amistades de semejante clase de sujetos.

Llegó la hora de comer, pusieron la mesa y nos sentamos todos segun la clase y carácter de cada uno. A mí me tocó sentarme frente á un sacerdote vicario de Tlalnepantla, á cuyo lado estaba el cura de Cuautitlán (lugar á siete leguas de México,) que era un viejo gordo y harto serio.

Comieron todos alegremente, y yo tambien, que como muchacho al fin, no era rencoroso, y mas cuando trataban de complacerme con abundancia de guisados exquisitos y sabrosos dulces; porque D. Martín, que así se llamaba el amo, era bastante liberal y rico.

Durante la comida hablaron de muchas cosas, que yo no entendí pero despues que alzaron los manteles, preguntó una señora ¿si habíamos visto *la cometa*? El cometa dirá vd., señorita, dijo el padre vicario. Eso es, respondió la madama. Sí, lo hemos visto estas noches en la azotea del cuarto y nos hemos divertido bastante. ¡Ay! qué diversion tan fea, dijo la madama. ¿Por qué señorita? ¿porqué? Porque ese cometa es señal de algun daño grande que quiere suceder aquí. Ríase vd. de eso, decia el cleriguito: los cometas son unos astros como todos; lo que sucede es, que se ven de cuando en cuando porque tienen mucho que andar, y así son tardones; pero no maliciosos. Si no, ahí esta nuestro amigo D. Enero, que sabe bien que cosa son los cometas, y por qué se dan tanto á desear de nuestros ojos, y el nos hará favor de esplicarlo con claridad para que vdes. se satisfagan. Sí, Enero, anda, dinos como está eso, dijo la prima: mas el demonio de Juan Largo sabia tanto de cometas como de pirothemia, pero no era muy tonto; y así sin



cortarse respondió: prima, ese encargo se lo puedes hacer á mi amigo Perico por dos razones: la una por que es muchacho muy hábil, y las dos, porque siendo esta súplica tuya, propia para hacer lucir una buena esplicacion cometal, por regla de política debemos obsequiar con estos lucimientos á los huéspedes. Con que vamos, suplicale al *Sarnientito* que te lo explique: verán vdes. qué pico de muchacho. Así que él no esté con nosotros, yo te explicaré, no digo qué cosas son cometas, y por donde caminan, que es lo que ha ápuntado el padrecito, sino que te diré cuantos son todos los luce-ros, cómo se llama cada uno, por donde andan, qué hacen, en qué se entretienen, con todas las menudencias que tú quieras saber, satisfecho que tengo de contentar tu curiosidad por prolija que sea, sin que haya miedo que no me creas, pues como dijo tio Quevedo:

*El mentir de las estrellas  
Es un seguro mentir,  
Porque ninguno ha de ir  
A preguntárselo á ellas.*

Con que ya quedamos, Poncianita, que te explicaré el cometa al derecho y al revés mi amigo Perucho, miéntras yo, con licencia de estos señores voy á ensillar mi caballo; y diciendo y haciendo se disparó fuera de la sala sin atender á que yo decia que estando allí los señores padres, ellos satisfarian el gusto de la señorita mejor que yo. No valió la escusa: el vicario de Tlalnepantla me habia conocido el juego, y porfiaba en que fuera yo el explicador. Yo, decia, no señores: fuera uua grosería que yo quisiera lucir donde están mis mayores. El cura, que era tan socarron como serio, al oir esta mi urbanidad, se sonrió al modo de conejo, y dijo: sabrán vdes. para bien saber, que en tiempo de marras habia en mi parroquia un cura muy tonto y vano, entre los que eran mas tontos: él, pues, un dia estaba predicando lleno de satisfaccion cuantas majaderías

se le venian á la cabeza, á unos pobres indios que eran los que únicamente podian tener paciencia de escucharlo. Estaba en lo mas fervoroso del sermon, cuando fué entrando á la iglesia el arzobispo mi señor, que iba á la santa visita. Al instante que entró alborotóse el auditorio y turbóse el predicador; siendo su sorpresa mayor que si hubiese visto al diablo. Callóse la boca, quitóse el bonete, y diciendo su ilustrísima que continuara, exclamó: ¡cómo era capaz, señor ilustrisimo, que estando presente mi prelado, fuera yo tan grosero que me atreviera á seguir mi sermon! Eso no, suba usía ilustrísima y acábelo, miéntas acabo yo la misa *pro populo*. El arzobispo no pudo contener la risa de ver la grande urbanidad de este cura ignorante, y lo bajó del púlpito y del curato: apliquen vdes. Calló el padre gordo diciendo esto. Sonrióse el vicario y las mujeres, y yo no dejé de correrme, aunque me cabia cierta duda en si lo diria por mi política ó por la de Juan Largo; mas no duré mucho en esta suspension, porque el zaragate del padre vicario probó de una vez todo su arbitrio diciendo á la Poncianita: vd., niña, elija quién ha de explicar lo que es cometa, el colegial ó yo; y si la eleccion recae en mí lo haré con mucho gusto, porque no me agrada que me ruegen, ni sé hacer desaire á las señoras. Sin duda la guiñó del ojo, porque al instante me dijo la prima de Largo: vd., señor, quisiera me hiciera ese favor. No me pude escapar: me determiné á darle gusto: más no sabia ni por donde comenzar, porque maldito si yo sabia palabra de cometas, ni cometos: sin embargo, con algun orgullo (prenda esencialísima de todo ignorante), dije: pues, señores, los cometas, ó las cometas, como otros dicen, son unas estrellas mas grandes que todas las demas; y despues que son tan grandes, tienen una cola muy larguísima..... ¿Muy larguísima? dijo el vicario: y yo que no conocia que se admiraba de que ni castellano sabias hablar, le respondí lleno de vanidad: si, padre, muy larguísima, ¿pues qué no la ha visto vd? Vaya sea por Dios, me contestó. Yo proseguí: estas colas son de dos colores, ó

blancas ó encarnadas: si son blancas, anuncian paz ó alguna felicidad al pueblo, y si son coloradas como teñidas de sangre, anuncian guerras ó desastres; por eso *la* cometa que vieron los reyes magos tenia su cola blanca, porque anunció el nacimiento del Señor y la paz general del mundo, que hizo por esta razon el rey Octaviano; y esto no se puede negar, pues no hay nacimiento alguno en la noche buena que no tenga su cometita con la cola blanca. El que no los veamos muy seguido es porque Dios los tiene allá muy retirados, y solo los deja acercarse á nuestra vista cuando han de anunciar la muerte de algun rey, el nacimiento de algun santo, ó la paz ó la guerra en alguna ciudad, y por eso no los vemos todos los dias; porque Dios no hace milagros sin necesidad. El cometa de este tiempo tiene la cola blanca, y seguramente anuncia la paz. Esto es, dije yo muy satisfecho, esto es lo que hay acerca de los cometas. Está vd. servida, señorita. Muchas gracias, dijo ella. No, no muchas, dijo el vicario; porque el señorito, aunque me dispense, no ha dicho palabra en su lugar, sino un atajo de disparates endiablados. Se conoce que no ha estudiado palabra de astronomía, y por lo propio ignora qué cosas son estrellas fijas, qué son planetas, cometas, constelaciones, dígitos, eclipses, etc., etc. Yo tampoco soy astrónomo, amiguito, pero tengo alguna tintura de una que otra cosilla de estas: y aunque es muy superficial, me basta para conocer que vd. tiene menos, y así habla tantas barbaridades; y lo peor es que las habla con vanidad, y creyendo que entiende lo que dice y que es como lo entiende; pero para otra vez no sea vd. cándido. Sepa vd. que los cometas no son estrellas, ni se ven por milagro, ni anuncian guerras, ni paces, ni la estrella que vieron los reyes del Oriente cuando nació el Salvador, era cometa, ni Octaviano fué rey, sino cesar ó emperador de Roma, ni éste hizo la paz general con el mundo por aquel divino natalicio; sino que el príncipe de la paz, Jesucristo, quiso nacer cuando reinaba en el universo una paz general, que fué en tiempo de Augusto Cesar

Octaviano; ni crea vd., finalmente, ninguna de las demas vulgaridades que se dicen de los cometas; y porque no piense vd. que esto lo digo á tintin de boca, le explicaré en breve lo que es cometa. Oiga vd. Los cometas son planetas como todos los demas, esto es: lo mismo que la *Luna*, *Mercurio*, *Vénus*, *la Tierra*, *Marte*, *Júpiter*, *Saturno*, y *Herschel*, los cuales son unos cuerpos esféricos, (esto es, perfectamente redondos, ó como vulgarmente decimos, unas bolas), son opacos, no tienen ninguna luz de por sí, así como no la tiene la tierra, pues la que reflectan-ó nos envían, se la comunica el sol. La causa de que los veamos de tarde en tarde, es porque su curso es irregular respecto á los demas planetas, quiero decir: aquellos hacen sus giros sobre el sol esférica, y estos elípticamente, pues unos dan su vuelta redonda, y otros (los cometas) larga; y esta es la causa porque teniendo mas camino que andar, nos tardamos nosotros mas en verlos; así como mas pronto verá vd. al que haya de ir y venir de aquí á México, que al que haya de ir y venir de aquí á Guatemala; porque el primero tiene menos que andar que el segundo.

Esas colas que se advierten, no son, segun los que entienden, otra cosa mas que unos vapores que el sol les estrae é ilumina, así como ilumina la ráfaga de átomos cuando entra por una ventana; y este mismo sol, conforme la disposicion en que comunica su luz á este vapor, hace que estas colas de los cometas nos presenten un color blanco ó rojo, para cuya persuacion no necesitamos atormentar el entendimiento, pues todos los dias advertimos las nubes iluminadas con una luz blanca ó roja segun su posicion respecto al sol [1]. En virtud de esto, nada tenemos que esperar favorable del color blanco de las colas de los cometas, ni que temer adverso por su color rojo. Esto es lo mas fundado y probable por

---

[1] Estas esplicaciones del padre vicario indican que tampoco él estaba muy instruido en el asunto.—E

los físicos en esta materia: lo demas son vulgaridades que ya todo el mundo desprecia. Si vd. quisiere imponerse á fondo de estas cosas, lea al padre Almeida, al Brison, y á otros autores traducidos al castellano que tratan de la materia *pro famotiori*, esto es, con estencion. La que yo he tenido para explicar este asunto, ha sido demasiada, y verdaderamente tiene visos de pedantería, pues estas materias son ajenas y tal vez ininteligibles á las personas que nos escuchan, exceptuando al señor cura; pero la ignorancia y vanidad de vd. me han comprometido á tocar una materia singular entre semejantes sujetos, y que por lo mismo conozco habré quebrantado las leyes de la buena crianza; mas la prudencia de estos señores me dispensará, y vd. me agradecerá ó no, mis buenas intenciones, que se reducen á hacerle ver no se meta jamás á hablar en cosas que no entiende.

Contemplan vdes. ¿cómo quedaria yo con semejante responso-rio? Al instante conocí que aqnel padre decia muy bien, por mas que yo sintiera su claridad, pues aunque he sido ignorante, no he sido tonto, ni he tenido cabeza de *tepeguaje*: fácilmente me he docilitado á la razon; porque en la realidad, hay verdades tan demostradas y penetrantes que se nos meten por los ojos á pesar de nuestro amor propio. ¡Infelices de aquellos cuyos entendimientos son tan obtusos que no les entran las verdades mas evidentes! y mas infelices aquellos cuya obstinacion es tal que los hace cerrar los ojos para no ver la luz. ¡Qué pocas esperanzas dan unos y otros de prestarse dóciles á la razon en ningun tiempo! Quedéme confuso, como iba diciendo, y creo que mi vergüenza se conocia por sobre de mi roba, porque no me atreví á hablar una palabra, ni tenia qué. Las señoras, el cura y demas sujetos de la mesa, solo se miraban y me miraban de hito en hito, y esto me corria mas y mas.

Pero el mismo padre vicario, que era un hombre muy prudente, me quitó de aquella media naranja con el mejor disimulo, di-

ciendo: señores, hemos hablado bastante: yo voy á rezar vísperas, y es regular que las señoritas quieran reposar un poco para divertirnos esta tarde con los toritos.

Levantóse luego de la mesa, y todos hicieron lo mismo. Las señoras se retiraron á lo interior de la casa, y los hombres, unos se tiraron sobre los canapees: otros cogieron un libro: otros se pusieron á divertir á los juegos de naipes, y otros, por fin, tomaron sus escopetas y se fueron á pasar el rato á la huerta.

Solo yo me quedé de non, aunque muchos señores me brindaron con su compañía; pero yo les dí las gracias, y me escusé con el pretexto de que estaba cansado del camino, y que acostumbra dormirse un rato de siesta.

Cuando ví que todos estaban ó procurando dormir, ó divertidos, me salí al corredor, me recosté en una banca, y comencé á hacer las mas serias reflexiones entre mí acerca del chasco que me acababa de pasar.

Ciertamente, decia yo, ciertamente que este padre me ha avergonzado; pero despues de todo, yo he tenido la culpa en meterme á dar voto en lo que no entiendo. No hay duda, yo soy un necio, un bárbaro y un presumido. ¿Qué he leído yo de planetas, de astros, cometas, eclipses ni nada de cuanto el padre me dijo? ¿Cuando he visto ni por el forro los autores que me nombró, ni he oido siquiera hablar de estos antes que ahora? ¿Pues quien diablos me metió en la cabeza ser explicador de cosa que no entiendo, y luego explicador tan sandio y orgulloso? ¿En qué estaria yo pensando? Ya se ve, soy bachiller en filosofía, soy físico. Reniego de mí física y de cuantos físicos hay en el mundo, si todos son tan pelotas como yo. ¡Voto á mis pecados! ¿Qué dirá este padre? ¿Qué dirá el señor cura? ¿Y qué dirán todos? Pero, ¿qué han de decir sino que soy un burro? Para mas fué que yo el tuno de Juan Largo, que no se atrevió á manifestar su ignorancia. No hay remedio: saber cayar es un principio de aprender, y el silencio es una

buena tapadera de la poca instruccion: Juan Largo no hablando dejó á todos en duda de si sabe ó no sabe lo que son cometas; y yo con hablar tanto no conseguí sino manifestar mi necedad y ponerme á una vergüenza pública. Pero ya sucedio, ya no hay remedio. Ahora para que no se pierda todo, es preciso satisfacer al mismo padre, que es quien entiende mi tontera mejor que los demas, y suplicarle me dé un apunte de los autores físicos que yo pueda estudiar; porque ciertamente la física no puede menos que ser una ciencia, á mas de utilísima, entretenida, y yo deseo saber algo de ella.

Con esta resolucion me levanté de la banca y me fuí á buscar al vicario que ya habia acabado de rezar, y redondamente le canté la palinodia. Padrecito, le dije, ¿qué habrá vd dicho de la nueva esplicacion del cometa que me ha oido? Vamos, que vd. no esperaba tan repentino entremes sobre mesa; pero la verdad, yo soy un majadero y lo conozco. Como cuando aprendí en el colegio unos cuantos preliminares de física y algunas propiedades de los cuerpos en general, me acostumbé á decir que era físico, lo creí firmísimamente, y pensé que no habia ya mas que saber en esa facultad. A esta preocupacion se siguió el ver que habia quedado bien en mis actillos, que me alabaron los convidados y me dieron mis galas; y despues de esto, no habrá ocho dias que me he graduado de bachiller en filosofía, y me dijeron que estaba yo aprobado *para todo*: pensé que era yo filósofo de verdad, que el tal título probaba mi sabiduría, y que aquel pasaporte que me dieron *para todo*, me facultaba para disputar de todo cuanto hay, aunque fuera con el mismo Salomon; pero vd. me ha dado ahora una leccion de que deseo aprovecharme; porque me gusta la física, y quisiera saber los libros donde pueda aprender algo de ella; pero que la enseñen con la claridad que vd.

Esa es una buena señal de que vd. tiene un talento no vulgar, me dijo el padre; porque cuando un hombre conoce su error, lo confiesa y desea salir de él, da las mejores esperanzas, pues es-

to no es propio de entendimientos arrastrados que yerran y lo conocen, pero su soberbia no les permite confesarlos; y así ellos mismos se privan de la luz de la enseñanza, semejantes al enfermo imprudente que por no descubrir su llaga al médico, se priva de la medicina y se empeora.

Pero ¿donde aprendió vd. ese monton de vulgaridades que nos contó de los cometas? porque en el colegio seguramente no se las enseñaron. Ya se ve que no, le respondí. Esa copia de lucidísima erudicion que he vaciado se la debo á las viejas y cocineras de mi casa. No es vd. el primero, dijo el padre, que mama con la primera leche semejantes absurdos. Verdaderamente que todas esas son patrañas y cuentos de viejas. Vd. lo que debe hacer es aplicarse, que aun es muchacho y puede aprovechar. Yo le daré el apuntito que me pide de los autores en que puede leer á gusto estas materias, y le daré tambien algunas leccioncitas mientras estamos aquí.

Le dí las gracias, quedando prendado de su bello carácter: iba á pedirle un favor de muchacho, cuando nos llamaron para que nos fuéramos á divertir al corral del herradero.

## CAPITULO VII.

Prosigue nuestro autor contando los sucesos que le pasaron en la hacienda.

**S**IN embargo de que nos llamaron, el padre vicario continuó diciéndome: por lo que toca á lo que vd. me pide acerca de que le instruya de los mejores autores físicos, le digo que no es menester apuntito, porque son muy pocos los que le he de aconsejar á vd. que lea, y fácilmente los puede encomendar á la memoria. Procure vd. leer la *Física experimental de los Abates Pára y Nollet*, las *Recreaciones Filosóficas del padre D.*



*Teodoro de Almeida, el Diccionario de física, y el tratado de física de Brisson.* Con esto que vd. lea con cuidado, tendrá bastante para hablar con acierto de esta ciencia en donde se le ofrezca, y si á este estudio quisiere añadir el de la historia natural, como que es tan análoga al anterior, podrá leer con utilidad *el Espectáculo de la naturaleza por Pluche*, y con mas gusto y fruto *la Historia natural del célebre conde de Buffon*, llamado por antonomasia *el Plinio de Francia*.

Estos estudios, amiguito, son útiles, amenos y divertidos; porque el entendimiento no encuentra en ellos lo abstracto de la teología, la incertidumbre de la medicina, lo intrincado de las leyes, ni lo escabroso de las matemáticas. Todo llena, todo deleita, todo embelesa y todo enseña, así en la física como en la historia natural. Es estudio que no fatiga y ocupacion que no cansa. La doctrina que ministra es dulce, y el vaso en que se brinda es de oro.

Los que miran el Universo por la parte de afuera, se sorprenden con su primorosa perspectiva; pero no hacen mas que sorprenderse como los niños cuando ven la primera vez una cosa bonita que les divierte. El filósofo, como ve el Universo con otros ojos, pasa mas allá de la simple sorpresa: conoce, observa, escudriña y admira cuanto hay en la naturaleza.

Si eleva su entendimiento á los cielos, se pierde en la inmensidad de esos espacios llenos de la Magestad mas soberana: si detiene su consideracion en el sol, mira una mole crecidísima de un fuego vivísimo, penetrante é inestinguible, al paso que benéfico é interesante á toda la naturaleza: si observa la luna, sabe que es un globo que tiene montes, mares, valles, rios, como el globo que pisa, y que es un espejo que refleja la brillante luz del sol para comunicarnosla con sus influencias: si atiende á los planetas como Venus, Mercurio, Marte, y la restante multitud de astros, ya fijos, ya errantes, no contempla sino una prodigiosa infinidad de mundos, ya luminosos, ya iluminados, ya soles, ya lunas que observan constantemente los

movimientos y giros que la sabia Omnipotencia les prescribió desde el principio: si su consideracion desciende á este planeta que habitamos, admira la economía de su hechura; mira el agua pendiente sobre la tierra, contenida solo con un débil polvillo de arena: los montes elevados: las cascadas estrepitosas: las risueñas fuentes: los arrollos mansos: los caudalosos rios: los árboles, las plantas, las flores, las frutas, las selvas, los valles, los collados, las aves, las fieras, los peces, el hombre, y hasta los despreciables insectillos que se arrastran; y todo, todo le franquea teatro á su curiosidad ó investigación. La atmósfera, las nubes, las lluvias, el rocío, el granizo, los fuegos fátuos, las auroras boreales, los truenos, los relámpagos, los rayos, y cuantos meteoros tiene la naturaleza, presentan un vastísimo campo á su prolijo y estudioso exámen; y despues que admira, contempla, examina, discurre, pondera y acicala su entendimiento sobre un caos tan prodigioso de entes heterogéneos, tan admirables como incomprendibles, reflexiona que el conocimiento ó ignorancia que tiene de estos mismos séres, lo llevan como por la mano, hasta la peana del trono del Criador. Entonces el filósofo verdadero no puede menos que anonadarse y postrarse ante el sólio de la Deidad Suprema, confesar su poder, alabar su providencia, reconocer en silencio lo sublime de su sabiduría; y darle infinitas gracias por el diluvio de beneficios que ha derramado sobre sus criaturas, siendo entre las terrestres la mas noble, la mas exelsa, la mas privilegiada y la mas ingrata, el hombre, “bajo cuyos piés (nos dice la voz de la verdad) sujetó todo lo criado:” *Omnia subjecisti sub pedibus ejus*; y lo mismo será llegar el filósofo á estos sublimes y necesarios conocimientos, que comenzar á ser teólogo contemplativo; pues así como todos los rayos de la rueda de un coche descansan sobre la maza que es su centro, así las criaturas reconocen su punto céntrico en el Criador; por manera que los impíos ateistas que niegan la existencia de un Dios criador y conservador del Universo, proceden contra testimonio comun de las naciones, pues las mas bárbaras y salvajes

han reconocido este soberano principio; porque los mismos cielos proclaman la gloria de Dios, el firmamento anuncia sus obras maravillosas, y las criaturas todas se nos manifiestan á la vista, son las conductoras que nos llevan á adorar las maravillas que no vemos. Pero, ya se ve, los ateistas son unos brutos que parecen hombres, ó unos hombres que voluntariamente quieren ser menos que los brutos. Ello es evidente.....En esto, viendo que nos tardábamos, salieron á llamarnos otra vez las niñas y señores de la hacienda para que fuéramos á ver las travesuras de los payos y caporales, y tuvimos que suspender, ó por mejor decir, cortar enteramente una conversacion tan dulce para mí; porque en realidad me entretenia mas que todos los herraderos.

Admiráronse de vernos tan unidos al padre y á mí, creyendo que yo conservara algun resentimiento por el sonrojillo que me habia hecho pasar sobre mesa; y aun entre chanzas nos descubrieron su pensamiento; pero yo, en medio de mis desbaratos, he debido á Dios dos prendas que no merezco. La una un entendimiento dócil á la razon, y la otra un corazon noble y sensible, que no me ha dejado prostituir fácilmente á mis pasiones. Lo digo así porque cuando he cometido algunos excesos, me ha costado dificultad sujetar el espíritu á la carne. Esto es, he cometido el mal conociéndolo y atropellando los gritos de mi conciencia y con plena advertencia de la justicia, lo que acaece á todo hombre cuando se desliza al crimen. Por estas buenas cualidades que digo he visto brillar en mi alma, Jamás he sido rencoroso ni aun con mis enemigos; mucho menos con quien he conocido que me ha aconsejado bien tal vez con alguna aspereza, lo que no es comun, porque nuestro amor propio se resiente de ordinario de la mas cariñosa corrección, siempre que tiene visos de regaño; y por eso los de la hacienda se admiraban de la amistosa armonía que observaban entre mí y el padre.

Fuímonos por fin, al circo de la diversion, que era un gran corral, en el que estaban formados unos cómodos tabladitos. Sentámo-

nos el padre vicario y yo juntos, y entretuvimos la tarde mirando herrar los becerros y ganado caballar y mular que habia. Mas advertí que los espectadores no manifestaban tanta complacencia cuando señalaban á los animales con el fuego, como cuando se toreaban á los becerrillos ó se gineteaban los potros, y mucho mas cuando un torete tiraba á un muchacho de aquellos, ó un muleto desprendia á otro de sobre sí; porque entonces eran desmedidas las risadas, por mas que el golpeado inspirara la compasion con la afliccion que se pintaba en su semblante.

Yo, como hasta entonces no habia presenciado semejante escena, no podia menos que conmoverme al ver á un pobre que se levantaba rengueando de entre las patas de una mula ó astas de un novillo. En aquel momento solo consideraba el dolor que sentiria aquel infeliz, y esta genial compasion no me permitia reir cuando todos reventaban á caquinos. El juicioso vicario, que ¡hojalá hubiera sido mi mentor toda la vida! advirtió mi seriedad y silencio, y leyéndome el corazon me dijo: ¿vd. ha visto toros en México alguna vez? No señor, le contesté: ahora es la primera ocasion que veo esta clase de diversiones, que consisten en hacer daño á los pobres animales, y esponerse los hombres á recibir los golpes de la venganza de aquellos, la que juzgo se merecen bien por su maldita inclinacion y barbárie. Así es, amiguito, me dijo el vicario; y se conoce que vd. no ha visto cosas peores. ¿Qué dijera vd. si viera las corridas de toros que se hacen en las capitales, especialmente en las fiestas que llaman *Reales*? Todo lo que vd. ve en estas son frutas y pan pintado: lo mas que aquí sucede es que los toretes suelen dar sus revolcadillas á estos muchachos, y los potros y mulas sus caidas, en las que ordinariamente quedan molidos y estropeados los ginetes; mas no heridos ó muertos como sucede en aquellas fiestas públicas de las ciudades que dije; porque allí como se torear toros escogidos por feroces, y están puntales, es muy frecuente ver los intestinos de los caballos enredados en sus astas, hombres gravemente lastimados, y

algunos muertos. Padre, le dije yo, ¿y así esponen los racionales sus vidas para sacrificarlas en las armas enojadas de una fiera? ¿y así concurren todos de tropel á divertirse con ver derramar la sangre de los brutos, y tal vez de sus semejantes? Así sucede, me contestó el vicario, y sucederá siempre en los dominios de España, hasta que no se olvide esta costumbre tan repugnante á la naturaleza, como á la ilustracion del siglo en que vivimos.

Conversamos largo rato sobre esto, como que es materia muy fértil, y cuando mi amigo el vicario hubo concluido, le dije: padre, estoy pensando que ese *demontre* de Enero ó Juan Largo, mi condiscípulo, luego que sepa los disparates que yo dije del cometa, y la justa reprehension de vd., me ha de burlar altamente y en la mesa, delante de todos, porque es muy *panfloguista*, y tiene su gusto en pararle la bola como dicen, á cualquiera en la mejor concurrencia; y yo ciertamente no quisiera pasar otro bochorno como el de á medio dia, ó ya que él sea tan mal amigo y tan imprudente, que padeciera el mismo tártago que yo, haciéndolo vd. quedar mal con una preguntita de física, pues estoy seguro que entiende tanto de esto como de hacer un par de zapatos; y así le encargo á vd. que me haga este favor y le saque los colores á la cara por faceto.

Mire vd., me dijo el padre: á mi me es fácil desempeñar á vd.; pero esa es una venganza, cuya vil pasion debe vd. refrenar toda la vida: la venganza denota una alma baja que no sabe ni es capaz de disimular el mas mínimo agravio: El perdonar las injurias no solo es saña característica de un buen cristiano, sino tambien de una alma noble y grande. Cualquiera por pobre, por débil y cobarde que sea, es capaz de vengar una ofensa: para esto no se necesita religion, ni talento, ni nobleza, cuna, educacion ni nada bueno; sobra con tener una alma vil, y dejar que la ira corra por donde se le antoje para suscribir fácilmente á los sanguinarios sentimientos que inspira. Pero para olvidar un agravio, para perdonar al que nos lo infiere, y para remunerar la maldad con ac-

ciones benéficas, es menester no solamente saber el Evangelio, aunque esto debia ser suficiente, sino tener una alma heróica, un corazon sensible, y esto no es comun: tampoco lo es ver unos héroes como Trajano, de quien se cuenta que dando audiencia pública llegó al trono un zapatero fingiendo iba á pedir justicia; acercóse al emperador, y aprovechando un descuido, le dió una bofetada. Alborotóse el pueblo, y los centinelas querian matarlo en el acto; pero Trajano lo impidió para castigarlo por sí mismo. Ya asegurado el alevoso, le preguntó: ¿qué injuria te he hecho, ó qué motivo has tenido para insultarme? El zapatero, tan nécio como vano, le contestó: señor, el pueblo bendice vuestro amable carácter: nada tengo que sentir de vos; mas he cometido este sacrílego delito, sabiendo que he de morir, solo porque las generaciones futuras digan que un zapatero tuvo valor para dar una bofetada al emperador Trajano. Pues bien, dijo éste; si ese ha sido el motivo, tu no me has de exceder en valor. Yo tambien quiero que diga la posteridad, que si un zapatero se atrevió á dar una bofetada al emperador Trajano, Trajano tuvo valor para perdonar al zapatero. Anda libre.

Esta accion no necesita ponderarse: ella sola se recomienda, y vd. puede deducir de ella y de miles de iguales que hay en su línea, que para vengarse es menester ser vil y cobarde; y para no vengarse es preciso ser noble y valiente; porque el saber vencerse á sí mismo y sujetar las pasiones, es el mas difícil vencimiento, y por eso es la victoria mas recomendable y la prueba mas inequívoca de un corazon magnánimo y generoso.

Por todo esto, me parece que será bueno que vd. olvide y desprece la injuria del señor Januario. Pues padrecito, le dije, si mas valor se necesita para perdonar una injuria que para hacerla, yo desde ahora protexto no vengarme ni de Juan Largo, ni de cuantos me agravian en esta vida. ¡Oh D. Pedrito, me contestó el vicario, cuán apreciable fuera esta clase de protestas en el mundo,

si todas se llevasen al cabo!; pero no hay que protestar en esta vida con tanta arrogancia; porque somos muy débiles y frágiles, y no podemos confiar en nuestra propia virtud, ni asegurarnos en nuestra sola palabra. A la hora de la tempestad hacen los marineros mil promesas, pero llegando al puerto se olvidan como si no se hubieran hecho. Cuando la tierra tiembla no se oyen sino plegarias, actos de contrición y propósitos de enmienda; mas luego que se aquieta, el ébrio se dirige al vaso, el lascivo á la dama, el taurino á la baraja, el usurero á sus lucros, y todos á sus antiguos vicios. Una de las cosas que mas perjudican al hombre, es la confianza que tiene de sí mismo. Esta pone en ocasion de prostituirse á los jóvenes, de estraviar á las almas timoratas, de abandonarse á los que ministran la justicia, y de ser delinquentes á los mas sabios y santos. Salomon prevaricó, y S. Pedro que se tenia por el mas valiente de los apóstoles, fué el primero y aun el único que negó á su divino Maestro. Conque no hay que fiar mucho en nuestras fuerzas, ni que charlar sobre nuestra palabra; porque mientras no llega la ocasion, todos somos rocas; pero puestos en ellas somos unas pajitas miserables que nos inclinamos al primer vientecillo que nos impele.

Poco mas duró nuestra conversacion, cuando se acabó la tarde y con ella aquella diversion, siéndonos preciso trasladarnos á la sala de la hacienda.

Como en aquella época no se trataba sino de pasar el rato, todos fueron entreteniéndonos con lo que mas les gustaba, y así fueron tomando sus naipes y bandolones, y comenzaron á divertirse unos con otros. Yo entonces ni sabia jugar (ó no tenia qué, que es lo mas cierto), ni tocar, y así me fuí por una cabecera del estrado para oír cantar á las muchachas, las que me molieron la paciencia á su gusto; porque se acercaban hácia mí dos ó tres, y una decia: niña, cuéntame un cuento; pero que no sea el de Periquillo Sarniento. Otra me decia: señor, vd. que ha estudiado, díganos, ¿por-

que hablan los pericos como la gente? Otra decia: ¡ay, niña, qué comezon tengo en el brazo! ¿si tendré sarna? Así me estuvieron chuleando estas madamas toda la noche hasta que fué hora de cenar.

Púsose la mesa; sentámonos todos y con todos mi amiguísimo Juan Largo que hasta entonces se habia estado jugando malilla, ó no sé qué.

Mientras duró la cena se trataron diversos asuntos. Yo en uno que otro metia mi cucharada; pero despues de provacado, y siempre con las salvas de: *segun me parece: yo no tengo inteligencia: dicen: he oido asegurar, etc.*; pero ya no hablé con arrogancia como al medio dia: ya se vé, tal me tenia de acobardado el sermon que me espetó el vicario en mis bigotes. ¡Oh cuánto aprovecha una leccion á tiempo!

Se alzó la mesa, y mi buen amigo Juan Largo, dirigiendo á mí la palabra, comenzó á desahogar su genio bufon, lo mismo que yo me habia pensado. Conque Periquillo, me dijo, ¿las cometas son una cosa á modo de trompetas? ¡Vamos que tú has quedado lucido en el acto del medio dia! Sí, ya sé tus gracias: no sabia yo que tenia por condiscípulo un tan buen físico como tú, y á mas de físico astrónomo. Seguramente que con el tiempo serás el mejor almanaquero del reino. A hombre que sabe tanto de cometas, ¿qué cosa se le podrá ocultar de todos los astros habidos y por haber? Las mujeres, como casi siempre obran segun lo que primero advierten, y en esta rechifla no veian otra cosa que una burleta, comenzaron á reir y á verme mas de lo que yo queria; pero el padre vicario que ya me amaba y conocia mi vergüenza, procuró liberarme de aquel chasco, y dijo á D. Martin (que ya dije era el dueño de la hacienda), ¿con que pasado mañana tiene vd. eclipse de sol? Sí señor, dijo D. Martin, y estoy tamañito. ¿Por qué? preguntó el vicario. ¿Como por qué? (dijo el amo); porque los *eclises* son el diablo. Ahora dos años, me acordaré, que estaba ya vinién-



dose mi trigo, y por el maldito *eclis* nació todo chupado y ruincísimo, y no solo, sino que toda la cria del ganado que nació en aquellos dias se maleó y se murió la mayor parte. Vea vd. si con razon les tengo tanto miedo á los *eclises*. Amigo D. Martin, dijo el vicario, yo creo que no es tan bravo el leon como lo pintan: quiero decir que no son los pobres eclipses tan perversos como vd. los supone. ¿Cómo no, padre? dijo D. Martin. Vd. sabrá mucho, pero tengo mucha *esperencia*, y ya ve que la *esperencia* es madre de la *cencia*. No hay duda, los *eclises* son muy dañinos á las sementeras, á los ganados, á la *salú* y hasta las mujeres preñadas. Ora cinco años me acordaré que estaba en cinta mi mujer, y no lo ha de creer, pues hubo *eclis* y nació mi hijo Polinario *tencuitas*. ¿Pero por qué fué esa desgracia? preguntó el cura. ¿Cómo por qué, señor, dijo D. Martin, porque se lo comió el *eclis*. No se engañe vd., dijo el vicario; el eclipse es muy hombre de bien, á nadie se come ni perjudica, y si nó, que lo diga D. Januario. ¿Qué dice vd. señor bachiller? No hay remedio, contestó lleno de satisfaccion, porque le habian tomado su parecer; no, no hay remedio, decia: el eclipse no puede comer la carne de las criaturas encerradas en el vientre de sus madres, pero sí puede dañarlas por su maligna influencia, y hacer que nazcan *tencuas* ú corcovadas, y mucho mejor puede con la misma malignidad matar las crias y chuparse el trigo, segun ha dicho mi tio, atestiguando con la experiencia, y ya ve vd., padre mio, que *quod ab experientia patet non indiget probatione*. Esto es, no necesita de prueba lo que ya ha manifestado la experiencia.

No me admiro, dijo el padre, que su tio de vd. piense de esa manera, porque no tiene motivo de otra cosa; pero me hace mucha fuerza oir producir de igual modo á un señor colegial. Segun eso, dígame vd. ¿qué son los eclipses? Yo creo, dijo Januario, que son aquellos choques que tiene el sol y la luna, en los que uno ú otro salen perdiendo siempre conforme es la fuerza del que vence,

si vence el sol, el eclipse es de la luna, y si vence ésta se eclipsa el sol. Hasta aquí no tiene duda; porque mirando el eclipse en una bandeja de agua, materialmente se ve como pelea el sol con la luna; y se advierte lo que uno ú otro se comen en la lucha; y si tienen virtud estos dos cuerpos para hacerse tanto daño siendo solidísimos: ¿cómo no podrán dañar á las tiernas semillas y á las débiles criaturas del mundo? Ésto es lo que yo digo, repuso el bueno de D. Martin: vea vd., padre si digo bien ó mal. No hay que hacer, mi sobrino es muy *sabido: así mismo* segun y como el esplica el *eclis*, lo esplicaba su padre mi difunto hermano, que era hombre de muchas letras, y allá en la Huasteca, nuestra tierra, decian todos que era un pozo de *cencia*. ¡Ah mi hermano! si él viviera ¡qué gusto tuviera de ver á su hijo Januarito tan adelantado! No mucho, aunque me perdone, dijo el vicario; porque el señor no entiende palabra de cuanto ha dicho; antes es un blasfemo filosófico. ¿Qué pleitos, qué choques, influencias fatales ni malditas quiere vd. que produzcan los eclipses? Sepa vd. señor D. Martin, que el mayor eclipse no le puede hacer á vd. ni á sus siembras, ni ganado, mas daño, que quitarles una poca de luz por un rato. No hay tal pleito del sol y la luna, ni tales faramallas. ¿Se pudiera vd. pelear de manos desde aquí con uno que estuviera en México? Ya se ve que no, dijo D. Martin. Pues lo propio sucede al sol respecto de la luna, prosiguió el vicario; porque dista un astro de otro muchísimas leguas. Pues en resumidas cuentas, preguntó D. Martin, ¿qué es eclis? No es otra cosa, respondió el padre vicario, que la interposicion de la luna entre nuestra vista y el sol, y entonces se llama eclipse de sol ó la interposicion de la tierra entre la luna y el sol, y entonces se dice eclipse de luna.

¿Ya ve vd. todo eso? dijo el payo, pues no lo entiendo. Pues yo haré que lo persiva vd. clarísimamente dijo el padre: sepa vd. que siempre que un cuerpo apaco se opone entre nuestra vista y un cuerpo luminoso, el opaco nos embaraza ver aquella porcion de luz

que cubre con su disco. A goora lo entiendo ménos, decia D. Martin. Pues me ha de entender vd., replicó el padre. Si vd. pone su mano enfrente de sus ojos y la luz de la vela, claro es que no verá la llama. Eso si entiendo.—Pues ya entendió vd. el eclipse. ¿Es posible padre, decia D. Martin muy admirado; es posible que tan poco tienen que entender los *eclises*? Sí, amigo mio, decia el vicario. Lo que sucede es, que como su mano de vd. es mayor que la llama de la vela, siempre que la pongo frente de ella, la tamará toda y hará un eclipse total; pero si la pone frente de una luminaria de leña, seguramente no la tamará toda sino un pedazo, porque la luminaria es más grande que la mano de vd., y entónces puede vd. decir que hizo un eclipse parcial, esto es, que tapó una parte de la llama de la luminaria. ¿Lo entiende vd? Y muy bien, respondió el payo. Pero ¿que tan fácilmente *ansí* se entienden los *eclises* del sol y de la luna? Sí señor, dijo el padré. Ya dije á vd. que el sol está muchas leguas distante de la luna: es mucho mayor que ella, lo mismo que la luminaria es mucho más grande que su mano de vd., y así cuando la luna pasa por entre el sol y nuestros ojos, tapa un pedazo de éste, que es lo que no vemos, y lo que al señor Januario, á vd. y á otros les parece comido, no es otra cosa que la mano que pasa frente á la luminaria. ¿Lo entiende vd? Completamente, dijo D. Martin; y segun eso, nunca habrá *eclises* totales de sol, porque es la luna mucho más chica, y no lo puedo tamar todo. Así debia ser, dijo el vicario, si siempre la luna pasara á una misma distancia, respecto del sol y nuestra vista; pero como algunas veces pasa quedando muy cerca de nosotros (1), nos lo cubre totalmente, así como siempre que vd. se ponga la mano junto de los ojos no verá nada de la luminaria, sin embargo de que su mano de vd. es mucho más chica que la luminaria; y ahora sí creo que me ha entendido vd. ¿Y los de la luna cómo son? preguntó el payo. Del mismo modo, dijo el padre: así como la

(1) No es la distancia de la luna respecto de nosotros lo que hace que sean totales los eclipses, sino su completa interposicion.—E.

luna tapa ú oscurece un pedazo del sol (1) cuando se pone entre él y nosotros, así la tierra tapa ú oscurece un pedazo de luna ó toda cuando se pone entre ella y el sol.

*Ansí* debe ser, dijo D. Martin, y *ora* reflejo que he visto algunos *eclises* del sol y la luna, totales como vd. les llama, ó que se ha tapado toda, de modo que hemos estado *oscuras* totalísimamente. Sobre que no le hace que la luminaria sea más grande que la mano. ¿Y es posible que no son otra cosa los *eclises*? Sí señor, dijo el padre, no son otra cosa, y teniendo el año trescientos sesenta y cinco ó sesenta y seis días, si es bisiesto, tenemos nosotros otros tantos ecipses de sol y totales, que es más gracia. ¡Cómo, padre! decia D. Martin. Ya se vé que sí, dijo el vicario: ¿vé vd. de noche el sol? No señor, ni una pizca, respondió D. Martin. Pues ahí tiene vd. que se le eclipsa el sol todo entero; y para que vd. no me vea tanto tiene que yo me meta á la recámara, como que vd. cierre los ojos. Es verdad, decia D Martin; pero segun lo que vd. me ha dicho y segun lo que agora me dice, creo que el mundo es mucho mas grandísimo que el sol, que no puede menos, sobre que lo estamos mirando. Pues sí puede ménos, amigo, dijo el vicario; y en efecto, es tan pequeño respecto al sol, como lo es una avellana respecto á un coco. Pues entónces, replicó D. Martin, salimos con lo que vd. me dijo; pues aunque mimano sea más chica que la luminaria, me la puede tapar toda en estando muy cerca de mis ojos. Así es, dijo el vicario, puede ó no puede tapparla toda, segun la distancia en que vd. la pusiere respecto á sus ojos. Si la pone léjos de ellos, no tappará toda la luminaria, algo verá vd. de ella, pero si se la pone en las narices, no verá nada. Ya se vé que así ha de ser, decia D. Martin, y no solamente no verá la luminaria, pero ni la puerta de la hacienda que es más grande, ni cosa alguna, y eso será porque casi me tapo los ojos con la mano poniéndola tan cerca.

(1) Bien sabia el vicario que lo que se oscurece no es el sol, sino la tierra que recibe la sombra; pero se esplicó así porque lo entendiera D. Martin.

Pues veá vd. la razon, dijo el padre, por qué se suelen ver algunos eclipses totales de sol causados por la luna, porque ésta, aunque mucho más pequeña que él, si se pasa muy cerca de nosotros, como en realidad pasa algunas veces, hace el efecto de la mano frente de la luminaria, y lo mismo hace la tierra, sin embargo de su pequeñez, eclipsándonos el sol todas las noches por estar pegada á nosotros (1).

Perfectamente entendí todo el asunto de los *eclipses*, padre vicario dijo D. Martin, y creo que cualquiera lo entenderá, por negado que sea. ¿Lo entiendes, hija? ¿Lo han entendido, muchachas? Todas á una voz respondieron que sí, y que muy bien: que ya sabian que podian hacer eclipses de sol, de luna, ó de luminarias, cada vez que se es lantojara; pero el buen D. Martin volvió á preguntar: dígame vd. padre, ya que los *eclises* no son más que eso; ¿por qué son tan dañinos que nos pierden las siembras, los ganados, y hasta nos enferman y sacan imperfectos los muchachos? Esa es la vulgaridad, respondió el vicario. Los *eclipses* en nada se meten, ni tienen la culpa de esas desgracias. Las siembras se pierden, ó porque les ha faltado cultivo á su tiempo; ó han escaseado las aguas, ó la semilla estaba dañada, ó era ruin, ó la tierra carece de jugos, ó está cansada, etc. Los ganados malparen, ó las crias nacen enfermas, ya porque se lastiman las hembras ó padecen alguna enfermedad particular que no conocemos, ó han comido alguna yerba que las perjudica, etc.: últimamente, nosotros nos enfermamos ó por el excesivo trabajo, ó por algun desórden en la comida ó bebida; ó por exponernos al aire sin recato estando el cuerpo muy caliente, ó por otros mil achaques que no faltan; y las criaturas nacen *tencuas*, raquílicas, defectuosas ó muertas, por la imprudencia de sus madres en comer cosas nocivas, por travesear, corretear, alzar cosas pesadas, trabajar mucho, tener cóleras vehementes, ó recibir golpes en el vientre. Con que vea vd. como no

(1) Esto coincide con la esplicacion anteriormente anotada, que no es exacta.

— 84 —

tienen los pobres eclipses la culpa de nada de esto. Bien, dijo D. Martín; pero ¿cómo suceden estas desgracias puntualmente cuando hay *eclis*? La desgracia de los eclipses, dijo el vicario, consiste en que suceda algo de esto en su tiempo; porque los pobres que no entienden de nada, luego luego echan la culpa á los eclipses de cuantas averías hay en el mundo. Así como cuando uno se enferma, lo primero que hace es buscar achaque á su enfermedad, y tal vez cree que se la ocasionó la más inocente. Con que amigo, no hay que ser vulgares, ni que quitar el crédito á los pobrecitos eclipses, que es pecado de restitucion.

Celebraron todos al padre vicario, y le pegaron un buen tabardillo al amigo Juan Largo, de modo que se levantó de allá chillándole las orejas. A poco rato nos fuimos á acostar.

## CAPITULO VIII.

En el que escribe Periquillo algunas aventuras que le pasaron en la hacienda y la vuelta á su casa.



OTRO dia nos levantamos muy contentos, el señor cura hizo poner su coche, y el padre vicario mandó ensillar su caballo para irse á sus respectivos destinos. El padre vicario se despidió de mí con mucho cariño, y yo le correspondí con el mismo, porque era un hombre amable, benéfico, y no soberbio ni nécio.

Fuéronse, por fin, y yo quedé sin tan útil compañía. El hermano Juan Largo, tan tonto y sinvergüenza como siempre (porque es propiedad del nécio no dársele nada de cosa alguna de esta vida), á la hora del almuerzo me comenzó á burlar con la cometa; pero yo le

rebatí defendiéndome con los disparates que él había hablado acerca del eclipse, con cuya diligencia lo dejé corrido, y él debía de haber advertido que es una majadería ponerse apedrear el tejado del vecino el que tiene el suyo de vidrio.

Fuérase porque yo era nuevo en la casa, ó porque tenía un genio más prudente y jovial, las señoras, las muchachas y todos me querían más que á Juan Largo, que era naturalmente tosco y engreído. Con esto, cuando yo decía alguna facetada, la celebraban infinito, y de esto mondaba mi rival Enero, y trataba de vengarse siempre que hallaba ocasión, sin poder yo librarme de sus maldades, porque las tramaba con la capa de la amistad. ¡Abominable carácter de almas viles, que fabrican la traición á la sombra de la misma virtud!

Como yo por una parte lo amaba, y el por otra tenía un genio intrigante, le disimulaba sus malas intenciones, y yo me entregaba sin recelo á sus dictámenes.

Todas las tardes salíamos á pasear á caballo. Ya se deja entender qué buen jinete sería yo, que no había montado sino los caballos de alquiler barato de México; animales flacos, trabajados y de una zoncería y mansedumbre imponderable. No eran así los de la hacienda porque casi todos estaban lozanos y eran briosos; motivo bastante para que yo les tuviera harto miedo; por esto me encillaban los de la señora y de la niña su hija, y todas las tardes, como dije, salíamos á pasear Enero, yo y dos hijos del administrador, que eran muy buenas maulas.

De todos los cuatro yo era el ménos jinete, ó como dicen, el más colegial; con esto, me hacían mil travesuras en el campo, como colearme los caballos, manearmelos, espantármelos, y cuanto podían para que, apesar de ser mansos, se alborotasen y me echaran al suelo, como lo hacían sin mucha dificultad á cada instante; de suerte que aunque los golpes que yo llevaba eran ligeros y de poco riesgo por ser en las yerbas, ó en la arena, sin embargo, fueron tantos que no sé como no bastaron á acobardarme. Bien que mis buenos ami-

gos, despues que reian á mi costa cuanto querian, me consolaban contándome las caidas que habian llevado para aprender, y añadian: “no te apures, hombre, esto no es nada; pero aunque en cada caida te quebraras una pierna, ó se te sumiera una costilla, lo debias tener á mucha dicha cuando vieras lo que aprovechan estas lecciones de los caballos para tenerse bien en ellos; porque, amigo, no hay remedio, los golpes hacen ginete, y tu mismo advertirás que ya no estás tan lerdo como ántes: no, ya te tienes más y te sientas mejor, y si duras otro poco en la hacienda, nos has de dar á todos ancas vueltas.”

¿Quién creerá que estas frívolas lisonjas eran las vilmas medicinales que aquellos tunantes aplicaban á mis golpes y magullones. ¿Y quién creerá que yo me daba por muy bien servido con ellas, y se me olvidaba la jácara que me hacian al caer, y los pugidos que me costaba levantarme algunas veces? ¿más quién lo ha de creer, sino aquel que sepa que la adulacion se hace tanto lugar en el corazon humano, que nos agrada aun cuando viene dirigida por nuestros propios enemigos?

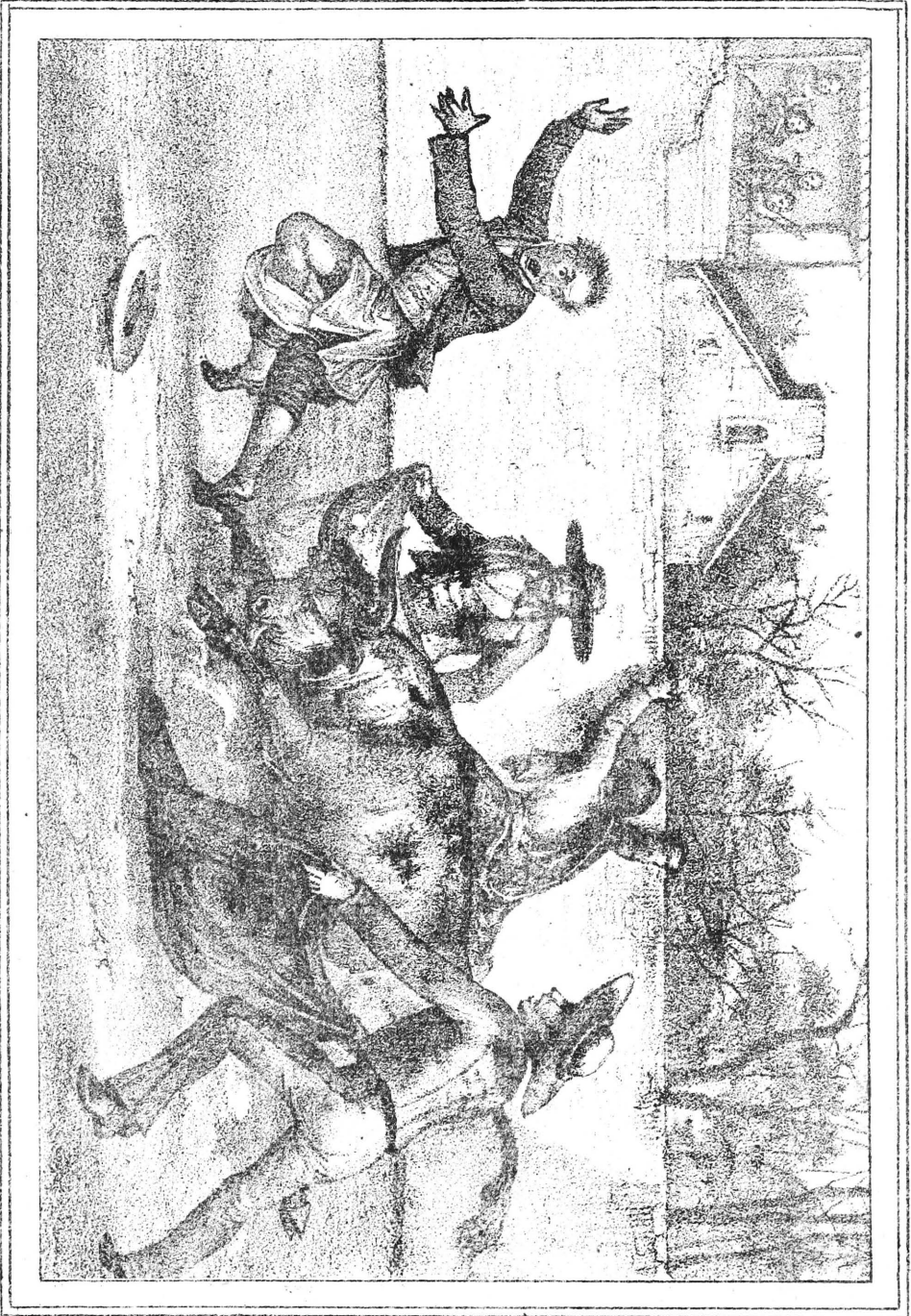
El picaron de Enero no se saciaba de hacerme mal por cuantos medios podia, y siempre fingiéndome una amistad sincera. Una tarde de un dia domingo en que se toreaban unos becerros, me metió en la cabeza que entrara yo á torear con él al corral: que eran los becerros chicos: que estaban despuntados: que él me enseñaria; que era una cosa muy divertida; que los hombres debian saber de todo, especialmente de cosas de campo: que el tener miedo se quedaba para las mugeres, y qué sé yo que otros desatinos, con los que echó por tierra todo aquel escándalo que yo manifesté al vicario la vez primera que ví la tal zambra de hombres y brutos. Se me dispó el horror que me inspiraron al principio estos juegos, falté á mi antigua circunspeccion en este punto, y atropellando con todo, me entré al corral á pié, porque me juzgué mas seguro.

A los principios llanaba al becerro á distancia de diez ó doce va-





Me levanté al momento sin advertir que al golpe se me habían reventado los billetes y las cintas de los calzones.



ras, con cuya ventaja me escapaba fácilmente de su enojo, subiéndome á las trancas del corral: mas como en esta vida no hay cosa á que no se le pierda el miedo con la repetición de actos, poco á poco se lo fuí perdiendo á los becerros, viendo que me libraba de ellos sin dificultad, y ayudado con los estímulos de mis buenos amigos y camaradas, que acada momento me gritaban, “arrímese, colegial: arrímate, hombre, no seas collon: anda Coquita,” [1] y otras incitaciones de esta clase, me fuí acercando mas y más á sus testas respetables, hasta que en una de esas se me puso por detras de puntillas el Sr. Juan Largo, y cuando yo quise huir no pude, porque él me embarazó la carrera haciendo que tropezaba con migo, con cuyo auxilio tan á tiempo me alcanzó el becerro y levantándome en el aire con su mollera, me hizo caer en tierra como un zapote, mal de mi grado, y á la distancia de cuatro á cinco varas. Yo quedé todo desguarnido del susto y del porrazo; pero con todo esto, como el miedo es ligerísimo y yo temia la repetición del lance, pues el becerro aun esperaba concluir su triunfo, me levanté al momento sin advertir que al golpe se me habian reventado los botones y las cintas de los calzones, y así habiéndoseme bajado á los talones quedé engrillado sin poder dar un paso y en la mas vergonzosa figura; pero el maldito novillo, aprovechando mi ineptitud para correr, repitió sobre mí un segundo golpe; mas contal furia, que á mí me pareció que me habrian quebrado hasta las costillas con una de las torres de Catedral, y que habia volado más allá de la órbita de la luna; pero al dar en el suelo tan furioso costalazo como el que dí, no volví á saber de cosa alguna de esta vida.

Quedé privado: suviéronme cubierto con unas *mangas*, y se acabó la diversion con el susto, creyendo todas las señoras que me habia dado un golpe mortal en el cerebro.

Quiso Dios que no pasó de una ligera suspension del uso de los

Lo mismo que Marica ó Mariquita.—E.

sentidos; pues con los auxilios de la lana prieta (1), el álcali, ligaduras y otras cosas, volví en mi al cabo de media hora, sin mas novedad que un dolorcillo en el hueso *cocix*, que no dejaba de molestarme más de lo que yo queria.

Pero cuando estuve en mi entero acuerdo y me ví rodeado de todos los señores que estaban en la hacienda, tendido en una cama y b rigado, y llenos todos de sobresalto, preguntándome: unos ¿cómo se siente vd? otros, ¿qué tiene vd? y todos: ¿qué le duele? y en medio de esta concurrencia advertí mis calzones sueltos, por haberse reventado la pretina, y me acordé de las faldas de mi camisa y del lance que me acababa de pasar, me llené de vergüenza (pasion que no me ha faltado del todo), y hubiera querido haber caido honestamente como César cuando lo asesinó Bruto.

Les dí gracias por su cuidado, contestándoles que no me habia hecho mayor mal; mas con todo eso, la señora de la hacienda me hizo tomar un vaso de vinagre aguado, y á poco rato una porcion de calahuala, con lo que á otro dia estaba enteramente restablecido.

Mi buen amigo Enero en aquel primer rato de mi mal, y cuando todos estaban temiendo no fuera cosa grave, se manifestó bien apesadumbrado con toda aquella hipocresía que sabia usar; mas al siguiente dia que me vió fuera de riesgo, me cogió á cargo y comenzó á desahogar todas sus bufonadas, haciéndome poner colorado á cada momento delante de las muchachas con el vergonzoso recuerdo de mi pasada aventura, insistiendo en mi desnudez, en la posicion de mi camisa y en el indecente modo de mi caida.

Como él con sus truhanadas escitaba la risa de las niñas, y yo no podia negarlo, me avergonzaba terriblemente, y no hallaba mas recurso que suplicarle no me sonrojara en aquellos términos; pero mi súplica solo servia de espuelas á su maldita verbosidad, y esto me añadia mas vergüenza y mas enojo.

[1] La gente vulgar cree que esta lana y no la blanca es la que tiene virtud de hacer volver en sí al que está privado de sentidos, y á esta vulgaridad alude el autor.—E.

Para serenarme me decia: no seas tonto, hermano: si esto es chanza. Esta tarde nos iremos á pasear á Cuamátla, verás qué hacienda tan bonita. ¿Qué caballo quieres que te ensillen? ¿el almendrillo ó el grullo de tia? Yo le contesté la primera vez que me lo dijo: amigo, yo te agradezco tu cariño, pero escústate de que me ensillen ningun caballo, porque yo no pienso volver á montar en mi vida grullas ni grullas, ni pararme delante de una vaca, cuanto menos delante de los toros ó becerros. Anda, hombre, decia él, no seas tan cobarde: no es ginete el que no cae, y el buen toreador muere en las astas del toro. Pues muere tú, norabuena, le respondia yo, y cae cuantas veces quisieres, que yo no he reñido con mi vida. ¿Qué necesidad tengo de volver á mi casa con una costilla menos ó una pierna rota? No, Juan Largo, yo no he nacido para caporal ni vaquero. En dos palabras: yo no volví á montar á caballo en su compañía, ni á ver torear siquiera, y desde aquel dia comencé á desconfiar un poco de mi amigo. ¡Feliz quien escarmienta en los primeros peligros! pero mas “feliz el que escarmienta en los peligros agenos,” como dijo un antiguo: *Feliz quem faciunt aliena paricula cautum*. Esto se llama saber sacar fruto de las mismas adversidades.

A los tres dias de este suceso se acabaron las diversiones, y cada huésped se fué para su casa. El malvado Enero habia advertido que yo veia con cariño á su prima y que ella no se incomodaba por esto, y trató de pegarme otro chasco que estuvo peor que el del becerro.

Un dia que no estaba en casa D. Martin porque se habia ido á otra hacienda inmediata, me dijo Enero: yo he notado que te gusta Poncion, y que ella te quiere á tí. Vamos, dime la verdad, ya sabes que yo soy tu amigo y que jamás me has reservado secreto. Ella es bonita: tú tienes buen gusto, y yo te lo pregunto porque sé que puedo servir á tus deseos. La muchacha es mi prima y no me puedo yo casar con ella; y así me alegrara que disfrutara de su amor un amigo á quien yo quisiera tanto como á tí ¿Quien habia de pensar

que esta era la red que me tendia este maldito para burlarse de mí á costa de mi honor? Pues así fué, porque yo tan fácil como siempre, lo creí, y le dije: que tu prima es de mérito, es evidente: que yo la quiero, no te lo puedo negar; pero tampoco puedo saber si ella me quiere ó nó, pues no tengo por donde saberlo. ¿Cómo no? dijo Enero, ¿pues qué nunca le has dicho tu sentimiento? Jamas le he hablado de eso, le respondí. Y ¿por qué? instó él. ¿Cómo por qué! le dije yo, porque le tengo vergüenza: dirá que soy un atrevido; lo avisará á su madre, ó me echará noramala. A más de eso tu tia es muy celosa, jámas nos dá lugar de hablar, ni la deja sola un momento; ¿con que cómo quieres que tenga yo lugar para tratar con esa niña unas conversaciones de esta clase? Rióse Enero grandemente, burlóse de mi temor y recato, y me dijo: eres un pazguato; no te juzgaba yo tan zonzo y para nada: ¡miren qué dificultades tan grandes tienes que vencer! Quitá allá, collon. Todas las mujeres se pagan de que las quieran, y aunque no correspondan, agradecen el que se los digan. Ahora, ¿no has oido decir, que al que no habla nadie le oye? Pues habla, salvage, y verás como alcanzas. Si temes á la vieja de mi tia, yo te haré juego, yo te proporcionaré que le hables á solas, espacio y á tu satisfacion. ¿Qué dices? ¿quieres? habla: verás que yo solo soy tu verdadero amigo.

Con semejantes consejos, viendo que la ocasion me brindaba con lo mismo que yo apetecia, no tardé mucho en admitir su obsequiosa oferta: y le dí más agradecimientos que si me hubiera hecho un verdadero favor.

El bribón se apartó de mí por un corto rato, al cabo del cual volvió muy contento y me dijo: todo está hecho. He dado un vomitorio á Poncianita, y me ha desembuchado todo: ha cantado redondamente, y me ha confesado que te quiere bien. Yo le dije que tú mueres por ella y que deseas hablarla á solas, Ella quisiera lo mismo, pero me puso el embarazo de su madre que la trae todo el dia como un llavero. La dificultad al parecer es grande; más yo he discurrido

el arbitrio mejor para que vdes. logren sus deseos sin zozobra, y es éste: el tío no ha de venir hasta mañana: ya tú sabes la recámara donde ella duerme con su madre, y sabes que su cama está á la derecha luego que se entra; y así esta misma noche puedes entre las once y doce ir á hablarla todo cuanto quieras, en la inteligencia de que la vieja á esa hora está en lo mas pesado de su sueño. Poncianita está corriente, solo me encargó que entraras con cuidado y sin hacer ruido, y que si no está despierta, le toques la almohada, que ella tiene un sueño muy ligero. Con que mire vd., señor Periquillo, y que pronto se han vencido todas las dificultades que te acobardan; y así que no hay que ser zonzó, logra la ocasion ántes que se pase, ya yo hice por ti cuanto he podido.

Repetí las gracias á mi grande amigo por sus buenos oficios, y me quedé haciendo composicion de lugar, pensando qué le diria yo á esa niña(pues á la verdad mi malicia no se estendia á más que á hablar, y deseando que corrieran las horas para hacer mi visita de lechuza

Entre tanto, el traidor Juan Largo, que ni palabra habia hablado á su prima acerca de mis amorcillos, fué á ver á su tia, y le dijo que tuviera cuidado con su hija, porque yo era un completo zaragate: que él ya habia notado que yo le hacia mil señas en la mesa, y que ella me las correspondia: que algunas noches me habia buscado en mi cama, y no estaba yo en ella; y así que mudara á Poncianita á otra recámara con una criada, y que ella se acostara en la misma cama que su prima aquella noche y estuviera con cuidado á ver si él se engañaba. Todo le pareció muy bien á la señora, lo creyó como si lo viera, agradeció á Januario el celo que manifestaba por el honor de su casa: prometió tomar el consejo que le acababa de dar, y sin más averiguacion, se encerró en un cuarto con la inocente muchacha y le dió una vuelta del demonio, segun me contó á los dos meses una criada suya que se fué á acomodar á mi casa y oyó el chisme del pícaro primo, y advirtió el injusto castigo de Ponciana.

Dos lecciones os da este suceso, hijos mios, de que os debereis

aprovechar en el discurso de vuestra vida. La primera es para no ser fáciles en descubrir vuestros secretos á cualquiera que se os venda por amigo; lo uno porque puede no serlo, si no un traidor, como Januario, que trate de valerse de vuestra simplicidad para perderos; y lo otro, porque aun cuando sea tu amigo, quizá llegará el caso de no serlo, y entónces si es un vil como muchos, descubrirá vuestros defectos que le háyais comunicado en secreto, para vengarse. En todo caso, mejor es no manifestar el secreto que aventurarlo: *si quieres que tu secreto esté oculto, decia Séneca, no lo digas á nadie; pues si tú mismo no lo callas, ¿cómo quieres que los demás lo tengan en silencio?*

La otra leccion que os proporciona este pasage es, que no os lleveis de las primeras ideas que os inspire cualquiera. El creer lo primero que nos cuentan sin examinar su posibilidad, ni si es verás, ó no el mensagero que nos trae la noticia, arguye una ligereza imperdonable, que debe graduarse de necedad, y necedad que puede ser y ha sido muchas veces causa de unos daños irreparables. Por un chisme del perverso Amán iban á perecer todos los judíos en poder del engañado Asuero; y por otro chisme y calumnia del maldito Juan Largo, sufrió la niña su prima un castigo y un descrédito injusto.

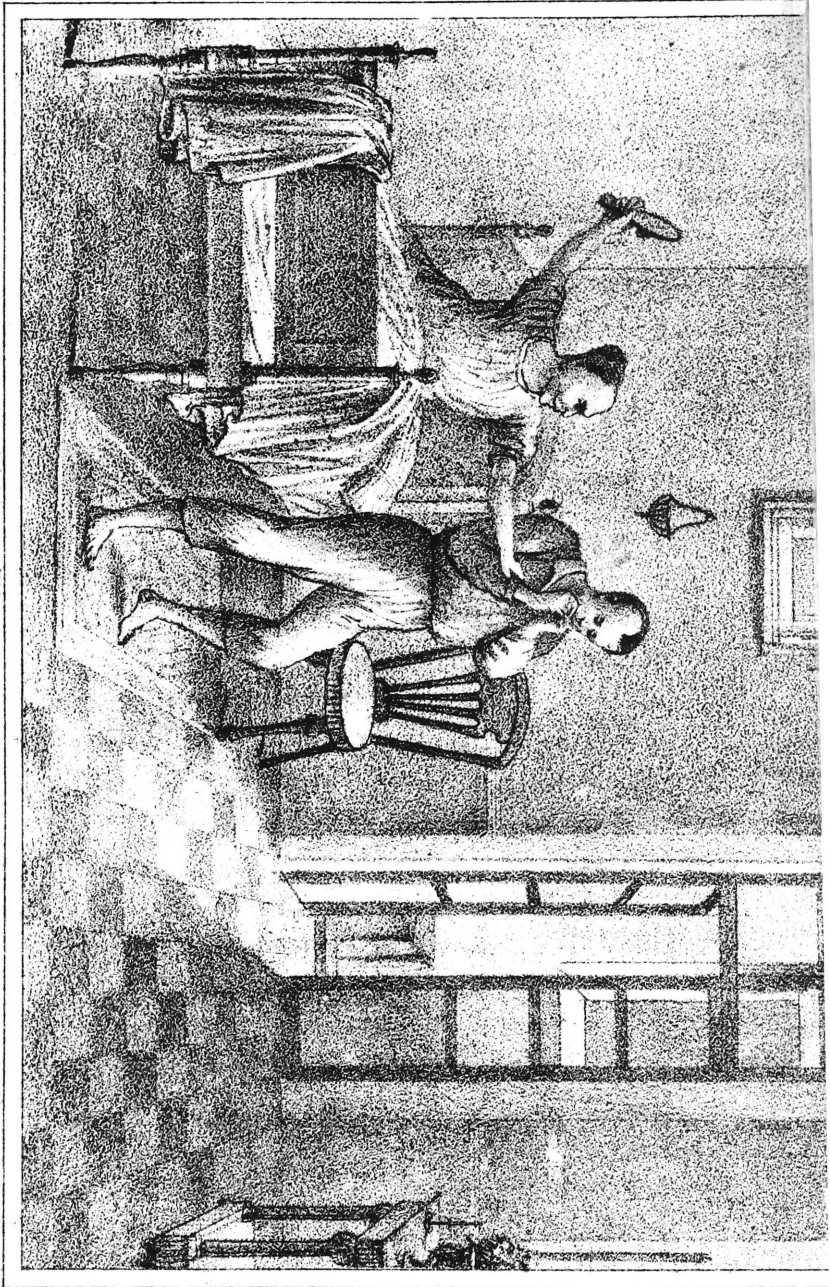
En el discurso de aquel dia la señora me mostró bastante ceño ó mal modo; pero como muchacho, no presumí que yo era la causa de él, atribuyéndolo á alguna enfermedad ó indisposicion con la familia sirviente. Sí estrañé que la niña no asistió á la mesa, pero no pasó de echarla ménos.

∴

Llegó la noche: cenamos, me acosté, y me quedé dormido sin acordarme de la consabida cita; cuando á las horas prevenidas, el perro de Januario, que se desvelaba por mi daño, viendo que yo roncaba alegremente, se levantó y fué á despertarme diciéndome: flojo, condenado ¿qué haces? anda, que son las once y te estará esperando Poncianita. Era mi sueño mayor que mi malicia; y así mas de fuerza que de gana me levanté en paños menores; descalzo y temblando







Me plantó la Vieja madre tanfuerte zapataso en la cara que me hizo ver el sol á media noche

de frio y de miedo me fuí para la recámara de mi amada, ignorante de la trama que tenia urdida mi grande y generoso amigo. Entré muy quedito: me acerque á la cama donde yo pensaba que dormia la inocente niña; toqué la almohada, y cuando ménos lo pensé, me plantó la vieja madre tan furioso zapatazo en la cara, que me hizo ver el sol á media noche. El susto de no saber quién me habia dado, me decia que callara; pero el dolor del golpe me hizo dar un grito mas recio que el mismo zapatazo. Entónces la buena vieja me afianzó de la camisa, y sentándome junto así me dijo: cálese vd., mocososo atrevido, ¿qué venia á buscar aquí? ya sé sus gracias. ¿Así se honra á sus padres? ¿Así se pagan los favores que le hemos hecho? ¿Este es el modo de portarse un niño bien nacido y bien criado? ¿Qué deja vd. para los payos ordinarios y sin educacion? Picaro, indecente, osado, que se atreve á arrojarse á la cama de una niña doncella, hija de unos señores que lo han favorecido. Agradezca que por respeto de sus buenos padres, no hago que lo majen á palos mis criados; pero mañana vendrá mi marido, y en el dia haré que se lleve á vd. á México, que yo no quiero pícaros en mi casa.

Yo lleno de temor y confusion me le hiqué, lloré y supliqué tanto que no le avisara á D. Martin, que al fin me lo prometió. [Fuíme á mi cama, y observé que reia bastante el indigno Januario debajo de la sábana, pero no me dí por entendido.

Al dia siguiente vino D. Martin; y la señora pretestando no sé qué diligencia precisa en la capital, hizo poner el coche, y sin volver á ver á la pobre muchacha, me condujeron á la casa de mis padres, sin darse la señora por entendida con su marido, segun me lo prometió.

## CAPITULO IX.

Llega periquillo á su casa, y tiene una larga conversacion con su padre sobre materias curiosas é interesantes.

**L**EGAMOS á mi casa, donde fuí muy bien recibido de mis padres, especialmente de mi madre, que no se hartaba de abrazarme, como si acabara de llegar de luengas tierras y de alguna expedicion muy arriesgada. El señor D. Martin estuvo en casa dos ó tres dias miéntras concluyó su negocio, al cabo de los cuales se retiró á su hacienda, dejándome muy contento porque se habia quedado en silencio mi desórden.

El señor mi padre un dia me llamó á solas y me dijo: “Pedro, ya has entrado la juventud sin saber en donde dejaste la niñez; y mañana te hallarás en la virilidad ó en la edad consistente sin saber como se te acabó la juventud. Esto quiere decir, que hoy eres muchacho y mañana serás un hombre: tienes en tu padre quien te dirija, quien te aconseje y cuide de tu subsistencia; pero mañana, muerto yo, tú habrás de dirigirte y mantenerte á costa de tu sudor ó tus arbitrios, so pena de perecer, si no lo haces así, porque ya ves que yo soy un pobre y no tengo mas erencia que dejarte que la buena educacion que te he dado, aunque tú no la has aprovechado como yo quisiera.

En virtud de esto, pensemos hoy lo que ha de ser mañana. Ya has estudiado gramática y filosofia, estás en disposicion de continuar la carrera de las letras, ya sea estudiando teología ó cánones, ya leyes ó medicina. Las dos primeras facultades dan honor y aseguran la subsistencia á los que se dedican á ellas con talento y aplicacion: más es como preciso que sean eclesiásticos para que logren el fruto

de su trabajo y sean útiles en su carrera; pues un secular por buen teólogo ó canonista que sea, ni podrá orar en un púlpito, ni resolver un caso de conciencia en un confesonario; y así es que estas facultades son estériles para los seculares, y solo se pueden estudiar para ilustrarse, en caso de no necesitar los libros para comer.

La medicina y la abogacía son facultades útiles para los seculares. Todas son buenas en sí y provechosas, como el que las profese sea bueno en ellas, esto es, como salga aprovechado en su estudio; y así seria una necedad muy torpe que el teólogo adocenado, el médico ignorante, el leguleyo ó rábula acusaran á estas ciencias del poco crédito que ellos tienen, ó les echaran la culpa de que nadie los ocupe: porque nadie los juzga útiles, ni quieren fijar su alma, su salud ni sus haberes en unas manos trémulas é insuficientes.

Esto es decirte, hijo mio, que tienes cuatro caminos que te ofrecen la entrada á las ciencias más oportunas para subsistir en nuestra patria; pues aunque hay otras, no te las aconsejo, porque son estériles en este reino, y cuando te sirvan de ilustracion, quizá no te aprovecharán como arbitrio. Tales son la física, la astronomía, la química, la botánica, etc., que son parte de la primera ciencia que te dije.

Tampoco te persuado que te dediques á otros estudios que se llaman bellas letras, porque son más deleitables al entendimiento que útiles á la bolsa. Supongamos que eres un gran retórico y más elocuente que Demóstenes: ¿de qué te servirá si no puedes lucir tu oratoria en una cátedra ó en unos estrados? que es como decirte, si no eres sacerdote ó abogado. Supon tambien que te dedicas al estudio de las lenguas, ya vivas, ya muertas, y que sabes con primor el idioma griego, el hebreo, el francés, el inglés, el italiano y otros; esto solo no te proporcionará subsistir.

Pero con mas eficacia te apartara yo de la poesía, si la quisieras emprender como arbitrio; porque el trato con las musas es tan encantador como infructuoso. Comunmente cuando alguno está muy

pobre dice que *está haciendo versos*. Parece que estas voces, *poeta y pobre* son sinónimas, ó que el tener la habilidad de poetizar es un anatema para perecer. Algunos familiares del Pindo han logrado labrar su fortuna por su nùmen: pero han sido pocos en realidad. Virgilio fué uno de ellos, que fué protegido de Augusto; pero no se hallan fácilmente Augustos ni Mecenas que patrocinen Virgilio: ántes muchos otros que han tenido las dos circunstancias que Horacio requiere para la poesía, que son *nùmen y arte*, han pedido limosna cuando se han atenido á esta habilidad, y otros mas prudentes se han apartado de ella, mirándola como un comercio pernicioso á su mejor colocacion, tal fué D. Esteban Manuel Villegas, cuyas *Eróticas* tenemos.

Por esto te aconsejo en esta parte con las mismas palabras de Boscangel.

*Si hicieres versos, haz pocos,  
Por mas que te asista el genio,  
Que aunque te lo aplauda el gusto,  
Ha de reñirlo el talento.*

Que es como decirte; aunque tengas gusto de hacer versos, aunque éstos sean buenos y te los celebren, has pocos, no te embeleses ni te distraigas en este ejercicio, de suerte que no hagas otra cosa; porque entónces si no eres rico, ha de reñirlo el talento, pues la bolsa lo ha de sentir, y la moneda andará reñida contigo como con casi todos los poetas. El padre del gran Ovidio le decia que no se dedicara á las Musas, poniéndole por causal la pobreza que se podia esperar de ellas, pues le acordaba que Homero siendo tan celebrado poeta, murió pobre. *Nullas reliquit opes*.

No es esto decirte que son inútiles la poesía y las demas ciencias que te he dicho; antes muchas de ellas son no solo útiles, sino necesarias á ciertos profesores. Por ejemplo: la dialéctica, la retórica y la historia eclesiástica, son necesarísimas al teólogo: la química, botánica y toda la física es tambien precisa para el médico; la lógica,

la oratoria y la erudicion en la historia profana, son tambien no solo adornos sino báculos forzosos para el que quiera ser buen abogado. Ultimamente, el estudio de las lenguas ministra á los literatos una esquisita y copiosa erudicion en sus respectivas facultades, que no se logra sino bebiéndose en las fuentes originales, y la dulce poesía les sirve como de sainete y refrigerio que les endulza y alegra el espíritu fatigado con la prolija atencion con que se dedican á los asuntos serios y fastidiosos; pero estos estudios, conciderados con separacion de las principales facultades (si se deben separar), solo serán un mero adorno, podrán dar de comer alguna vez, pero no siempre, á lo menos en América, donde faltan proporcion, estímulos y premios para dedicarse á las ciencias.

Con que de todo esto sacamos en conclusion, que un pobre como tú que sigue la carrera de las letras para tener con que subsistir, se ve en necesidad de ser ó sacerdote teólogo ó canonista; ó siendo secular, médico ó abogado: y así ya puedes elegir el género de estudio que te agrada, advirtiéndote antes, que en el acierto de la eleccion consistirá la buena fortuna que te hará feliz en el discurso de tu vida.

Yo no exijo de tí una resolucion violenta ni despremeditada. No, hijo mio, esta no es puñalada de cobarde. Ocho dias te doy de plazo para que lo pienses bien. Si tienes algunos amigos sabios y virtuosos, comunícales las dudas que te ocurran, aconséjate con ellos, aprovéchate de sus lecciones, y sobre todo, consúltate á tí mismo: examina tu talenta é inclinacion, y despues que hagas estas diligencias, resolverás con prudencia la carrera literaria que pienses abrazar. En inteligencia, que si de tus consultas y exámen deduces que no serás buen letrado ni sacerdote, ni secular, no te apures ni te avergüences de decírmelo, que por la gracia de Dios, yo no soy un padre ridículo, que he de incomodarme porque me participes el desengaño que saques por fruto de

tus reflexiones. No, Pedro mio, dime, dime con toda franqueza tu nuevo modo de pensar: yo te puse el arte de Nebrija en la mano por contemporizar con tu madre, mas ahora que ya eres grande, quiero conteporizar contigo, porque tú eres el héroe de esta escena, tú eres el mas interesado en tu logro, y así tu inclinacion y aptitud para esto ó para aquello, se debe consultar, y no la de tu madre ni la mia.

No soy yo de los padres que quieren que sus hijos sean clérigos, frailes, doctores ó licenciados, aun cuando son ineptos para ello ó les repugna tal profesion. No: yo bien sé que lo que importa es que los hijos no se queden flojos y haraganes, que se dediquen á ser útiles á sí y al estado, sin sobrecargar la sociedad contando entre los vagos, y que esto no solamente las ciencias lo facilitan; tambien hay artes liberales y ejercicios mecánicos con que adquirir el pan honradamente.

Y así, hijo mio, si no te agradan las letras, si te parece muy escabroso el camino para llegar á ellas, ó si penetras que por mas que te apliques, has de avanzar muy poco, viniendo á serte iufructuoso el trabajo que impendas en instruirte, uo te aflijas, te repito. En ese caso tiende la vista por la pintura ó por la música; ó bien por el oficio que te acomode. Sobran en el mundo sastres, plateros, tejedores, herreros, carpinteros, batihojas, carroceros, canteros y aun zurradores y zapateros que se mantienen con el trabajo de sus manos. Dime, pues, qué cosa quieres ser, á que oficio tienes inclinacion, y en qué giro te parece que lograrás una honrada subsistencia; y creeme que con mucho gusto haré por que lo aprendas y te fomentaré miéntras Dios me diere vida: entendido que no hay oficio vil en las manos de un hombre de bien, ni arte mas ruin, oficio ó ejercicio mas abominable, que no tener arte, oficio ni ejercicio alguno en el mundo. Si, Pedro, el ser ocioso é inútil, es el peor destino que puede tener el hombre; po rque la necesidad de subsistir y el no saber cómo ni de qué, lo po nen como con la mano en la puerta de los vicios mas vergonzosos, y por eso vemos tantos drogueros, tantos rufianes de sus mismas hijas y mujeres, y tantos ladrones;



y por esta causa tambien se han visto y se ven tan pobladas las cárceles, los presidios, las galeras y las horcas.

Así, pues, hijo mio, consulta tu genio é inclinacion con espacio, para abrazar este ó el otro modo con que juzgues prudentemente que subsistirás los dias que el cielo te conceda, sin hacerte odioso ni gravoso á los demas hombres tus hermanos, á quienes debes ser benéfico en cuanto puedas, que esto exige la legítima sociedad en que vivimos.

Pero tambien debes advertir, que aunque tú has de ser el juez que te examine, por la misma razon has de ser muy recto sin dejarte gobernar por la lisonja, pues entonces perderás el tiempo: tus especulaciones serán vanas, y te engañarás á ti mismo, si no pruebas tu capacidad y analizas tu genio como si fuera el de un extraño, y sin hacerte el mas mínimo favor. El gran Horacio aconseja en su Art. Poet. á los escritores, *que para escribir elijan aquella materia que sea mas conforme á sus fuerzas, y vean el peso que puedan tolerar sus hombros y el que resistan.*

Pues es cierto que si las fuerzas exceden á la carga, esta se sobrellevará; mas si la carga es mayor que las fuezas, rendirá al hombre, quien vergonzosamente caerá bajo su peso.

Es una verdad que se introduce sin violencia dentro de nuestros corazones, que *no todos lo podemos todo*; pero la lástima es que aunque conocemos su evidencia, la conocemos respecto de los demas, no respecto de nosotros mismos. Cuando alguno emprende hacer esto ó aquello y le sale mal, luego decimos: ¡Oh! pues si se mete á lo que no entiende, ¿no es preciso que yerre? Pero cuando nosotros emprendemos, creemos que somos capaces de salirnos con la nuestra, ¿y si erramos? ¡Oh! entonces nos sobran mil disculpas á nuestro favor para cubrirnos de las notas de imperitos ó atolondrados.

Por esto no me cansaré de repetirte, hijo mio, que antes de abrazar esta ó la otra facultad literaria, esta ó aquella profesion mecánica, ect., lo pienses bien; veas si eres ó no á propósito para ello;

pues aun cuando te sobre inclinacion, si te falta talento, errarás lo que emprendas sin ambas cosas, y te espondrás á ser objeto de la mas severa crítica.

Ciceron fué el depósito de la elocuencia romana; tenia inclinacion á la poesía; pero no aquel talento propio para ella que llaman *estro*; lo que fué causa de que cometiese una ridícula cacofonía, ó mal sonido de palabras en aquel verso que censuró con otros Quintiliano.

*O fortunatam natam me consule Romam.*

Y Juvenal dijo, que si las *Filípicas* con que irritó el ánimo de Antonio las hubiera dicho con tan mala poesía, nunca hubiera muerto degollado.

El célebre Cervántes fué un grande ingenio, pero desgraciado poeta; sus escritos en prosa le grangearon una fama inmortal (aunque en esto de pesetas murió pidiendo limosna. Al fin fué de nuestros escritores); pero de sus versos, especialmente de sus comedias, no hay quien se acuerde. Su grande obra del *Quijote* no le sirvió de parco para que no lo acribillaran por mal poeta: á lo menos Villegas en su sétima elegia dice, hablando con su amigo:

*Irás del Helicon á la conquista  
Mejor que el mal poeta de Cervantes,  
Donde no le valdrá ser Quijotista.*

Este par de ejemplitos te asegura de las verdades que te he dicho. Con que anda, hijo, piénsalas bien, y resuelve qué es lo que has de ser en el mundo; porque el fin es que no te quedes vago y sin arbitrio.»

Fuése mi padre y yo me quedé como tonto en vísperas porque no percibía entonces toda la solidez de su doctrina. Sin embargo, conocí muy bien que su merced queria que yo eligiera un oficio ó profesion que me diera de comer toda la vida; mas no me aproveché de este conocimiento.

En los siete dias de los ocho concedidos de plazo para que re-

solciera, no me acordé sino de visitar á los amigos y pasear, como lo tenía de costumbre, apadrinado del consentimiento de mi cándida madre; pero en el octavo me dió mi padre un recordoncito, diciéndome: «Pedrillo, ya sabrás bien lo que has de decir esta noche acerca de lo que te pregunté hoy hace ocho días.» Al momento me acordé de la cita, y fuí á buscar un amigo con quien consultar mi negocio.

En efecto lo hallé; pero ¡qué amigo! como todos los que yo tenía, y los que regularmente tienen todos los muchachos desbaratados, como yo era entonces. Llamábase este amigo Martín Pelayo, y era un bicho punto menos maleta que Juan Largo. Su edad sería de diez y nueve á veinte años: jugadorcillo mas que Birjan, enamorado mas que Cupido, mas bailaror que Batilo; mas tonto que yo, y mas zángano que el mayor de la mejor colmena. A pesar de estas nulidades, estaba estudiando para *padre*, segun decia, con tanta vocacion en aquel tiempo para ser sacerdote como la que yo tenía para verdugo: sin embargo, ya estaba tonsurado y vestía los hábitos clericales, porque sus padres lo habian encajado al estado eclesiástico á fuerza, lo mismo que se encaja un clavo en la pared á martillazos, y esto lo hicieron por no perder el rédito de un par de capellanías gruesas que había heredado. ¡Qué mal estoy y estaré toda mi vida con los mayorazgos y las capellanías heredadas!

Pero de cualquier modo, este fué el eximio doctor, el hombre proyecto, y el sabio virtuoso que yo elegí para consultar mi negocio, y ya vdes. verán qué bien cumpliria con las buenas intenciones de mi padre. Así salió ello.

Luego que yo le informé de mis dudas y le dije algo de lo que mi padre me predicó, se echó á reir y me dijo: eso no se pregunta. Estudia para clérigo como yo, que es la mejor carrera, y cierra los ojos. Mira: un clérigo es bien visto en todas partes: todos lo veneran y respetan aunque sea un tonto y le disimulan sus de-

fectos: nadie se atreve á motejarlos ni contradecirlos en nada: tiene lugar en el mejor baile, en el mejor juego, y hasta en los estrados de las señoras no parece despreciable; y por último, jamas le falta un peso, aunque sea de una misa mal dicha en una carrera. Con que así estudia para clérigo y no seas bobo. Mira tú: el otro dia en cierta casa de juego se me antojó no perder un albur; á pesar de que vino el as contrario delante de mi carta, y me afiancé con la apuesta, esto es, con el dinero mio y con el ageno. El dueño reclamaba y porfiaba con rozon que era suyo; pero yo grité, me encolericé, juré, me cogi el dinero y me sali á la calle, sin que hubiera uno que me dijera *esta boca es mia*, porque el que menos, me juzgaba diácono, y ya tú ves que si este lance me hubiera sucedido siendo médico ó abogado secular, ó me salgo sin blanca, ó se arma una campaña de que tal vez no hubiera sacado las costillas en su lugar. Conque otra vez te digo que estudies para clérigo y no pienses en otra cosa.

Yo le respondí: todo eso me gusta y me convence demasiado, pero mi padre me ha dicho que es preciso que estudie teología; cánones, leyes ó medicina; y yo, la verdad no me juzgo con talentos suficientes para eso. No seas majadero, me respondió Pelayo: no es menester tanto estudio ni tanto trabajo para ser clérigo. ¿Tienes capellanía? No tengo, le respondí. Pues no le hace, prosiguió él: ordénate á título de idioma; ello es malo, porque los pobres vicarios son uros criados de los curas, y tales hay que les hacen hasta la cama; pero esto es poco respecto á las ventajas que se logran: y por lo que toca á lo que dice tu padre de que es necesario que estudies teología ó cánones para ser clérigo, no lo creas. Con que estudies unas cuantas definiciones del Ferrer ó de Lárraga, te sobra; y si estudiases algo de Cliquet, ó del curso Salmaticense, ¡oh! entonces ya serás un teólogo moralista consumado, y serás un Séneca para el confesonario y un Ciceron para el púlpito, pues podrás resolver los casos da conciencia mas árdus

que hayan ocurrido y puedan ocurrir, y predicarás con mas séquito que los Masillones y Burdalúes, que fueron unos grandes orodores, segun me dice mi catedrático, que yo no los conozco ni por el forro.

Pero hombre, la verdad, le dije: yo creo que no soy bueno para sacerdote, porque me gustan mucho las mugeres; y segun eso, pienso que soy mejor para casado. Perico, ¡que tonto eres! me contestó Pelayo. ¿No ves que esas son tentaciones del demonio para apartarte de un estado tan santo? ¿Tu crees que solo siendo eclesiástico podrás pecar por este rumbo? No, amigo, tambien los seculares, y aun los casados, pecan por el mismo. A mas de que qué cosa . . . pero no quiero abrirte los ojos en esta materia. Ordénate, hombre, ordénate y quitate de ruidos, que despues tú me darás las gracias por el buen consejo.

Despedíme de mi amigo y me fuí para mi casa, resuelto á ser clérigo, topara en lo que topara; porque me hallaba muy bien con la lisongera pintura que mé habia hecho Martin del estado.

Llegó la noche, y mi buen padre, que no se descuidaba en mi provecho, me llamó á su gabinete y me dijo: “Hoy se cumple el plazo, hijo mio, que te dí para que consultaras y resolvieras sobre la carrera de las ciencias ó de las artes que te acomode, para dedicarte á ellas desde luego; porque no quiero que estés perdiendo tanto tiempo. Dime, pues, ¿que has pensado y qué has resuelto?” Yo, señor, le respondí, he pensado ser clérigo. Muy bien me parece, me dijo mi padre; pero no tienes capellanía, y en este caso es menester que estudies algun idioma de los indios, como mexicano, otomí, tarasco, matzagua ú otro para que te destines de vicario y administres á aquellos pobres los santos sacramentos en los pueblos. ¿Estás entendido en esto? Sí señor, le respondí, porque me costaba poco trabajo decir que sí, no porque sabia yo cuáles eran las obligaciones de un vicario.

Pues ahora es menester que tambien sepas, añadió mi padre, que

debes ir sin réplica á donde te mandare tu prelado, aunque sea al peor pueblo de la tierra caliente aunque no te guste ó sea perjudicial á tu salud; pues mientras mas trabajos pases en la carrera de vicario, tantos mayores méritos contraerás para ser cura algun dia.

En los pueblos que te digo hay mucho calor y poca ó ninguna sociedad, si no es con indios mazorrales. Allí tendrás que sufrir á caballo y á todas horas en las confesiones, soles ardientes, fuertes aguaceros y contínuas desveladas ó vigiliias. Batallarás sin cesar con los alacranes, turicatas, tlalages, pinolillo, garrapatas, gegegenes, zancudos y otros insectos venenosos de esta clase, que te beberán la sangre en poco tiempo. Será un milagro que no pases tu trinquetada de tercianas que llaman *frios*, á los que sigue despues ordinariamente una tiricia consumidora; y en medio de estos trabajos, si encuentras con un cura tétrico, nécio y regañon, tendrás un vasto campo donde ejercitar la paciencia; y si topas con un flojo y regalon, cargará sobre tí todo el trabajo, siendo para él, lo pingüe de los emolumentos. Con que esto es ser sacerdote y ordenarse á título de idioma ó administracion. ¿Te gusta? Si señor, le respondí, de cumplimiento, pues á la verdad no dejó de resfriar mi ánimo el detall que me había hecho de los trabajos y mala vida que suelen pasar los vicarios; pero yo decía entre mí: ¿qué luego ha de dar en un ojo? ¿Luego he de ir á tener á tierra caliente, á un pueblo ruin? ¿Luego ha de haber alacranes, moscos, ni esos otros *salvages* que me dice mi padre? Luego me han de dar los frios, ó los curas á quienes sirva han de ser tan flojos ó regañones? Quizá no será así, sino que hallaré un buen pueblo y cura, y entónces pasearé bien, tendré dinero, y dentro de un par de años lograré un curato riquillo, y descansando yo en mis vicarios, ya me podré tender boca arriba y raparme una videta de ángeles..

Estas cuentas estuve yo haciendo á mis solas, mientras mi padre fué á la puerta para enviar una criada á traer tabaco. Volvió

su merced, se sentó y continuó su conversacion de este modo.

Con que, Pedrillo, supuesta la resolucion que tienes de ordenarte, ¿qué quieres estudiar, cánones ó teología? Yo me sorprendí, porque cuanto me agradaba tener dinero, rascándome la barriga hecho un flojo, tanto así me repugnaba el estudio y todo género de trabajo.

Quedéme callado un cortó rato y mi padre advirtiéndome mi turbacion, me dijo: cuando resolviste dedicarte á la iglesia, ya preveniste la clase de estudios que habias de abrazar, y así no debes de detener la respuesta. ¿Qué, pues, estudias, cánones ó teología? Yo muy fruncido le respondí: señor, la verdad ninguna de esas dos facultades me gusta, porque yo creo, que no las he de poder aprender, porque son muy difíciles. lo que quiero estudiar es moral, pues me dicen que para ser vicario, ó cuando ménos un triste cura, con eso sobra.

Levantóse mi padre al oír esto, algo amohinado, y paseándose en la sala decia: ¡Vea vd. estas opiniones erróneas son las que pervierten á los muchachos. Así pierden el amor á las ciencias: así estravían y se abandonan, así se empapan en unas ideas las mas mezquinas, y abrazan la carrera eclesiástica porque les parece la mas fácil de aprender, la mas socorrida y la que necesita menos ciencia. De facto, estudian cuatro definiciones y cuatro casos los mas comunes de la moral, se encajan, á un sínodo, y si en él aciertan por casualidad, se hacen presbíteros en un instante y aumenta el número de los idiotas con descrédito de todo el estado, y encarándose á mí, me dijo: en efecto, hijo yo conozco varios vicarios embuidos en la detestable máxima que te han inspirado de que no es menester saber mucho para ser sacerdotes, y he visto por desgracia, que algunos han soltado el *acocote* para tomar el cáliz, ó se han desnudado la pechera de arrieros para vestirse la casulla, se han echado con las petacas y se han metido á lo que no eran llamados; pero no creas tú, Pedro, que una mal mascada gramática

y un mal digerido moral, bastan como piensas, para ser buenos sacerdotes y ejercer dignamente el terrible cargo de cura de almas.

Muy bieu sé que hubo tiempos, en que [como nos refiere el abate Andrés en su historia de la literatura] decayeron las ciencias en la Europa en tanto grado, que el que sabia leer y escribir tenia quanto necesitaba para ser sacerdote, y si por fortuna sabia algo del canto llano, entonces pasaba plaza de doctor; pero ¿quién duda que la santa Iglesia no se afigiria por esta tan general ignorancia, y que condescenderia con la ineptitud de estos ministros por la oscuridad del siglo, por la inopia de sugetos idóneos, y porque el pueblo no careciera del pasto espiritual; y así á trueque de que sus hijos no perecieran de hambre, teniendo por la gracia de Jesucristo, el pan tan abundante, tenia que fiar con dolor su repartimiento á unas manos groseras, y que encomendar, á mas no poder, la administracion de la Viña del Señor á unos operarios imperitos?

Pero así como en aquel tiempo hubiera sido un error grosero decir que sobra con saber leer para hacerse alguno digno de los sagrados órdenes, por mas que así sucediera; de la misma manera lo es hoy asegurar que para obtener tan alta dignidad *sobra* con una poca de grámatica y otro poco de moral, por mas que muchos no tengan mas ciencias cuando se ordenan; pues tenemos evidentes testimonios de que la Iglesia lo tolera, mas no lo quiere.

Todo lo contrario: siempre ha deseado que los ministros del altar estén plenamente dotados de ciencia y virtud. El sagrado concilio de Trento manda: "que los ordenados sepan la lengua latina, «que estén instruidos en las letras; desea que crezca en ellos con la edad el mérito y la mayor instruccion; manda que sean idóneos para administrar los sacramentos y enseñar al pueblo, y «por último, mandó establecer los seminarios donde siempre haya un número de jóvenes que se instruyan en la disciplina eclesiástica, los que quiere que aprendan gramática, canto cómputo



«eclesiástico, y otras facultades útiles y honestas; que tomen de memoria la Sagrada Escritura, los libros eclesiásticos, homilias de los santos y las fórmulas de administrar los Sacramentos, en especial lo que conduce á oír las confesiones, y las de los demás ritos y ceremonias. De suerte, que estos colegios sean unos perennes planteles de ministros de Dios.» Ses. 23 cap. 11, 13, 14 y 18.

Con que ya ves, hijo mio, como la santa Iglesia quiere, y siempre ha querido que sus ministros estén dotados de la mayor sabiduría, y justamente; porque ¿tú sabes qué cosa es y debe ser un sacerdote? Seguramente que no. Pues oye: un sacerdote es un sabio de la ley, un doctor de la fé, la sal de la tierra y la luz del mundo. Mira ahora si desempeñará estos títulos. ó los merecerá siquiera el que se contenta con saber gramática y la moral á medias, y si para obtener dignamente una dignidad que pide tanta ciencia, bastará ó sobraré con tan poco, y esto suponiendo que se sepa bien. ¿Qué será ordenándose con una gramática mal mascada y una moral mal aprendida?

Por otra parte: cuando vemos tantos sacerdotes sabios y virtuosos que ya viejos, enfermos y cansados, con las cabezas trémulas y blancas en fuerza de la edad y del estudio, aun no dejan los libros de las manos: aun no comprenden bastante los arcanos de la teología: aun se oscurecen á su penetracion muchos lugares de la Sagrada Biblia: aun se confiesan siempre discípulos de los santos padres y doctores de la Iglesia, y se conocen indignos del sagrado carácter que los condecora, ¿Qué juicio haremos de la alta dignidad del sacerdocio? ¿Y cómo nos convenceremos del gran fondo de santidad y sabiduría que requiere un estado tan sublime en los que sean sus individuos?

Y si despues de estas sérias consideraciones, tendemos la vista por el oriente opuesto, y vemos cuan tranquilos y satisfechos se introducen al *Sancta Sanctorum* muchos jovencitos con cuatro ma-

notadas que le han dado á Nebrija y otras tantas al P. Lárraga. Si vemos algunos que apenas se ordenan de presbíteros, cuando se despiden no solo de estos dos pobres libros, sino quizá y sin quizá hasta del breviario. Y por último, si damos un paso fuera de la capital y ciudades donde residen los diocesanos y cabildos, y vemos por esos pueblos de Dios, lances de ignorancia escandalosos y aun increíbles (1) y si escuchamos en esos púlpitos sandeces y majaderías que no están escritas, ¿que juicios nos hemos de formar de estos ministros? ¿Cuál de su virtud? ¿Y cuál de lo recto de la administracion esperitual de los infelices pueblos encargados á su custodia? ¡Oh! que para referir los daños de que son causa, sería preciso decir lo que Eneas á Dido al contarle las desgracias de Troya. ¿Quién reprimirá las lágrimas al referir tales cosas?

Aquí sacó mi padre su relox y me dijo: ha sido larga la conferencia de esta noche; mas aun no te he dicho todo cuanto necesi-

(1) Tal es el que sigue: Reconcilióse en un lugar de España el eximio doctor Suarez para celebrar, y el miserable vicario que lo oyó de penitencia, era tan ignorante, que no sabia la forma de la absolucion. Fué necesario que el mismo penitente se la fuera apuntando así como se hace con el que ha de recitar una relacion que no sabe; pero por fin, con este auxilio absolvió nuestro vicario al dicho sacerdote, quien luego que acabó su misa fué á ver al cura lleno de escándalo, y con razon, y le dió parte de lo que le habia acontecido, pero ¿cuál seria la sorpresa de este teólogo cuando oyó al cura que muy mesurado le dijo: «Padre, ese vicario es muy tonto, ya yo le tengo dicho varias veces que no se meta en absolver, sino que oiga las confesiones y me remita á los penitentes, que yo los absolveré.»

Conozco que este caso se hará increíble, pero se hará tal á los que no hayan salido de México ó de otras ciudades; pues los que hemos andado por los pueblecillos distantes de las mitras, lo creemos como si lo hubiéramos visto, porque hemos presenciado otros mas lastimosos en su línea; y yo pudiera citar algunos si no fueran tan modernos.

tas sobre un asunto tan interesante; sin embargo, lo dejaremos pendiente para mañana, porque ya son las diez, y tu madre nos espera para cenar. Vámonos.

## CAPITULO X

Concluye el padre de Periquillo su instruccion. Resuelve éste estudiar teología. La abandona. Quiere su padre ponerlo á oficio; él se resiste y se refieren otras cosillas.

**C**ENAMOS muy contentos como siempre, y nos fuímos á acostar como todas las noches. Yo no pude menos que estar rumiando lo que acababa de decir mi padre, y no dejaba de conocer que me decia el credo; porque hay verdades que se meten por los ojos, aunque uno no quiera; pero por mas que me convencian las razones que habia oido, no me podia resolver á estudiar cánones ó teología, que era el intento de mi buen padre; pues así como me agradaba la vida libre y holgazana, así me fastidiaba el trabajo. Finalmente, yo me quedé dormido haciendo mis cuentas de cómo conseguiria ser clérigo para tener dinero sin trabajar, y de cómo eludiria las buenas intenciones de mi padre. En esto se desvelan muchos niños sin advertir que se desvelan en su ruina.

Al otro dia, despues que vino mi padre de misa, me llamó á su cuarto y me dijo: no quiero que se nos vaya á olvidar la contestacion de anoche. Te decia, Pedro, que los pueblos padecen mucho cuando sus curas y vicarios son ignorantes ó inmorales; porque jamas las ovejas estarán seguras ni bien cuidadas en poder de unos pastores necios ó desidiosos: y todo esto te lo he dicho para probarte que la sabiduría nunca sobra en un sacerdote, y mas si está

encargado del cuidado de los pueblos; y para mayor confirmacion de mi doctrina, oye.

En los pueblos puede haber, y en efecto habrá en muchos, algunas almas místicas y que aspireñ á la perfeccion por el camino ordinario, que es el de la oracion mental. ¿Y qué direccion podrá dar un padre vicario semi lego á una de estas almas, cuando por desidia ó por ineptitud, no solo no ha estudiado la respectiva teología, pero ni siquiera ha visto por el forro las obras de Santa Teresa, la Lucerna mística del padre Esquerra, los desengaños místicos del padre Arbiol, y quizá n<sup>o</sup> aun el Kempis ni el Villacastin? ¿Cómo podrá dirigir á una alma virtuosa y abstracta el que ignora los caminos? ¿Cómo podrá sondear su espíritu ni distinguir si es una alma ilusa, ó verdaderamente favorecida, cuando no sabe que cosa son las vias purgativa, iluminativa, contemplativa y unitiva? ¿Cuando ignora qué cosa son revelaciones, éxtasis, raptos y deliquios? ¿Cuando le coge de nuevo lo que son consolaciones y se quedades? ¿Cuando se sorprende al oír las voces de ósculo santo, abrazo divino y desposorio espiritual? ¿Y cuando (por no cansarte con lo que no entiendes) ignora del todo los primores con que obra la divina gracia en las almas espirituales y devotas? ¿No es verdad? ¿No conoces tú que si te pusieras á llevar un navío á Cádiz, á Cavite ó á otro puerto, con las luces que tienes de pilotage (que son ningunas) seguramente darias con la embarcacion infeliz que se te confiara en un banco, en un arrecife, ó en un golfo sin llegar jamás por jamás al puerto de su destino? Esto lo debes comprender porque la comparacion es muy sencilla. Pues lo mismo sucede á estos infelices vicarios *Lárragos* á secas, que apenas saben absolver á un pecador comun (como los indios que no saben mas que llevar una canoa á Ixtacalco.) Ellos los pobres son ciegos, y las almas que aspiran á entrar por la via de la perfeccion tambien son ciegas, y necesitan una buena guia que las dirija. No la hallan en los directores modorros, y sucede que (á no ser por un favor especial de la

gracia) ellas ó se entivian ó se pierden, y las guias ó se confunden ó se precipitan en los errores de la ilusion que ellas les comunican.

Esta es una verdad terrible; pero es una verdad que no negará ningun sacerdote sabio. Yo lo que veo (y que confirma mi opinion en el particular) es, que los sacerdotes virtuosos, santos y doctos, son muy escrupulosos para confesar y dirigir monjas y otras almas espirituales, y cuando las dirigen son muy eficaces para no dejar de la mano la sonda de la doctrina y la prudencia. A mas de esto, consultan con el teólogo por esencia, con Dios digo, en los ratos de oraciones que tienen, y como saben que deben hacer cuantas diligencias humanas estén en su arbitrio para conseguir el acierto, consultan las dudas que tienen con otros varones sabios y espirituales. Esto veo, y esto me hace creer lo contingente que será el acierto de la direccion espiritual de unas almas místicas fiado á unos pobres clérigo casi legos, que apenas saben lo muy preciso para decir misa y absolver al penitente en virtud de la promesa de Jesucristo.

De manera, hijo mio, que estoy firmemente persuadido que si la Iglesia santa pudiera hacer que todos sus ministros fueran teólogos y santos, no omitiria sacrificio alguno para conseguirlo; pero la escasez de varones y talentos tales como los necesarios, hace que provea á los fieles de aquellos que se encuentran tal cual útiles para la simple administracion de los Sacramentos.

Aun hay mas. Ya te dije que los sacerdotes son los maestros de la ley. A ellos toca privativamente la explicacion del dogma y la interpretacion de las Sagradas Escrituras. Ellos deben estar muy bien instruidos en la revelacion y tradicion en que se funda nuestra fé, y ellos en fin, deben saber sostener á la faz del mundo lo sólido é incontrastable de nuestra santa religion y creencia.

Pues ahora, supongamos un caso remoto, pero no imposible. Supongamos, digo, que un pobrecito vicario de estos de que hablamos, ó un religioso hebdomadario, ó que llaman de *misa y olla*,

tiene con un herege una disputa acerca de la certeza de nuestra religion, de la justicia de su dogma, de lo divino de sus misterios, de la realidad del cumplimiento de las profesías, de lo evidente de la venida del Mesías, del cómputo de las semanas de Daniel, ó cosa semejante (advirtiendo que los hereges que promueven ó entran en estas disputas, aunque son ciegos para la fé, no lo son para las ciencias. He vivido en puerto de mar y he conocido y tratado algunos) ¿cómo conocerán sus sofismas? ¿Cómo eludirán sus argumentos? ¿Cómo distinguirán su malicia de la fuerza intrínseca de la razon? ¿Y cómo podrá salir de sus labios la verdad triunfante y con el brillo que le es tan natural? Ello es cierto que si solo el *Ferrer*, el *Cliquet*, el *Lárraga*, ú otro sumista de moral semejante fueran bastantes para contrarrestar á los hereges no sé como hubiera salido S. Agustín con los maniqueos, S. Gerónimo con los donatistas, ni otros santos padres con otras chusmas de hereges y heresiarcas quienes combatieron y confundieron con brillantés y solidez de argumentos.

De todo lo dicho debes concluir, Pedro mio, que para ser un digno sacerdote no sobra con saber lo muy preciso, es necesario imbuirse y empaparse en la sólida teología, y en las reglas ó leyes eclesiásticas que son los cánones de la Iglesia.

«Agrega á esto, que es tan peculiar al sacerdote la literatura, «que á mediados del siglo XIII no eran promovidos al clericato «sino los literatos; segun la novela de Justiniano 6, cap. 4 y 123, «cap. 12. De modo que Juliano el antecesor, escribia: *El que no es «literato no puede ser clérigo*. Sucedió que para significar un hombre docto y literato, empezó á usarse el nombre de *clérigo* y el «de *lego* para denotar un ignorante ó que no sabia las letras, de «donde provino tambien que á los legos doctos se les daba el título de *clérigos*; y por el contrario, los eclesiásticos no literatos «eran llamados tambien *legos*. *Se le llama clérigo* (son palabras de «Oderico Vital en el lib. 3) *porque está imbuido en el conocimiento*

«de las letras y de las demás artes. En la crónica Andrense, leemos también las siguientes palabras: *Con la anuencia de algunos romanos, hizo que se le subordinase cierto español muy clérigo llamado Burdino.* Y en la historia de los obispos de Eistet: *Este obispo Juan, fue gran clérigo en el Derecho Canónico, esto es, gran letrado. El mismo significado se observa que tuvo antiguamente en la lengua francesa, pues clero quería decir lo mismo que docto, como también clergie lo mismo que ciencia y doctrina.*»

Toda esta erudición y alguna más, la recogió el señor Muratori en su opúsculo titulado: *Reflexiones sobre el buen gusto*, cap. 7, fol. 70, 71 y 72, donde lo podrás ver, confirmando que para merecer el nombre de clérigo es menester ser literato; y de lo contrario el que no lo sea no será un padre *clérigo*, sino un padre *lego*.

Harto te he dicho, y así si quieres ser eclesiástico, dime ¿qué te resuelves á estudiar?

Viéndome yo tan atacado, no hubo remedio, respondí á mi padre que estudiaría teología, y á los dos días ya era cursante teólogo, y vestía los hábitos clericales.

No tardé mucho en ver en la universidad á mi amigo Pelayo, á quien dí parte de todo lo que había ocurrido con mi padre, y como yo no pudiendo escaparme de sus insinuaciones, elegí estudiar teología. Ello será un perdedero de tiempo, supuesto que no te gusta el estudio, me dijo mi amigo; pero si no hay otro remedio, ¿qué se ha de hacer? A veces es preciso contemporizar con los viejos ideáticos, aunque uno no quiera, aunque sea para engañarlos, mientras se realizan nuestros proyectos. Mi padre también es del tenor siguiente: ha dado en que estudie cánones, á *fortiori*; esto es, quieras que no quieras; y aun me habla de licenciaturas y borlas; pero yo que no soy vanidoso, no pienso en eso; lo que quiero es acabar mis cánones bien ó mal: alcanzar el gradillo: ordenarme y quitarme de libros ni quebraderos de cabeza. Tú puedes hacer lo mismo: aguantas tus cursos de universidad con la

paciencia que un purgado, y cuando ménos lo pienses te hallarás hecho un bachiller teólogo, que para el caso de que digan que lo eres, con eso basta.

Ni es menester que te des mala vida ni te derritas los sesos sobre los libros. Estudia de carrera lo que te señale tu catedrático, enséñate á manejar el *ergo* por imitacion, y frecuenta la universidad, porque los cursos importan, hijo: los cursos son mas precisos que la ciencia misma, para lograr el grado.

Bien saben y sabemos, que á lo que vamos los mas estudiantes á la universidad, no es á aprender nada, sino á *cuajar* un rato, unos con otros; pero lo cierto es, que el que no tiene su certificacion de haber cursado el tiempo prefinido por estatuto, no se graduará, aunque sea mas teólogo que Santo Tomás; y si la tiene, él será bachiller, aunque no sepa quien es Dios por el Padre Ripalda; pero ello es que así la vamos pasando, y así la pasaremos tú y yo con mas descanso.

Yo apénas faltó de la universidad tal cual vez; pero del colegio sí me deserto con frecuencia. Los Domingos, Jueves y fiestas de guardar, no tenemos clase por el colegio: y yo *salo* [ 1 ] uno ó dos días á la semana; ya verás que poco me mortifico.

Esto es lo que harás tú, si quieres que no se te haga pesado el estudio de la teología. Acompáñate conmigo: arráncale á tu padre los realitos que puedas, y confía en mí de que no sólo te pasarás buena vida, sino que te civilizarás, porque advierte que eres un mexicano payo, y yo te quiero sacar de barreras. Sí, yo te llevaré á varias casas de señoritas finas que tengo de tertulias: aprenderás á danzar, á bailar, á contestar con las gentes decentes. Fuera de esto, te sentaré en los estrados y haré que te comuniqués

[ 1 ] Los estudiantes entienden por *salar*, faltar á la cátedra, no asistir á ella: y por *cuajar*, (de cuya voz usó el A. poco ántes,) ocuparse de cosas ajenas del estudio, charlando y pasando el rato, lo mismo que se entiende entre los artesanos y otros trabajadores por *matar el sapo*. — E.



con las damas, porque el trato con las señoras ilustra demasiado.

Ultimamente, te enseñaré á jugar al billar, malilla de campo, tresillo, básiga y albures, que todas estas habilidades son partes de un mozo fino é ilustrado, y de este modo nos la pasaremos buena. Al cabo de un año tú no te conocerás, y me darás las gracias por los buenos oficios de mi amistad.

El cielo ví abierto con el plan de vida que me propuso Pelayo, porque yo no aspiraba á otra cosa que á holgar y divertirme; y así le dí las gracias por el interes que tomaba en mis adelantos, y desde aquel dia me puse bajo su direccion y tutela.

Él inmediatamente trató de cumplir con sus deberes, llevándome á varias tertulias que frecuentaba en algunas casas medianamente decentes, y en las que vivian señoritas de título, como *la Cucaracha*, *la Pisa-bonito*, *la Quebrantahuesos*, y otras de igual calidad.

Ya se deja entender que los tertulios y tertulias debajo de capas, casacas y enaguas, eran muchachas y jóvenes de primera tijera, esto es, mozos y mozas estragados, libertinos y tunos de profesion.

Con tan buenas compañías y la direccion de mi sapientísimo Mentor, dentro de pocos meses salí un buen bandolonista, bailarador incansable, saltador eterno, decidor, refranero, atrevido y *lepero* (1) á toda prueba.

Como mi maestro se habia propuesto civilizarme é ilustrarme en todos los ramos de la caballería de la moda, me enseñó á jugar al billar, tresillo, tuti y juegos carteados; no se olvidó de instruirme en las cábulas del bisbís (2), ni en los ardides para jugar albures segun arte, y no así, así, á la buena de Dios, ni á lo que la suerte diera; pues me decia: *que el que limpio jugaba limpio se iba á su casa*, sino siempre con su pedazo de diligencia.

(1) Pillo, zaragate. De esta voz se derivan las de que tambien usa el autor en distintas partes, como *leperaje*, *leperuzca*, etc.—E.

(2) Con algunas alteraciones se llama hoy *Imperial*.—E.

Un año gasté en aprender todas estas maturrangas; pero eso sí, salí maestro y capaz de poner cátedra de fullería y *leperage* á lo decente; porque hay dos clases de tunantismo: una soez y arras-trada como la de los enfrazadados y borrachos que juegan á la ra-yuela ó á la taba en una esquina: que se trompean en las calles: que profieren unas obscenidades escandalosas: que llevan á otras *leperuzcas* descalzas y hechas pedazos, y se emborrachan públicamente en las pulquerías y tabernas, y estos se llaman pillos y *léperos* ordinarios.

La otra clase de tunantismo decente, es aquella que se compo-ne de mozos decentes y estraviados que con sus capas, casaquitas y aún perfumes, son unos ociosos de por vida, cofrades perpetuos de todas las tertulias, cortejos de cuanta coqueta se presenta, se-ductores de cuanta casada se proporciona, jugadores, tramposos y fulleros siempre que pueden: *cócoras* (1) de los bailes, sustos d<sup>o</sup> los convites, gorriones intrusos, sinvergüenzas, descarados, necios á nativitate, tarabillas perdurables y máquinas vestidas, escandalosas y perjudiciales á la desdichada sociedad en que viven; y estos ta-les son pillos y *léperos* decentes, y de esta clase de *pillería*, digo, que pude haber puesto cátedra pública, segun lo que aproveché con las lecciones de mi maestro y el ejemplo de mis concursantes en el corto espacio de un año.

El pobre de mi padre estaba muy ageno de mis indignos ade-lantamientos, y muy pagado de Martin Pelayo, que visitaba mi casa con frecuencia; porque ya os he dicho que vuestro abuelo era de tan buen entendimiento como corazon. En efecto, era hombre de bien y virtuoso, y como tales personas son fáciles de engañar-se por las astucias de los malvados, entre yo y mi amigo teniamos alucinado á mi buen padre; porque yo era un gran pícaro, y Pelayo era otro pícaro mas que yo; y así entre los dos haciamos cera

(1) Los que con groserías incomodan imprudentemente á los que asis-ten á una diversion ó á cualquiera otra concurrencia pública ó privada.— E-

y pabito de las creederas de mi padre que tenia por un mozo muy fino, arreglado y buen estudiante al tal tuno de Martin, y éste á mis escusas hacia delante de mis padres unos elogios encarecidísimos de mi talento y aplicacion, con lo que les clavaba mas la espina, esto es, á mi padre, que á mi madre no era menester nada de eso; porque como me amaba sin prudencia, mis mayores maldades las disculpaba con la edad, y mis menores me las pasaba por gracias y travesuras.

Pero así como la moneda falsa no puede correr mucho tiempo sin descubrir ó su mal troquel ó su liga, así la maldad no puede pasar muchos dias con la capa de la hipocresía sin manifestar su sordidez. Puntualmente sucedió lo mismo conmigo, pues mi padre un dia que yo no lo pensaba, me preguntó ¿que cuando era mi acto? ¿O que si estaba en disposicion de tenerlo? Ciertamente que si como me preguntó eso, me hubiera preguntado ¿que si estaba apto para bailar una contradanza; para pervertir una jóven, ó para amarrar un alburito? No me tardo mucho para responder afirmativamente; pero me hizo una pregunta difícil, porque yo con mis quehaceres no pude dedicarme á otro estudio, de suerte que mi Biluart estaba limpio y casi intacto.

Sin embargo, era preciso responder alguna cosa, y fué: que mi catedrático no me habia dicho nada, que se lo preguntaria. No, me dijo mi padre, no le preguntes nada, que yo lo haré. En ma'la hora se encargó mi padre de semejante comision; porque fué al segundo dia al colegio y le preguntó á mi maestro que en qué estaba yo de estudio? Y que si estaba capaz de sustentar un acto, le hiciese favor de avisárselo para hacer sus diligencias para los gastos.

Mi maestro, tan veraz como sério, le contestó: amigo, yo deseaba que vd. me viera para decirle que su niño no promete las más leves esperanzas de aprovechar, no porque carezca de talento, sino por falta de aplicacion. Es muy abandonado: rara semana deja

de faltar uno ó dos días á la clase, y cuando viene es á enredar y á hacer que pierdan el tiempo los otros colegiales. En virtud de esto, ya vd. verá cuál será su aptitud y cuáles sus adelantos. A más de esto, yo le he advertido ciertas amistades y malas inclinaciones que me hacen temer la ruina próxima de este mozo, y así vd. como buen padre vele sobre su conducta, y vea en qué lo ocupa con sujecion, porque si nó, el muchacho se le pierde, y vd. ha de dar á Dios cuenta de él.

Mi padre se despidió de mi maestro bastante avergonzado (segun despues me dijo) y lleno de una justa cólera contra mí. ¡Pobres padres! ¡y qué ratos tan pesados les dan los malos hijos! Fué á casa al medio dia: me saludó con mucha desazon; se entró á la recámara con mi madre, y ésta como á las dos horas salió con los ojos llorosos á mandar poner la mesa.

Mi padre apénas comió, mi madre tampoco; yo, como sinvergüenza y que ignoraba que era el eje sobre que se movia aquel disgusto, no dejé de hacer cuanto pude por agotar los platos; porque al fin no hay sinvergüenza que no sea gloton. Durante la comida no habló mi padre una palabra, y así que se concluyó se levantaron los manteles y se dieron gracias á Dios; se retiró mi padre á dormir siesta y me dijo con mucha seriedad: esta tarde no vaya vd. al colegio, que lo he menester.

Como la culpa siempre acusa, yo me quedé con bastante miedo, temiendo no hubiera sabido mi padre algunas de mis gracias extraordinarias, y me quisiese dar con un garrote el premio que merecían.

Luego concebí que yo habia sido la causa de la cólera, de la parsimonia de la mesa y de las lágrimas de mi madre; pero como estaba satisfecho en que ésta no me queria sino me adoraba, no tuve empacho para decirle: señora, ¿qué novedad será esta de mi padre? A lo que la pobrecita me contestó con sus lágrimas, y me refirió todo lo que habia acaecido á mi padre con mi maestro, y

cómo estaba resuelto á ponerme á oficio . . . ¿A oficio (dije yo,) á oficio? No lo permita Dios, señora. ¿Qué parecería un bachiller en artes y un cursante teólogo convertido de la noche á la mañana en sastre ó carpintero? ¿Qué burla me hicieran mis condiscípulos? ¿Qué dijeran mis parientes? ¿Qué se hablara? Pues hijo, me contestó mi madre, ¿qué quieres que haga? Ya yo he rogado á tu padre bastante, ya se lo he dicho, ya le he llorado; pero está renuente, no hay forma de convencerse: dice que no quiere que se lo lleve el diablo juntamente contigo por darte gusto. Yo no sé qué hacer . . . No llore vd., señora, la dije: yo si sé lo que se ha de hacer. Seguro está que mi padre tenga el gusto de verme de hojalatero ni de sastre. Pues ¿qué ya se cerraron los cuarteles? ¿Ya se acabaron las casacas y el pan de municion? ¿Qué quieres decir con eso, Pedrito? me decia mi madre. Nada, señora, le contesté, sino que antes que aprender oficio me meteré á soldado, á bien que tengo buen cuerpo y me recibirán en cualquiera parte con mil manos!

Aquí redobló mi madre su llanto, y me dijo: ¡ay hijo de mi alma. ¿qué es lo que dices? ¿soldado? ¿soldado? !No lo permita Dios! No te precipites ni te desesperes: yó volveré á rogarle á tu padre esta tarde, y ya que dice que no eres para los estudios y que es fuerza darte destino; veremos si te coloca en una tienda . . . Calle ud. madre, le dije. Eso es peor. ¿Qué bien parecería un Bachiller tiznado y lleno de manteca, y un teólogo despachando tlaco de chilitos en vinagre? No, no: soldado y nada mas; pues una vez que á mi padre ya se le hace pesado el mantenerme, el rey es padre de todos, y tiene muchos miles para vestirme y darme de comer. Esta tarde me voy á vender en la bandera de China, y mañana vengo á ver á vd. vestido de recluta.

Cada vez que yo me acuerdo de este y otros malos ratos que dí á la pobre de mi madre, y de las lágrimas que derramó por mí, quisiera sacarme el corazon á pedazos de dolor; pero ya es tarde el arrepentimiento, y solo sirven estas lecciones, hijos mios, para

encargaros que mireis á vuestra madre siempre con amor y respeto verdadero, sin imitar á los malos hijos como yo fuí; antes rogad á Dios no castigue los estravios de mi juventud como merecen, y acordaos que por boca del Sabio os dice: *honra á tu padre y no olvides los gemidos de tu madre. Acuérdate que á ellos les debes la vida, y págalos lo que te han dado.*

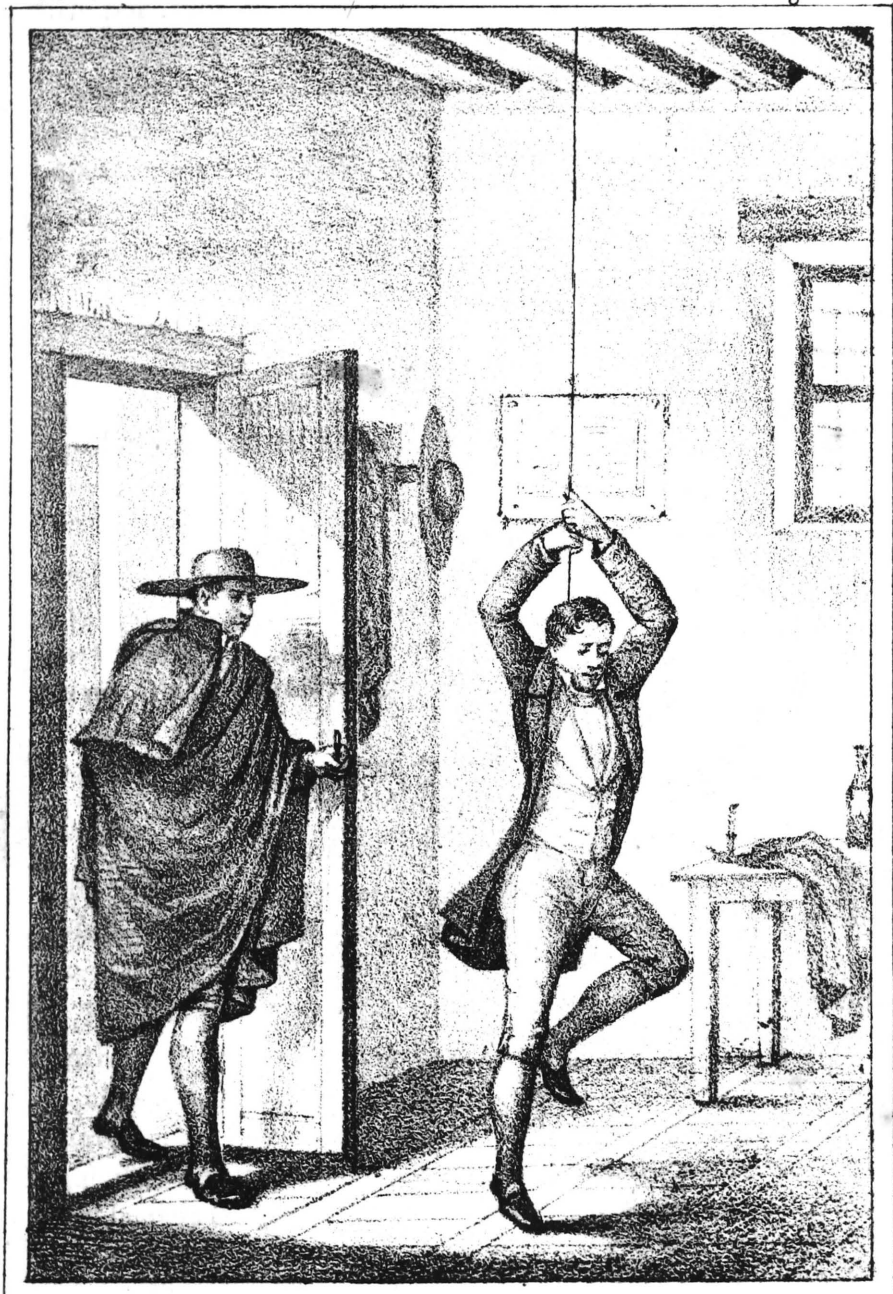
Finalmente, esta escena paró en que mi madre me rogó, me instó, me lloró por que no fuera soldado, jurándome que se volvería á empeñar con mi padre para que desistiera de su intento y no me pusiera á oficio, con cuya promesa me serené, como que eso era lo que yo deseaba, y por lo que affigí tanto á su merced, no porque á mí me agradaba tanto la carrera militar, y mas en clase de soldado, como que veia con horror toda género de trabajo.

¡Qué bueno hubiera sido que mi madre me hubiera quebrado en la cabeza cuanta silla habia en la sala, y bien amarrado me hubiera despachado al primer cuartel, y allí me hubiesen encajado luego luego la gala de recluta: con eso se hubieran acabado mis bachillerias y sus cuidados; pero no lo hizo así, y tuvo despues que sufrir lo que Dios sabe.

Al cabo de un rato salió ya mi padre con sombrero y baston, y me dijo: tome vd. la capa y vamos. Yo la tomé y salí con su merced con temor, y mi madre se quedó con cuidado.

A poco haber andado se paró mi padre en un zaguan, y me dijo: amigo, ya estoy desengañado de que es vd. un gran perdido, y yo no quiero que se acabe de perder. Su maestro me ha dicho que es un flojo, vago y vicioso, y que no es para los estudios. En virtud de esto, yo tampoco quiero que sea para la ganzua ni para la horca. Ahora mismo elige vd. oficio que aprender, ó de aquí llevo á vd. á presentarlo al rey en la bandera de China.

Todos los retobos que usé con mi madre, con mi padre se volvieron sumisiones, como que sabia yo que no acostumbraba mentir y era resuelto; y así no pude hacer mas que humillarme y pe-



Tan embebecido estaba en su escoleta, que no sintió cuando yo entré.





dirle por favor que me diese un plazo para informarme del oficio que me pareciera mejor. Concedióme mi padre tres dias á modo de ahorcado, y volvimos para casa, donde hallamos á mi pobre madre enferma de un gran flujo de sangre que le habia venido por la pesadumbre que le dí y el susto con que se quedó.

Ya se ha dicho que mi padre la amaba con extremo, y así lleno de sentimiento acudió á que la medicina la auxiliara. En efecto, al segundo dia ya estuvo mejor, pero sin dejar de llorar de cuando en cuando, porque yo ya le habia dicho la resolucion de mi padre, y ella en medio de su dolencia no se habia descuidado en suplicarle no me pusiera á oficio, á lo que mi padre le contesto: que se restableciera de su achaque, y que ahí se veria lo que por fin se habia de hacer.

Esta respuesta desconsoló á mi madre, y fué causa de que yo las tuviera todas conmigo; porque no habiendo visto jamás á mi padre tan tenaz en su propósito y tan esquivo con mi madre al parecer, me hizo entender que de aquella vez no me escaparia yo de cualquier aprendizaje.

No sabiendo qué hacer para librarme de la férula de los maestros mecánicos, que me amenazaba por momentos, discurrí la traza mas diabólica que podia en lance tan apurado, y fué ir á ver á mi caritativo preceptor y sabio amigo, el ínclito Martin Pelayo, Con la confianza que tenia me entré de rondon hasta su cuarto, donde lo hallé columpiándosé de un lazo que pendia del techo, tarareando unas boleras y dando saltos en el suelo.

Tan embebecido estaba en su escoleta, que no sintió cuando yo entré, y prosiguió brincando como un gamo, hasta que yo le dije: ¿qué es esto, Martin? ¿Te has vuelto loco, ó estás aprendiendo á maromero? Entonces él me vió y me contestó: ni estoy loco, ni quiero ser volatin, sino que estoy trabajando por aprender á hacer la octava que piden estas boleras; y diciendo esto continuó sus cabriolas.

— 122 —

Yo, mirando lo espacio que estaba, le dije: suspende un poco tus lecciones, que traigo un asunto de mucha importancia que comunicarte, y del que solo tu amistad puede sacarme con bien. El entónces muy cortés se quitó del lazo, se sentó conmigo en su cama, y me dijo: no sabia yo que traías asunto; pero dí lo que se ofrezca, que ya sabes cuanto te estimo.

Le conté punto por punto todas mis cuitas, rematando con decirle que para libertarme del deshonor que me esperaba en el aprendizaje, habia pensado meterme á fraile. Él me oyó con bastante gravedad; y me dijo: Perico, yo siento los infortunios que te amenazan por el genio ridículo y escrupuloso de tu padre; pero supuesto que no hay medio entre ser oficial mecánico ó soldado, y que el único arbitrio de evadirte de ambas cosas de esas es meterte á fraile, yo soy de tu mismo parecer; porque mas vale tuerta que ciega: peor es ser el sastre Perico, ó el soldado Perico, que no el padre Fr. Pedro. Ello es verdadero, que la vida de fraile trae sus incomodidades inaguantables, como el estudio, la asistencia de comunidad, la observancia de las reglas, la subordinacion á los prelados y la sujecion ó privacion de la libertad que tanto te acomoda á tí y á mí; pero todo es hacerse. A mas de que en cambio de esas molestias, tiene el estado sus ventajas considerables, como el honor de la religion que se estiende por todos sus individuos, aunque sean lejos; el respeto que infunde el santo hábito; y sobre todo, hijo, el afianzar la torta para siempre.

Ya verás tú que éstas conveniencias no las encuentra un artesano ni un soldado; y así me parece que lleves adelante tu pensamiento.

Pues yo he venido, le dije, á consultarte mis designios y á suplicarte te empeñes con tu padre para que me dé una esquila de recomendacion para que me admita tu tío el provincial de S. Diego; porque esto urge, y en la tardanza está el peligro; pues como yo consiga la patente de admitido, ya á mi padre se le quitará el

enojo y me verá de distinto modo.

Pues eso es lo de menos, me dijo Pelayo, ven mañana temprano que yo haré que mi padre ponga la esquela esta noche. Con este consuelo me despedí de Martin muy contento, y me volví á mi casa.

Entré en ella, y encontré de visitas á D. Martin el de la hacienda, á la señora su esposa la que me cascó el zapatazo, á su niña y al famoso Juan Largo ó Enero, que toda la familia habia venido á México á pasear; porque como todo fastidia en este mundo los que viven en las ciudades buscan su diversion en el campo, y los que viven en el campo anhelan por la ciudad para divertirse, y ni unos ni otros logran por largo tiempo satisfacer sus deseos porque como la tristeza no está en el campo ni en la ciudad sino en el corazón, nos siguen los fastidios y cuidados donde quiera que llevamos nuestro corazon.

Luego que hube saludado á las visitas y que cesaron los cumplimientos de moda, me aparté al corredor con Enero y hablamos largo sobre diversos asuntos, ocupando el mejor lugar de la conversacion los míos, entre los que le conté mis aventuras y la última resolucion que tenia de volverme fraile; á lo que Juan Largo me contestó muy aprisa: sí, sí, Periquillo, vuélvete fraile, hijo, vuélvete fraile, no harás cosa mejor. No todos los hombres hacen lo que deben sino lo que les está mas á cuenta para sus fines particulares: quién hay que se ordene porque es inútil para otra cosa, ó por no perder una capellanía: quién que se casa con la primera que encuentra mas que no le tenga amor ni con que mantenerla, solo por escaparse de una leva; quién que se meta á soldado solo porque no lo persiga la justicia ordinaria, por tramposo ó por alguna fechoria que ha cometido; y quién, en fin, que hace mil cosas contra su gusto solo por evitar este ó el otro lance que considera serle peor: con que ¿qué nuevo ni raro será que tú te metas á fraile por no aprender oficio ni ser soldado?

— 124 —

Sí, Perico, haces bien, alabo tu determinacion; pero hermano, aviva, aviva el negocio; porque al mal paso darle prisa.

Así concluyó su arenga este grande hombre. El es claro que me dijo muchas verdades, pero trunca. Si me hubiera dicho despues de ellas, que aunque así lo hacen, en ello nada justo hacen ni digno de un hombre de bien, y que por lo comun estas trampas y artificios de que se valen para eludir el castigo, escusar el trabajo, engañar al superior ó evitar por el camino mas breve la desgracia inminente ó que parece tal, no son sino unos remedios paliativos ó aparentes, que despues de tomados se convierten en unos venenos terribles, cuyas funestas resultas se lloran toda la vida; si me hubiera dicho esto, repito, quizá quizá me hubiera hecho abrir los ojos y cejar de mi intento de ser religioso, para el que no tenia ni natural ni vocacion; pero por mi desgracia los primeros amigos que tuve fueron malos, y de consiguiente pésimos sus consejos

A otro dia marché para la casa de Pelayo, quien puso en mis manos la esquila de su padre, el que no contento con darla, pensando que yo era un jóven muy virtuoso, prometió ir á hablar por mí á su hermano el provincial para que me dispensara todas aquellas pruebas y dilaciones que sufren los que pretenden el hábito en semejantes religiones austeras.

No parece sino que me ayudaba en todo aquella fortuna que llaman de pícaro, porque todo se facilitaba á medida de mi deseo.

Yo recibí mi esquila con mucho gusto, dí las gracias á mi amigo por su empeño y me volví para casa.



Luego que lo saludé, le besé la mano con todas aquellas ceremonias &c



## CAPITULO XI.

Toma Periquillo el hábito de religioso y se arrepiente en el mismo día.

Cuéntanse algunos intermedios relativos á esto.

**T**ODO aquel día lo pasé contentísimo esperando que llegara el siguiente para ir á ver al provincial. No quise ir en esa tarde por dar lugar á que el padre de Pelayo hiciese por mí el empeño que habia ofrecido.

Nada ocurrió particular en este día; y al siguiente á buena hora me fuí para el convento de S. Diego, y al pasar por la alameda, que estaba sola, me puse frente á un árbol, haciéndolo pasar en mi imaginacion la plaza de provincial, y allí me comencé á ensayar en el modo de hablarle en voz sumisa, con la cabeza inclinada, los ojos bajos y las dos manos metidas dentro la copa del sombrero

Con estas y cuantas esterioridades de humildad me sugirió mi hipocresía, me marché para el convento.

Llegué á él, anduve por los claustros preguntando por la celda del prelado: me la enseñaron, toqué, entré y hallé al padre provincial sentado junto á su mesa, y en ella estaba un libro abierto, en el que sin duda leía á mi llegada.

Luego que lo saludé, le besé la mano con todas aquellas ceremonias en que poco ántes me habia ensayado, y le entregué la carta de recomendacion de su hermano. La leyó, y mirándome de arriba á abajo, me preguntó que si queria ser religioso de aquel convento. Sí, padre nuestro, respondí. ¿Y vd. sabe, prosiguió, qué cosa es ser religioso y de la estrecha observancia de N. P. Francisco? ¿Lo ha pensado vd. bien? Sí, padre, respondí. ¿Y qué mueve á vd. venir á encerrarse en estos cláustros y á privarse del mundo, estando como está en la flor de su edad? Padre, dije yo, el de-

seo de servir á Dios. Muy bien me parece ese deseo, dijo el provincial; pero qué ¿no se puede servir á su Magestad en el mundo? No todos los justos ni todos los santos lo han servido en los monasterios. Las mansiones del Padre Celestial son muchas, y muchos los caminos por donde llama á los escogidos. En correspondiendo á los auxilios de la gracia, todos los estados y todos los lugares de la tierra son á propósito para servir á Dios. Santos ha habido casados, santos célibes, santos viudos, santos anacoretas, santos palaciegos, santos idiotas, santos letrados, santos médicos, abogados, artesanos, mendigos, soldados, ricos, y en una palabra, santos en toda clase del estado. Con que de aquí se sigue que para servir á Dios no es condicion precisa ser fraile, sino el guardar su santa ley, y esta se puede guardar en los palacios, en las oficinas, en las calles, en los talleres, en las tiendas, en los campos, en las ciudades, en los cuarteles, en los navíos y aun en medio de las sinagogas de los judíos y de las mezquitas de los moros.

La profesion de la vida religiosa es la más perfecta; pero si no se abraza con verdadera vocacion, no es la mas segura. Muchos se han condenado en los cláustros, que quizá se hubieran salvado en el siglo. No está el caso en empezar bien; es menester la constancia. Nadie logra la corona del triunfo sino el que pelea varonilmente hasta el fin. En la edad de vd. es preciso desconfiar mucho de esos ímpetus ó fervores espirituales, que ordinariamente no pasan de unas llamaradas de *zacate*, que tan pronto se levantan como se apagan; y así sucede que muchos no profesan ó si profesan, es por la verguenza que les causa el *qué dirán*; y estos tales profesos, como que lo son sin su voluntad, son uenos malos religiosos, desobedientes y libertinos, que con sus vicios y apostasías dan que hacer á los superiores, escandalizan á los seculares, y de camino quitan el crédito á las religiones; porque como dice Santa Teresa, y es constante: el mundo quiere que los que siguen la virtud, sean muy perfectos; nada les dispensa, todo les nota, les ad



vierte y moteja con el mayor escrúpulo, y de aquí es que los mundanos fácilmente disculpan los vicios mas groseros de los otros mundanos; pero se escandalizan grandemente si advierten algunos en este ó el otro religioso ó alma dedicada á la virtud. Levantan el grito hasta el cielo, y hablan no solo de aquel fraile que los escandaliza, sino contra el honor de aquella religion, sin pesar en la balanza de la justicia los muchos varones justos y arreglados que ven en la misma religion y aun en el mismo convento.

Para evitar que los jóvenes se pierdan abrazando sin vocacion un estado que ciertamente no debe ser de holgura sino de un trabajo continuo para cumplir los prelados con nuestra obligacion, y no dar lugar á que las religiones se descrediten por sus malos hijos, debemos examinar con mucha prudencia y eficacia el espíritu de los pretendientes, aun antes de que entren de novicios, pues el noviciado es para que ellos esperimenten la religion; pero el prelado debe examinarles el espíritu aun antes de ser novicios.

En virtud de esto, vd. que desea servir á Dios en la religion, ¿ya sabe que aquí de lo primero que ha de renunciar es de la voluntad; porque no ha de tener mas voluntad que la de los superiores, á quienes ha de obedecer ciegamente? Sí, padre, dije yo. ¿Sabe que ha de renunciar para siempre al mundo, sus pompas y vanidades, asi como lo prometió en el bautismo? Sí, padre. ¿Sabe que aquí no ha de venir á holgar ni á divertirse, sino á trabajar y á estar ocupado todo el dia? Sí, padre; y sí, padre, y sí, padre, respondí á setenta *sabes* que me preguntó, que ya pensaba yo que era llegada mi hora y me estaban sacramentando; y todo este exámen paró en que me dió mi patente allí mismo, advirtiéndome que fuera mi padre á verse con su Reverencia.

Tales fueron mis palabras estudiadas y mis hipocresías, que la llevó entre oreja y oreja aquel buen prelado, y formó de mí un concepto ventajoso. Ya se vé, él era bueno; yo era un pícaro, y ya se

ha dicho lo fácil que es que los pícaros engañen á los hombres de bien, y mas si los cojen desprevenidos.

El bendito provincial al despedirme, me abrazó y me dijo: Pues, hijo mio, vaya con Dios, y pídale á su Magestad que le conserve en sus buenos propósitos, si así sonviene á su mayor gloria y bien de su alma. Dígale todos los dias con el mayor fervor: *confirma hoc Deus, quod operatus es in obis* (1), y disponga su corazon cada dia más y más para que fecundice en él la gracia del Espíritu Santo y produzca frutos ópimos de virtud. Con esto le besé la mano y me retiré para casa.

¿Quién creerá que cuando salí del convento sentí no sé qué de bueno en mí, que me parecia que deveras tenía yo vocacion de ser religioso? No se me olvidaba aquel aspecto venerable del anciano prelado, aquellas palabras tan llenas de uncion y penetrantes que tanto eco hicieron en mi corazon, aquella su prudencia, aquel su carácter amable y aquel todo hechicero de la verdadera virtud, capaz de enamorar al mismo vicio.

En efecto, yo decia entre mí: ¿qué mano que hubiera nacido para fraile, que no lo hubiera advertido, y Dios quisiera haberse valido de este incidente para reducirme y meterme en el camino que me conviene? No hay duda: así debe ser. Yo me acuerdo haber oido decir que Dios hace renglones derechos con pautas torcidas, y éste ha de ser uno de ellos sin remedio. Estos y semejantes discursos ocupaban mi imaginacion en el camino del convento á mi casa.

Luego que llegué á ella, me entré á ver á mi madre y le conté cuanto me habia pasado, manifestándole la patente de admitido en el convento de San Diego. De que mi madre la vió, no sé como no se volvió loca de gusto, creyendo que yo era un jóven muy bueno, y que cuando menos seria yo otro San Felipe de Jesus.

¡Oh Dios! confirma lo que haz obrado en mí.—E.

No hay que dudar ni que admirarse de esta sorpresa de mi madre, pues si mis maldades le parecían gracias, mi virtud tan al vivo ¿qué le parecería?

Vino mi padre de la calle, y mi madre llena de júbilo le impuso de todas mis intenciones, enseñándole al propio tiempo la patente del padre provincial.

¿Ves, hijo, le decía; ves como no es tan bravo el leon como lo pintan? ¿Ves como Pedrito no era tan malo como tú decías? El como muchacho ha sido traviesillo; ¿pero qué muchacho no lo es? Tu querías que fuera un santo desde criatura, querías bien; pero hijo, es una imprudencia: ¿cómo han de comenzar los niños por donde nosotros acabamos? Es necesario dar tiempo al tiempo. Ya ves qué mutacion tan repentina. ¿Cuando lo esperabas? Ayer decías que Pedro era un pícaro, y hoy ya lo ves hecho un santo: ayer pensabas que habia de ser el lunar de su linaje, y hoy ya ves que él será el lustre de su familia, porque familia que cuenta un deudo fraile, no puede ser de oscuro principio: yo á lo menos así lo entiendo, y en esta fé y creencia he de vivir, aunque me digan, como ya me lo han dicho, que esto es una preocupacion de las que han echado más raíces en América que en otras partes del mundo; pero yo no lo creo, sino que en teniendo una familia un pariente fraile, ya puede apostárselas en nobleza con el Preste Juan de las Indias, sin haber menester ejecutorias, genealogías, ni esotras zarandajas de que tanto blasonamos los nobles, porque esas cosas solo las saben los parientes y amigos de las casas; pero los estraños que no las ven, no pueden saber si son nobles ó no. Lo que no sucede teniendo un deudo fraile, porque todo el mundo lo ve y nadie puede dudar de que es noble él, sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos y sus tatarabuelos; y si el dicho fraile se casara, fueran nobles y muy nobles sus hijos, nietos, biznietos, totaranietos y choznos; porque un fraile es una ejecutoria andando. Con que mira si tengo razon de estar contenta, y si tú tambien debes estarlo con la nueva resolucion de Pedrito.

Yo por un agujerito de la puerta habia estado oyendo y fizando toda esta escena, y ví que mi padre leyó releyó y remiró una, dos y tres veces la patente, y aun advertí que mas de una vez estuvo por limpiarse los ojos, á pesar de que no tenia lagañas. ¡Tal era la duda que tenia de mi verdad, que á penas creia lo que estaba leyendo.

Sin embargo de esta su sorpresa, oyó muy bien toda la arenga de mi madre, á la que luego que concluyó, le dijo: ¡Válgate Dios, hija, qué cándida eres! ¡cuántas boberías me has dicho en un instante! Si alguno nos hubiera escuchado, yo me avergonzara; pues las familias que en realidad son nobles, como la tuya, no aspiran á parecerlo con el empeño de tener un hijo religioso; ni hacen vanidad de ello cuando lo tienen; antes ese empeño y esa vanidad, es una prueba clara de una no conocida nobleza, ó que á lo menos no puede manifestarse de otro modo; modo ciertamente muy aventurado, y que puede estar sujeto ó mil trácalas; pero esto no es lo que importa por ahora, á mas que la nobleza verdadera consiste en la virtud. Esta es su piedra de toque y su prueba legítima, y no los puestos brillantes, eclesiásticos ó seculares, pues éstos muchas veces se pueden hallar en personas indignas de tenerlos por su mala moral, etc. Lo que importa por ahora es esta patente. Yo me hago cruces y no acabo de entender como es esto. Ayer era Pedro tan libertino y descarriado, que hacia continuas faltas en el colegio por ir á tunantear con sus amigos, ¿y hoy tan sujeto y virtuoso que pretende ser religioso y de una religion estrecha y observante? Ayer tan flojo, que aun para estudiar teología ponia mil cortapizas, y ¿hoy tan decidido por el trabajo de una comunidad? Ayer tan disipado, ¿hoy tan recoleto? Ayer tan uno, ¿y hoy tan otro? No sé cómo será esto.

Yo no ignoro que Dios es poderoso y puede hacer cuanto quiera: sé muy bien que de una Magdalena hizo una santa, de un Dímas un confesor, de un Saulo un Pablo, de un Aurelio un Agustino, y de otros tantos pecadores otros tantos siervos suyos que han edificado su iglesia; pero estos casos no son comunes, por que no es comun que

el pecador corresponda á los auxilios de la gracia; lo corriente es despreciarlos cada instante, y por eso está el mundo tan perdido. No sé por qué me parece que estas son picardías de Pedro. . . . .  
Cállate, dijo mi madre, como tú no quieres al pobre muchacho, aun que haga milagros te han de parecer mal. Sus defectos sí los crees aunque no los veas; pero de su virtud dudas, aun mirándola con los ojos. Bien dicen, en dando en que un perro tiene rabia, hasta que no lo matan.

¿Qué estás hablando, hija? Decía mi padre: ¿qué virtud estoy mirando yo, ni jamás he visto en Pedro? ¿Qué mas prueba de virtud que esa patente? decía mi madre. No, esta patente no prueba virtud, replicaba mi padre; lo que prueba es que tuvo habilidad para engañar al provincial hasta arrancársela por sus fines particulares. Tú harás y dirás todo eso por no gastar en el hábito y en la profesion; pero para eso no es menester que quites de las piedras para poner en mi hijo. Aun tiene tios, y cuando nó, yo pediré los gastos de limosna. Así se explicó mi madre, á quien mi padre, con mucha prudencia contestó; no seas tonta, mujer. No son los gastos sino la experiencia que tengo la que me hace desconfiar de Pedro. Conozco su genio y tengo examinado su carácter, por eso dudo que sea cierta su vocacion. El es mi hijo, lo amo, y lo amo mucho, pero este amor no me quita el conocimiento que tengo de él. Sé que no le gusta el trabajo, que le agrada la libertad, los amigos y el lujo demasiado, y que es muy variable en su modo de pensar. A mas de esto, es muy jóven, le falta mucho para saber distinguir bien las cosas, y todo ello me hace creer que apenas estará en el convento dos ó tres meses, verá el trabajo de la religion y se saldrá. Esto es lo que deseo escusar, no los gastos, pues siempre he erogado gustoso cuantos he considerado concernientes á su bien.

No obstante, yo de buena gana y con la misma voluntad que otras veces, gastaré en esta ocasion cuanto sea necesario y me daré los plácemes de que sea con provecho suyo.

Aquí paró la sesión, y salieron los dos buenos viejos á comer.

A la noche me llamó mi padre á solas, me hizo mil preguntas, á las que yo contesté: *amen, amen*, con la misma hipocresía que al provincial: me echó su merced mi buen sermón explicándome qué cosa era la vida de un religioso, cuál la perfección de su estado, cuáles sus cargos, cuán temibles son las resultas que se debe prometer el que abraza sin vocación un estado semejante, y qué sé yo que otras cosas, todas ciertas, justas, muy bien dichas y para mi bien; pero es lo que los muchachos oyen con menos atención, y así no es mucho se les olvide pronto. Ello es que yo estuve en el sermón con los ojos bajos y con una modestia tal, que ya parecía un novicio. Tan bien hice el papel, que mi padre creyó que era la pura verdad, y me ofreció ir por la mañana á ver al padre provincial: me dió su bendición, le besé la mano y nos fuimos á acostar.

Yo dormí muy contento y satisfecho, porque los había engañado á todos, y me había escapado de ser aprendiz ó soldado.

A otro día cuando me levanté, ya mi padre había salido de casa y cuando volvió á ella al medio día, me dijo delante de mi madre: señor Pedrito, ya ví al provincial: ya está todo en corriente, y de aquí á ocho días, dándome Dios vida, tomarás el hábito.

Mi madre se alegró, y yo fingí alegrarme más con la noticia.

Comimos, y á la tarde fuí á ver á Pelayo y le dí cuenta del buen estado de mi negocio. El me dió los plácemes de este modo: me alegro, hermano, de que todo se haya facilitado. El caso es que aguantas las singularidades de los frailes, y más en el año del noviciado; porque te aseguro que las tienen y de marca; pues esto de levantarse á media noche, rezar todo el día, andar con los ojos bajos, hablar poco, ayunar mucho, pelarse á azotes, barrer los claustros, estudiar y sufrir por toda la vida á tanto fraile grave, es una tarea inacabable, un subsidio eterno, una esclavitud constante, y una serie no interrumpida de trabajos, de que solo la muerte podrá librarte; pero en fin, ya lo hiciste y es menester morderte un brazo, porque si no,

¿qué dirá tu padre? ¿Qué dirá tu madre? ¿Qué dirán tus parientes? ¿Qué dirá el provincial? ¿Qué dirán los conocidos de tu casa? ¿Qué dirá mi padre? Y ¿qué dirán todos? Si ahora te arrepintieras, fuera un escándalo para el público, un deshonor para tí y una vergüenza terrible para tus pobres padres; y así no hay remedio, hermano, á lo hecho pecho, dice el refran: ahora es fuerza que seas fraile quieras ó no quieras.

Hay hombres cuyo carácter es tan venenoso que hacen mal, aun cuando ellos piensan que hacen bien. Son como el gato, que lastima al tiempo de hacer cariños. Así era el de Pelayo, que despues que decia que me estimaba, parece que se empeñaba en enredarme ó afligirme, pues primero me pintó que la religion era una *Jauja*, y ya que estuve comprometido, me la presentó como una mazmorra, desacreditándola por ambos lados.

Yo me despedí de él bien contristado, y casi casi ya estaba por retractarme de mis propósitos, pero la vergüencilla y este *qué diran*, este *qué dirán* del mundo, que es causa de que atropellemos casi siempre con las leyes divinas, me hizo forzar mi inclinacion, hacer á un lado mis temores y llevar adelante mi falsa intentona.

En aquellos ocho dias se prepararon todas las cosas necesarias para mi ingreso; se dió parte de él á todos mis amigos, parientes, conocidos, bien y malhechores, y de todos ellos recibió mi padre mil parabienes y mi madre mil enhorabuenas, que hacian por junto dos mil faramallas, que llaman políticas, ceremonias y cumplimientos; pero que no dejan todas ellas una onza de utilidad, por más que se multipliquen en número.

Mis padres se ocupaban en estos ocho dias en recibir visitas y en disponer lo necesario para la entrada, y yo me ocupaba en andar con Pelayo despidiéndome de mis tertulias, no con poco dolor de mi corazon, pues sentia demasiada violencia en la separacion de mis pecaminosas distracciones.

Mi gran Pelayo se habia propuesto avisar en cuantas partes iba-

mos, de mis nuevos intentos y lo pronto que estaba mi noviciado. Yo le rogaba que los callara, mas á él se le hacia escrupulo y cargo de conciencia el reservarlos, y como todas las casas que visitábamos eran de aquellos y aquellas que llaman de la *hoja*, me daban mis estragadas terribles, especialmente las mujeres. Una me decia: ¡ay! ¡qué lástima! tan niño y encerrarse. Otra: ¡qué gracia! y tan muchacho. Otra: ¡qué, no se acordará vd. de mí? Otra: ¡á qué no profesas vd? Esta: yo no creo que vd. sea tan bueno para fraile siendo tan muchacho, no feo, y con tantas gracias: Aquella: ¿bailador y fraile? vamos, yo lo creo; y así todas, y cuando se ofrecia proferir algunos cuentecillos y palabritas obscenas (que se ofrecian á cada paso) saltaba alguna muchacha burlona con la frialdad de ¡ay niña: ¿quién dice eso? Cállate, no perturbes al siervo de Dios.

Sin embargo de todas estas bufonadas, yo me divertia todo lo posible por despedida. Hacia orejas de mercader y bailaba, tocaba el bandolon, platicaba, seducia y hacia cosas que son mejores para calladas. Tales fueron los ejercicios preparatorios en que me entretuve en los ocho dias precedentes á mi frailazgo. Así salió ello.

No contento con la libertad que tenia en la calle hasta las ocho de la noche [que hasta esa hora se le estendió la licencia al religioso *in fieri*, ó por ser], ni satisfecho por las holguras que me proporcionaba mi maestro Pelayo, mi génio festivo y la facilidad de las damas que visitábamos, todavía aspiraba á seducir á Poncianita, la hija de D. Martin el de la hacienda que frecuentaba mi casa diariamente; mas la muchacha era virtuosa, discreta y juguetona. Conocia bien mi carácter, y me tenia por lo que era, esto es, por un jóven calavera y malicioso, pero tonto en realidad; y así á todos los mimos y sorrococos que yo le hacia, me contestaba con mucho agrado, pero tambien con mucha variedad, y siempre haciéndome ver que me queria. Con esto yo mas bobo y malicioso que ella, pensaba lograr alguna vez la conquista; pero ella mas honrada y viva que yo, pensaba que esta vez jamás llegaria, como en efecto jamas llegó.



Un día le dí yo mismo una esquelita que decia una sarta de tonterías y requiebros, y remataba asegurándole de mi buena voluntad, y que si yo no hubiera de entrarme religioso, con nadie me casaría sino con ella. Por aquí se puede comprender muy bien lo que yo era, y cómo es compatible la ignorancia suma, con la suma malicia; pero lo mas digno de celebrarse es la chusca contestacion de ella á mi papel, que decia: *Señorito: Agradezco la buena voluntad de vd., y si pudiera la corresponderia, pero estoy queriendo bien á otro caballero, que si esto no fuera, con nadie me casaria mejor que con vd. aunque sacara dispensa.*

*Dios lo haga buen religioso y le dé ventura en lides.—La que vd. sabe.*

No puedo ponderar bien las agitaciones que sentí con esta receta. Ella me encoló, me enamoró y me enfureció en términos que esa noche que fué la víspera de mi entrada, apenas pude dormir. ¿Qué tal seria el alboroto de mis pasiones? Pero por fin amaneció, y con la vista de otros objetos, fué calmando un poco aquel tumulto.

Llegó la tarde: me despedí de mi madre, tías y conocidas, á quienes abracé muy compungido, sin descuidarme de hacer la misma ceremonia con la dómina Poncianita, la que correspondió mi abrazo con bastante desdén, como que estaba presente su madre, y no me quería como me significaba.

Acabada la tanda de abrazos, lágrimas y monerías, nos fuimos para el convento, mi padre, yo, mis tíos y una porcion de convidados que iban á ser testigos de mi hipocresía.

Luego la suerte (adversa para mí) presagió mi desventura, en mi concepto; porque el silencio en que íbamos, y la larga série de coches que seguía el nuestro, representaba bien un duelo, y cuantos nos miraban en la calle no pensaban otra cosa. En efecto, á mí y á mis padres se nos podia haber dado el pésame con justicia.

Llegamos á San Diego: se avisó al padre provincial, quien nos recibió con su acostumbrado buen carácter, y montando en el coche en

chocolate siquiera á aquella hora, porque ciertamente tenia hambre; pero no habia ni á quien pedirselo.

Reinaba un profundo silencio en aquel dormitorio, y en medio del pavor que me causaba, pará entretener mi hambre, mi vigilia y mi desesperacion, me volví á entregar á mis ideas libertinas y melancólicas, y tanto me abstraí en ellas, que derramé hartas lágrimas de cólera y de arrepentimiento; pero me venció el sueño al cabo de las cuatro de la mañana, y me quedé dormido; mas ¡oh desgracia de flojos! no bien habia comenzado á roncar, cuando he aquí al hermano novicio que me vino á despertar para ir á prima.

Me levanté otra vez lleno de rabia, maldiciéndome á guisa de condenado; pero allá en mi corazon y sin hablar una palabra, diciendo entre mí: ¿pues no es esta una vida pesadísima? ¡Habrase visto empeño como el que ha tomado este frailecillo en no dejarme dormir! El es mi *ahuizote* sin duda, es otro Dr. Pedro Recio, pues si el del Quijote quitaba á Sancho Panza los platos de delante luego que empezaba á comer, éste me quita á mí el sueño luego que comienzo á dormir.

Pensando estos despropósitos me fuí á coro, recé más que un ciego, y al cantar abria tanta boca, pero de hambre, porque como la cena de la noche anterior no me gustó mucho, apenas la probé; y así tenia el estómago en un hilo, deseando se acabara la prima para ir á desquitarme con el chocolate, que me lo prometia de lo mucho y bueno, pues habia oido decir en el siglo, que los frailes tomaban muy buen caracas, y cuando en casa habia un pocillo muy grande, decian: este pozuelon es frailerero: con esto yo decia entre mí: á lo menos si la cena fué mala, el desayuno será famoso. Sí, no hay duda, ahora me soplaré un tazon de buen chocolate con sus correspondientes bizcochos, ó cuando no, con cuartilla de pan enmantecado por lo menos.

En esta santa contemplacion se acabó el rezo y salimos de coro; ¡pero cual fué mi tristeza y enojo cuando dieron las seis, las seis y





« Hermano, venga su caridad: tome esas cubetas y vamos a barrer el convento »

media, las siete, y no parecía tal chocolate ni pareció en toda la mañana, porque me dijeron que era día de ayuno! Entonces me acabé de dar á Barrabás, renegando más y con doble fervor de mi maldito pensamiento de ser fraile, y mas cuando fueron otros dos novicios, y presentándome dos cubetas de cuero, me dijeron: hermano, venga su caridad: tome esas cubetas y vamos á barrer el convento mientras es hora de ir á coro.

Esta está peor, me decia yo: ¡con que no dormir, no comer, y trabajar como un macho de noria! ¡Esto es ser novicio? ¡Esto es ser fraile? ¡Ah, pese á mi maldita ligereza, y á los infames consejos de Pelayo y de Juan Largo! No hay remedio, yo no soy fraile, yo me salgo; porque si duro aquí ocho días me acaba de llevar el diablo, de sueño, de hambre y de cansancio. Yo me salgo, sí; yo me salgo. . . . pero ¿tan breve? ¿Aun no caliente el lugar y ya quiero marcharme? No puede ser. ¿Qué dirán? Es fuerza aguantar dos ó tres meses, como quien bebe agua de tabaco, y entonces disimularé mi salida fingiéndome enfermo; aunque no habrá para qué afanarme en fingir, pues mi enfermedad será real y verdadera con semejante vida, y plegue á Dios que de aquí allá no haya yo estacado la zalea (1) en estos santos paredones, ¡Qué hemos de hacer!

Así discurría yo mientras subía agua y rregaba los tránsitos con la *pichancha*, siempre triste y cabizbajo; pero admirándome de verlo alegres que barrián los otros dos frailecitos mis compañeros, que eran tanto ó mas jóvenes que yo: ya se ve, eran unos virtuosos, y habian entrado allí con verdadera vocacion, y no por escusarse de trabajar, para holgarse como yo.

El uno de ellos, que era el mas muchacho, era muy alegre, su color era blanco, su pelo bermejo, sus ojillos azules y muy vivos, su

[1] *Estacar la zalea*: [frase familiar]. Morir, con alusion á los borregos que despues de muertos son desollados y sus zaleas clavadas con estacas en el suelo ó en las paredes para secarse antes de curtirlas. Lo mismo significa la otra frase vulgar: *Pelar su indigna rata*— E.

## CAPITULO XII.

Trátase sobre los malos y buenos consejos: muerte del padre de Periquillo y salida de éste del convento.

**B** STUVE en el coro durante la tercia y la misa; pero con la misma atención que el facistol. Todo se me fué en cabecear, estirar los párpados y bostezar, como quien no había cenado ni dormido.

El que presidía lo notó, y luego que salimos me dijo: hermano parece que su caridad es harto flojillo; enmendarse, que aquí no es lugar de dormir.

Yo no dejé de incomodarme, como que no estaba acostumbrado á que me regañaran mucho: pero no osé replicar una palabra. Me calé la capilla y marché á continuar la limpieza de mi santo cuartel.

Llegó la hora bendita del refectorio, y aunque la comida era de comunidad, á mí me pareció bajada del cielo, como que á buena hambre no hay mal pan.

En fin, me fuí acostumbrando poco á poco á sufrir los trabajos de fraile y el encierro de novicio, manteniendo el estómago [debilitado: consolando á mis ojos soñolentos: animando mis miembros fatigados con el trabajo, y tolerando las demas penalidades de la religion, con la esperanza de que en cumpliendo seis meses fingiria una enfermedad y me volveria á mis ajos y coles que había dejado en la calle.

Esta esperanza se avaloraba con la vista de mi padre de cuando en cuando; pero mas y mas con los siempre cristianos, prudentes y caritativos consejos de mis dos mentores Januario y Pelayo, que solian visitarme con licencia del padre maestro de novicios, á quien mi padre los había recomendado.

boca llena de una modesta sonrisa, y como estaba fatigado con el trabajo, estaba coloradito y bonito que parecía un San Antonio: advertió mi semblante sombrío y triste, y creyendo el inocente que era efecto de una suma austeridad, y de los escrúpulos que me agitaban, se llegó á mí y me dijo con mucho agrado: hermanito ¿qué tiene, por qué está tan triste? Alégrese: la alegría no se opone al servicio de Dios. Este Señor es todo bondad. Somos sus hijos, no sus esclavos: quiere que lo amemos como á padre, y que lo adoremos como al Señor Supremo, no que lo temamos con un miedo servil, no: si no es nuestro tirano. Es un Dios lleno de dulzura, no un Dios parricida como el Saturno de los paganos. Su vista sola alegra á los santos y hace toda la felicidad del cielo. Su servicio debe inspirar á los suyos la mayor confianza y alegría.

El santo rey David nos dice expresamente: *servid al Señor con alegría*, y el Eclesiástico: “arroja lejos de tí la tristeza, porque es pasión que á muchos quita la vida, y en ella no hay utilidad.” Pero ¿qué mas? el mismo Jesucristo nos manda “que no queramos hacernos tristes como los hipócritas.” Con que hermanito, alegrarse, alegrarse, y desechar escrúpulos é ideas funestas que ni hacen honor á la deidad, ni traen provecho á las almas.

Yo agradecí sus consejos al buen religiosito, y le envidié su virtud, su serenidad y alegría; porque no sé qué tiene la sólida virtud que se hace amable de los mismos malos.

Llegó la hora de la misa conventual, y fuimos á coro. Entonces advertí que no asistían algunos padres que habia visto por el convento. Pregunté el motivo, y me dijeron que eran padres graves y jubilados, ó exentos de las asistencias de comunidad. Con esto me consolé un poco, porque decia: en caso de profesar, que lo dudo, como yo sea padre grave, ya estoy libre de estas cosas. Fuimos á coro.

Uno me decía: sí, Perico, no harás otra cosa mejor que mudarte de aquí: mírate ahí como te has puesto en dos días, flaco, triste, amarillo, que ya con la mortaja encima no falta más sino que te entierren, lo que no tardarán mucho en hacer estos benditos frailes, pues con toda su santidad son bien pesados é imprudentes. Luego luego quisieran que un pobre novicio fuera canonizable: todo le notan, todo le castigan: nada le disimulan ni perdonan: ya se ve, ningún padre maestro se acuerda que fué novicio. Esto me decía el menor malo de mis amigos, que era Pelayo; que el Juan Largo maldito, ese era peor: blasfemaba de cuantos frailes y religiosos había en el mundo; y ¿en qué términos lo haría, pues siendo yo algo peor que Barrabás, me escandalizaba?

Ciertamente que no son para escritas las cosas que me decía, de todas, y en especial de aquella venerable religión, que no tenía la culpa de que un pícaro como yo se acogiera á ella sin vocación y sin virtud, solo para eludir los muy justos designios de su padre; pero por sus consejos inferireis el fondo de maldad que abrigaba su corazón. No seas tonto, me decía: salte, salte á la calle: no te vallas á engreir aquí y profeses, que será enterrarte en vida. Eres muchacho, salvage, goza del mundo. Las muchachas tus conocidas siempre me preguntan por tí: mi prima ha llorado mucho, te estraña, y dice que ojalá no fueras fraile, que ella se casara contigo. Con que salte, Periquillo, hijo, salte y casate con Poncianita, que es la única hija de D. Martín y tiene sus buenos pesos. Ahora, ahora que te quiere has de lograr la ocasión; pues si ella pierde la esperanza de tu salida y se enamora de otro, lo pierdes todo. ¡Ojalá y yo no fuera su primo! á buen seguro que te diera estos consejos, pues yo los tomara para mí; pero no puedo casarme con ella, al fin se ha de casar con cualquiera, y ese cualquiera no ha de ser otro más que tu, que eres mi amigo; pues lo que se ha de llevar el moro, mejor será que se lo lleve el cristiano. ¿Qué dices? ¿Qué le digo? ¿Cuándo te sales?

Yo era maleta, y luego con las visitas y persuaciones de este tu-



no, me pervertia mas y mas, y llegué á tanto grado de desidia, que no hacia cosa á derechas de cuantas me mandaba la obediencia. Si salia á acolitar, estaba en el altar inquietísimo, mi cabeza parecia molinillo, y no paraban mis ojos de revisar á cuanta muger habia en la iglesia: si barria el convento lo hacia muy mal: si servia el refectorio quebraba los platos y escudillas: si me tocaba algun oficio en el coro, me dormia; finalmente, todo lo hacia mal, porque todo lo hacia de mala gana; con esto, raro era el dia en que no entraba al refectorio con la almhoda, la escoba ó los *tepalcates* colgados, con un tapaojos ó con otra señal de mis malas mañas y de las ridiculeses de los frailes, como yo decia.

Los primeros dias se me asentaba la silla un poco (1), esto es, se me hacian pesadas semejantes burlas y mogigangas como yo las llamaba, siendo su propio nombre *penitencias*; pero despues me fuí connaturalizando con ellas de modo que se me daba tanto de entrar al coro ó refectorio con una sarta de guijarros pendiente del cuello, como si llevara un rosario de Jerusalem.

Así cayendo y levantando, y haciendo desesperar á los benditos religiosos, llegué á cumplir seis meses de novicio, tiempo que desde el primer dia me habia prefijado para salirme á la calle y volverme á mis andanzas del siglo. Ya estaba yo pensando de qué mal seria bueno enfermarme ó fingir que me enfermaba, para cohonestar mi veleidad, y habiendo por último elegido la epilepsía, ya iba á descargar sobre el corazon sensible de mi padre el golpe fatal, escribiéndole mi resolucion de salirme, cuando llegó Enero y me dió la triste noticia de hallarse mi dicho padre gravemente enfermo, y desahuciado de los médicos.

Afligióme semejante nueva, y trataba de acelerar mi salida; pero Enero me detuvo diciéndome que tiempo habia para ella: que por entónces suspendiera mi resolucion pues nada iba á medrar, y ántes

(1) Esta comparacion con los caballos apénas se puede pasar á Periquillo, si no es hablando de sí mismo.—E.

podía suceder que mi padre, con la pesadumbre, se agravara y se abreviaran sus días por mi precipitación, y así, que me sosegara; que por muerte ó por vida de mi padre se haría la cosa después con más acierto y menos inconvenientes.

Hícelo así, y confieso que me convenció, porque á pesar de ser tan malo, esta vez me aconsejó como hombre de bien.

Los hombres, hijos míos, son como los libros. Ya sabéis que no hay libro tan malo que no tenga algo bueno; así los hombres, no hay uno tan perverso que tal cual vez no tenga algunos buenos sentimientos; y en esta inteligencia el mayor pecador, el más relajado y libertino puede darnos un consejo sano y edificante.

Cinco días pasaron después del que me habló Enero, cuando vino á verme D. Martín, y previniéndome el ánimo con los consuelos que le dictó su caridad, me dió una carta cerrada de mi padre, y con ella la noticia de su fallecimiento.

La naturaleza apretó mi corazón, y mis lágrimas manifestaron en abundancia mis sentimientos. D. Martín repitió sus consuelos, y se fué á dar algunas limosnas al padre provincial para sufragios por el alma del difunto. El padre vicario, los coristas y mis connovicios entraron á mi celda y me daban todos aquellos consuelos que se apoyan en la religión; y luego que calmó un poco mi dolor, me dejaron solo y se retiraron á sus destinos. Dos días pasaron sin que yo me atreviese á abrir la carta, pues cada vez que la quería abrir leía el sobrescrito que decía: *A mi querido hijo Pedro Sarmiento.—Dios lo guarde en su santa gracia por muchos años.*—Entonces se estremecía mi corazón sobremanera, y no hacía más que besarla y humedecerla con mis lágrimas, pues aquellos pocos caracteres me acordaban el amor que siempre me había tenido, y su constante virtud que me había inspirado.

¡Ay! hijosi ¡Qué cierto es que el buen padre, la buena esposa y el buen amigo, solo se conocen cuando la muerte cierra sus ojos! Yo sabía que mi padre era bueno; pero no lo conocía bien hasta que tu-

ve la noticia de su fallecimiento. Entónces á un golpe de vista ví su prudencia, su amor, su juicio, su afabilidad y todas sus virtudes, y al mismo tiempo eché de ver el maestro, el hermano, el amigo y el padre que había perdido.

Al cabo de tres dias abrí la carta, cuyo contenido leí tantas veces que se me quedó en la memoria, y por sus documentos, digna herencia de vuestro abuelo, os la quiero dejar aquí escrita.

*Amado hijo:—Al borde del sepulcro te escribo ésta, que segun mi orden te entregarán luego que esté mi cadáver sepultado.*

*No tengo mas bienes que dejar á tu pobre madre, que cuatro reales y los pocos muebles de casa para que pase sin ansias algunos dias de su triste viudedad; y á tí, hijo mio, ¿qué te podré dejar, sino escritas por mi mano trémula y moribunda, aquellas mismas máximas que he procurado inspirarte toda mi vida? Hazles lugar en tu corazon y procura traerlas á la memoria con frecuencia. Obsérvalas, que jamas te arrepentirás de su observancia.*

*Ama á Dios, témelo y reconócelo por tu Padre, tu Señor y tu benefactor.*

*Sé fiel á tu patria, y respeta á las autoridades establecidas.*

*Pórtate con todos como quisieras se portaran contigo.*

*A nadie hagas daño, y jamas omitas el bien que puedas hacer.*

*No aflijas á tu madre, ni exites su llanto; porque las lágrimas que derraman las madres por los malos hijos, claman ante Dios contra éstos por la venganza.*

*Jamas desprecies los clamores del pobre, y hallen sus miserias un abrigo en tu corazon.*

*No juzgues del mérito de los hombres por su exterior, que éste es engañoso las mas veces.*

*No te empeñes nunca en singularizarte en nada.*

*Si profesares en esa santa religion, no olvides en ningun tiempo los votos con que te has consagrado á Dios.*

*No te afanes por alcanzar los puestos honoríficos de la religion, ni*

*te entristezcas si no los alcanzares, que esto no es propio del verdadero religioso que ha abandonado el mundo y sus pompas.*

*Si fueres padre maestro ó prelado, no olvides la observancia de la regla; antes entonces debes ser más modesto en el hábito, más puntual en el coro, y más edificante en todo; pues no es razón que exijas de tus súbditos el estrecho cumplimiento de su obligacion, si tú les enseñas otra cosa con el ejemplo.*

*No te mezcles en los negocios y asambleas de los seculares, porque no los escandalice tu relajacion; pues tan bien parece un religioso en el coro, en el claustro, en el altar, púlpito ó confesonario, como mal en el paseo, tertulia, juego, baile, coliseo y estrados de visitas.*

*No uses copetes en el cerquillo á modo de faisán ó pavo, que esta sola divisa manifiesta el poco espíritu religioso, y declara bien lo apagado que está el que lo usa, al mundo y á sus modas.*

*Finalmente, si no profesas, guarda los preceptos del Decálogo en cualquiera que sea el estado de tu vida. Ellos son pocos, fáciles, útiles, necesarios y provechosos. Están fundados en el derecho natural y divino. Lo que nos manda es justo: lo que nos prohíben es en beneficio nuestro y de nuestros semejantes: nada tienen de violento sino para los abandonados y libertinos; y por último, sin su observancia es imposible lograr ni la paz interior en esta vida, ni la felicidad eterna en la otra.*

*Acuérdate, pues, de esto, y de que dentro de pocos dias seguirás el camino en que va á entrar tu padre, cuya bendicion con la de Dios te alcance por siempre. Adios, hijo amado. A las orillas de la eternidad, tu amante padre.—Manuel.*

Esta carta no hizo mas efecto que entristecerme algunos ratos, pero sin profundizar sus verdades en mi corazón; porque á éste le faltaba disposicion para recibir tan saludable semilla.

Pasaron quince dias, en cuyo corto tiempo se me olvidaron en gran parte los sentimientos de la muerte de mi padre, los avisos de su carta (esto es, el primer espíritu de compuncion con que la leí), y solo me acordaba de mi apetecida libertad.

Al cabo de estos días vino Enero y me trajo un recado de mi madre, diciéndome que estaba muy apesurada y triste en su soledad, y que ya era tiempo para que yo realizara mis proyectos, pues habiendo muerto mi padre, ya no había cosa que embarazara mi salida; antes ésta podría servirle á mi madre de consuelo; y otras cosas á este modo, con que acabé yo de resolverme.

Le manifesté á Enero la carta de mi padre, y él luego que la leyó se echó á reír, y me dijo: está bueno el sermón, no hay que hacer. Tu padre, hermano, erró la vocación de medio á medio. Era mejor para misionero que para casado; pero consejos y bigotes dicen que ya no se usan. La herencia está muy buena, aunque yo no daría por ella una peseta. Si como tu padre te dejó advertencias, te hubiera dejado monedas, se las deberías agradecer mas; porque amigo, un peso duro vale mas que diez gruesas de consejos. Guarda esta carta, y salte á ver qué haces con lo que ha dejado tu padre, porque tu madre ¿qué ha de hacer? En cuatro días lo gasta y se acaba, y ni tú ni ella lo disfrutaban.

Yo le agradecí aquellos que me parecían buenos consejos, y el dijo que le propusiera á mi madre mi salida, pretestándole mi enfermedad y lo útil que yo le podía ser á su lado. Enero me ofreció desempeñar el asunto y volver al otro día con la razón.

Inquietísimo me quedé yo esperando la resolución de mi madre, no porque yo quería captar su vènia, pues no la juzgaba necesaria, sino para con esta hipocresía atarle la voluntad de modo que me franqueara, sin reserva, todos los medicillos que mi padre había dejado, y se fiara de mí, como si yo fuera un buen hijo.

Todo me salió segun me lo propuse, pues al día siguiente volvió Enero y me dijo: que todo estaba corriente: que él había ponderado mucho mi falsa enfermedad á mi madre, y díchole que yo lloraba mucho por ella; que tanto por mi salud como por servirla y acompañarla, deseaba salirme; pero que esperaba su parecer, porque era tan bueno su hijo, que sin su licencia no daría un paso. A lo que

mi madre le contestó: que saliera enhorabuena, pues mi salud valia más que todo, y en todas partes se podia servir á Dios.

*Oidos que tales orejas.* (1), dije yo al escuchar estas razones. Mañana comemos juntos, Enero..... y al instante vamos á visitar á Poncianita, me dijo él, que cada dia está más chula el diantre de la muchacha.

En conversaciones tan edificantes como éstas, pasamos el rato que me permitió la campana, á cuyo toque se despidió Enero, quedándome yo deseando llegara la noche para avisarle mi determinacion al padre maestro de novicios.

Llegó en efecto, y á mi parecer mas tarde que otras veces. Luego que tuve lugar me entré en su celda, y le dije que estaba enfermo, y á mas de eso, que mi madre habia quedado viuda, pobre y sin mas hijo que yo, y que así pensaba volverme al siglo: que me hiciera favor de facilitarme mi ropa.

El buen religioso me escuchó con santa paciencia, y me dijo: que viera lo que hacia; que esas eran tentaciones del demonio; si estaba enfermo, médicos y botica tenia el convento, y que allí me curarian con el mismo cuidado que en mi casa: que si mi madre habia quedado viuda y pobre, no habia quedado sin Dios, que es padre universal y no desampara á sus criaturas: y por último, que lo pensara bien. Ya lo tengo bien pensado, padre nuestro, le dije, y no hay remedio: yo me salgo, porque ni la religion es para mí, ni yo para la religion.

Enfadóse su paternidad con estas razones, y me dijo: la religion es para todos los que son para ella; mas su caridad dice bien, que no es para la religion, y así me lo ha parecido algunas veces. Vaya con Dios. Mañana temprano mandaré avisar á nuestro padre provincial, y se irá á su casa ó á donde le parezca.

Me retiré de su vista, y esa noche ya no quise ir á coro ni á refectorio (ni me hicieron instancia tampoco), y á otro dia entre nueve y diez

(1) *Oidos que tal oyen* dice la espresion familiar castellana: pero por el disparate de un estudiante se ha hecho comun decirse como en este lugar.—E.

de la mañana, me llamó el padre maestro de novicios, me despojó solemnemente de los hábitos, me dió mi ropa, y me marché para la calle, dirigiéndome inmediatamente para México.

Después que descansé un rato en un asiento de la alameda y me sacudí el polvo del camino, que habia hecho desde Tacubaya, me dirigia á mi casa, é iba yo envuelto en mi capa, con mi pañuelo amarrado en la cabeza y lleno de confusion, pensando que estaba como excomulgado y separado de aquellos siervos de Dios. No sé qué pavor se apoderaba de mi corazón cada vez que volvia la cara y veia las sagradas paredes de San Diego, depósitos de la virtud y quietud, de donde yo me retiraba.

No hay duda, decia yo entre mí, yo acabo de dejar el asilo de la inocencia, yo he dejado la única tabla á que podia asirme en el naufragio de esta vida mortal. Dios me verá como un ingrato, y los hombres me despreciarán como un inconstante. .... ¡Ah si pudiera yo volverme!

En estas serias meditaciones iba yo embebecido, cuando me tiró de la capa uno de mis antiguos contertulianos que me conoció y acompañaba á una de las coquetillas mas desenvueltas que yo habia chuleado antes de entrar en el convento.

Luego que nos saludamos y reconocimos los tres, me preguntó él ¿cuándo me habia salido y por qué? Le respondí que aquel mismo dia, y por la muerte de mi padre y mi enfermedad. Me lo tuvieron á bien, y me llevaron á almorzar á un figon, donde comí á lo loco y bebí punto menos, con cuyos socorros se disiparon mis tristezas.

Despidiéronse de mí y me fuí para mi casa. Luego que mi madre me vió, comenzó á abrazarme y á llorar amargamente; pero me manifestó su contento por tenerme otra vez en su compañía. ¿Quién le habia de decir que sus trabajos comenzaban desde aquel dia, y que mi persona lejos de proporcionarle los consuelos y alivios que se prometia, la habia de ser funestamente gravosa? Pero así fué, como vereis en el capítulo siguiente.

## CAPITULO XIII.

Trata Periquillo de quitarse el luto, y se discute sobre los abusos de los funerales, pésames, entierros, lutos, etc.

**E**NTRAMOS á la época mas desarreglada de mi vida. Todos mis extravíos referidos hasta aquí, són frutas y pan pintado respecto á los delitos que se siguen. Ciertamente me horrorizo yo mismo, y la pluma se me cae de la mano al escribir mis escandalosos procederés, y al acordarme de los riesgos y lances terribles que á cada momento amenazaban mi honra, mi vida y mi alma: porque es evidente que el hombre mientras es mas vicioso está mas espuesto á mayores peligros. Ya se sabe que nuestra vida es un tejido continuo de sustos, miserias, riesgos y zozobras que por todas partes nos amagan; pero el hombre de bien con su conducta arreglada se libra de muchos de ellos, y se hace feliz en cuanto cabe en esta vida miserable; cuando por el contrario, el hombre vicioso y abandonado no solo no se libra de los males que naturalmente nos acomoten, sino que con su misma relajacion se mete en nuevos empeños, y llama sobre sí una espantosa multitud de peligros y lacerías, que ni remotamente los experimentara si viviera como debia vivir; y de este fácil principio se comprende por qué los mas viciosos son los mas llenos de aventuras, y acaso los que lo pasan peor aun en esta vida. Yo fuí uno de ellos.

Seis meses estuve en mi casa haciendo una vida bien hipócrita porque rezaba el rosario todas las noches, segun la costumbre de mi difunto padre, salia muy poco á la calle, no asistia á ninguna diversion, hablaba de la virtud y de cosas de Dios con frecuencia, y en una palabra, hice tan bien el papel de hombre de bien, que la po-



bre de mi madre lo creyó y estaba conmigo loca de contenta: ¡qué mucho! si la tragó Enero siendo tan veterano en picardías, y tanto lo creyó, que un día me dijo: Periquillo, me has admirado: ciertamente que tu naciste para fraile, pues cuando yo esperaba que salieras á cojer las primicias de tu libertad absoluta, y que nos daríamos los dos nuestros verdes muy razonables, te veo encerrado y hecho un anacoreta en tu casa. ¡Pobre de Enero! ¡Pobre de mi madre! ¡Y pobres de cuantos se persuadieron á que era virtud lo que solo era en mí una malicia muy refinada!

Trataba yo de conceptuarme bien con mi madre para que confiando en mí totalmente, no me escaseara los medicillos que mi padre le hubiera dejado, lo que no me fué difícil conseguir con mis estratagemas maliciosas.

De facto, mi madre me descubrió y aun me hizo administrador de los bienecillos que habian quedado, y consistian en mil y seiscientos pesos en reales, como quinientos en deudas cobrables, y cerca de otros mil en alhajitas y muebles de casa. Cortos haberes para un rico; mas un principalito muy razonable para sostenerse cualquier pobre trabajador y hombre de bien; pero solo eso era lo que me faltaba, y así dí al traste con todo dentro de poco tiempo, como lo vereis.

Cualquier capitalito razonable florece en las manos de un hombre de conducta y aplicado al trabajo; pero ninguno es suficiente para medrar en las de un jóven como yo, que no solo era disipado, sino disipador.

El dinero en poder de un mozo inmoral y relajado es una espada en las manos de un loco furioso. Como no sabe hacer de él el uso debido, constantemente solo le sirve de perjudicarse así mismo y perjudicar á otros, abriendo sin reserva la puerta á todas las pasiones, facilitando la ejecucion de todos los vicios, y acarreándose por consecuencia necesaria, un sin número de enfermedades, miserias, peligros y desgracias.

Para precaver así la dilapidación de los mayorazgos, como la total ruina de estos pródigos viciosos, meten la mano los gobiernos, y quitándoles la administración y manejo del capital, les señalan tutores que los cuiden y adieten como á unos muchachos ó dementes, porque si no, en dos por tres tirarían los bancos de Londres si los hubieran á las manos.

¡Es una vergüenza que á unos hombres regularmente bien nacidos, y sin la desgracia de la demencia, sea menester que las leyes los sujeten á la tutela y los reduzcan al estado de pupilos, como si fueran locos ó muchachos! Pero así sucede, y yo he conocido algunos de estos mayorazgos sin cabeza.

Si yo hubiera sido mayorazgo, no me hubiera quedado por corto para tirar todo el caudal en dos semanas, pues era *flojo, vicioso y desperdiciado*: tres requisitos que con solo ellos sobra para no quedar caudal á vida por opulento y pingüe que sea.

Atando el hilo de mi historia digo: que ya me cansaba yo de disimular la virtud que no tenia, y deseando romper el nombre y quitarme la máscara de una vez, le dije un día á mi madre: señora ya no tarda nada el día de San Pedro. ¿Y qué me quieres decir con eso? preguntó su merced. Lo que quiero decir, le respondí, es que ese día es de mi santo, y muy propio para quitarme el luto. ¡Ay! no lo permita Dios, decia mi madre. ¿Yo quitarme el luto tan breve? ni por un pienso. Amé mucho á tu padre, y agraviaría su memoria si me quitara el luto tan presto.

¿Como tan presto, señora? decia yo, ¿pues ya no han pasado seis meses? ¿Y qué, decia ella toda escandalizada, seis meses de luto te parecen mucho para sentir á un padre y á un esposo? No, hijo, un año se debe guardar el luto riguroso por semejantes personas.

Ya vdes. verán que mi madre era de aquellas señoras antiguas que se persuaden á que el luto prueba el sentimiento por el difunto, y gradúan éste por la duración de aquel; pero es una de las innu-

merables vulgaridades que mamamos con la primera leche de nuestras madres.

Es cierto que se debe sentir á los difuntos que amamos, y tanto más, cuanto mas estrechas sean las relaciones de amistad ó parentesco que nos unian con ellos. Este sentimiento es natural, y tan antiguo, que sabemos que las repúblicas más civilizadas que ha habido en el mundo, Grecia y Roma, no solo usaban luto, sino que hacian aun demostraciones mas tiernas que nosotros por sus muertos. Tal vez no os disgustará saberlas.

En Grecia á la hora de espirar un enfermo, sus deudos y amigos que asistian, se cubrian la cabeza en señal de su dolor para no verlo. Le cortaban la estremidad de los cabellos y le daban la mano en señal de la pena que les causaba su separacion.

Despues de muerto, cercaban el cadáver con velas (1): lo ponian en la puerta de la calle, y cerca de él ponian un vaso con agua lustral, con la que rociaban á los que asistian á los funerales. Los que concurrían al entierro y los deudos llevaban luto.

Los funerales duraban nueve dias. Siete se conservaba el cadáver en la casa, el octavo se quemaba, y el noveno se enterraban sus cenizas. Con poca diferencia hacían lo mismo los romanos.

Luego que espiraba el enfermo, daban tres ó cuatro alaridos para manifestar su sentimiento. Ponian el cadáver en el suelo, lo lavaban con agua caliente y lo ungian con aceite. Despues lo vestían y le ponían las insignias del mayor empleo que habia tenido.

Como aquellos gentiles creían que todas las almas debían pasar un rio del infierno que llamaban *Aqueronte*, para llegar á los Elíseos, y en este rio habia solo una barca, cuyo amo era un tal *Caron*, barquero interesable que á nadie pasaba si no le pagaban el flete, le ponían los romanos á sus muertos una moneda en la boca pará el efecto.

(1) En los primeros dias del cristianismo se usaban ya los cirios ó hachas de cera; pero anteriormente no se conocían, pues que ni en pinturas, ni en grabados ó medallas se ve algo que se les parezca, y *candela* propiamente quiere decir luz. — E.

A seguida de esto, exponían el cadáver al público entre hachas y velas encendidas, sobre una cama en la puerta de la casa.

Quando se había de hacer el entierro, se llevaba el cadáver al sepulcro ó en hombros de gentes ó en literas [como nosotros antes de hoy los llevábamos en coches). Acompañaba al cadáver la música lúgubre y unas mugeres lloronas alquiladas, que llamaban por esta razon *Praeficae*, y en castellano se llaman plañideras, que con sus llantos forzados reglaban el tono de la música y el punto que había de seguir en el suyo el acompañamiento.

Los esclavos, á quienes el difunto había dado libertad en su testamento, iban con sombreros puestos y hachas encendidas. Los hijos y parientes con los rostros cubiertos y tendido el cabello. Las hijas con las cabezas descubiertas, y todos los demas amigos con el pelo suelto y vestidos de luto.

Si el difunto era ilustre, se conducía primero el cadáver á la plaza, y desde una columna que llamaban *de las arengas*, un hijo ó pariente pronunciaba una oracion fúnebre en elogio de sus virtudes. Tan antiguos así son los sermones de honras.

Despues de esto, se conducía el cadáver al sepulcro, sobre cuyo lugar hubo variacion. Algun tiempo se conservaban los cadáveres en las casas de los hijos. Despues, viendo lo perjudicial de este uso, se estableció por buen gobierno que se sepultasen en despoblado; y ya desde entonces procuraba cada uno labrar sepulcros de piedra para sí y su familia (1). Lo mismo observaron los griegos, con escepcion de los lacedemonios. Los pobres que no podían costear este lujo, se enterraban como en todas partes, en la tierra pelada.

Despues se acostumbró quemar á los héroes difuntos. Para esto

[1] ¡Bella providencia! que hemos visto imitada en México desde la peste de 1813, aboliéndose el envejecido abuso de sepultarse los cadáveres en las iglesias dándoles sepulcros en los campos santos suburbios, conforme á las determinaciones de los Concilios. ¡Ojalá no se olvide ni haya sus infracciones toleradas ó impunes.

ponían el cadáver sobre la *Pira* (1) que era un monton bien elevado de leña seca, la que rociaban con licores y aromas olorosos, y los parientes le pegaban fuego con las hachas que llevaban encendidas, volviendo en aquel acto la cara á la parte opuesta.

Mientras ardia el cadáver, los parientes echaban al fuego los adornos y armas del difunto, y algunos sus cabellos en prueba de dolor.

Consumido el cadáver, se apagaba el fuego con agua y vino, y los parientes recogían las cenizas y las colocaban en una urna entre flores y aromas. Después el sacerdote rociaba á todos con agua para purificarlos, y al retirarse decían todos en alta voz: *Aeternum vale, ó que te vaya bien eternamente*, cuyo buen deseo explica mejor nuestro *requiescat in pace. En paz descansen*. Hecho esto, se colocaba la urna en el sepulcro y grababan en él el epitafio y estas cuatro letras: S. T. T. I., que quiere decir: *Sit tibi terra levis. Seate la tierra leve*, para que los pasajeros desearan su descanso. Entre nosotros se ve una cruz en un camino ó un retablito de algun matado en una calle, á fin de que se haga algun sufragio por su alma.

Concluida la funcion se cerraba la casa del difunto y no se abría en nueve dias, al fin de los cuales se hacia una conmemoracion.

Los griegos cerca de la hoguera ó pira ponían flores, miel, pan, armas y viandas..... ¡Av! ofrendas, ofrendas de los indios ¡qué antiguo y supersticioso es vuestro origen! (2) Toda la funcion se concluía con una comida que se daba en casa de algun pariente. Hasta esto imitamos, acordándonos que los duelos con pan son menos.

¿Y acaso solo los griegos y romanos hacían estos extremos de sentimiento en la muerte de sus deudos y amigos? No, hijos míos. To-

[1] Esta costumbre remedan nuestras piras. Por esto se hacen elevadas, se colman de luces, se adornan con jarras que despiden aromas olorosos, se colocan los bustos de los difuntos en las cúpulas y se ponen con las insignias de sus empleos.

(2) Todavía hay pueblos donde los indios ponen á sus muertos un itacate, que es un envoltorio con cosas de comer y algunos realillos. En otros á mas de esto, les esconden un papel lleno de disparates para el Eterno Padre, y sus ofrendas son con igual supersticion. En otro lugar diremos quienes sostienen estos abusos.

das las naciones y en todos tiempos han expresado su dolor por esta causa. Los hebreos, los sirios, los caldeos y los hombres mas remotos de la antigüedad, manifestaban su sensibilidad con sus finados, ya de uno, ya de otro modo. Las naciones bárbaras sienten y expresan su sentimiento como las civilizadas.

Justo es sentir á los difuntos, y en los libros sagrados leemos estas palabras: Llorá por el difunto, porque ha faltado su luz ó su vida. *Supra mortum plora, defecit enim, lux ejus.* (Eccl. Cap. 22 V. 10.) Jesucristo lloró la muerte de su querido Lázaro; y así seria un absurdo horroroso el llevar á mal unos sentimientos que inspira la misma naturaleza y blasfemar contra las demostraciones exteriores que los expresan.

Así es, que yo estoy muy lejos de criticar ni el sentimiento ni sus señales; pero en la misma distancia me hallo para calificar por justos los abusos que notamos en éstas, y creo que todo hombre sensato pensará de la misma manera; porque ¿quién ha de juzgar por razonables las *lloronas* alquiladas de los romanos, ni los *fletes* que ponian á sus muertos en la boca? ¿Quién no reirá la tontería de los Coptos, que en los entierros corren por las calles dando alaridos en compañía de las *plañideras*, echándose lodo en la cara, dándose golpes, arañándose, con los cabellos sueltos y representando todo el exceso de unos furiosos dementes? ¿Quién no se horrorizará de aquella crueldad con que en otrás tierras bárbaras se entierran vivas las viudas principales de los reyes ó mandarines, etc?

Todos, á la verdad, criticamos, afeamos y ridiculizamos los abusos de las naciones estranjeras, al mismo tiempo que ó no conocemos los nuestros, ó si los conocemos, no nos atrevemos á desprendernos de ellos, venerándolos y conservándolos por respeto á nuestros mayores, que así los dejaron establecidos.

Tales son los abusos que hasta hoy se notan en orden á los pésames, funerales y lutos. Luego que muere el enfermo entre nosotros, se dan sus alaridos regularmente, para manifestar el sentimiento.

Si la casa es rica, es lo mas usado despachar al muerto al depósito; pero si es pobre, no se escapa el *velorio*. Este se reduce á tender en el suelo el cadáver ya amortajado en medio de cuatro velas, á rezar algunas estaciones y rosarios, á beber dos chocolates, y (para no dormirse) á contar cuentos y á entretener el sueño con boberías, y quiza con criminalidades. Yo mismo he visto quitar créditos y enamorar á la presencia de los difuntos. ¿Si serán estas cosas por vía de sufragios?

Algun tanto calman los gritos, llantos y suspiros en el intermedio que hay desde la muerte del deudo hasta el acto de sacarlo para la sepultura. Entonces, como si un cadáver nos sirviera de algun provecho, como si no nos hicieran un gran favor con sacarnos de casa aquella inmundicia, y como si al mismo muerto lo fueran á descuartizar vivo, se redobra el dolor de sus deudos: se esfuerzan los gritos; se levantan hasta el cielo los ayes: se dejan correr con ímpetu las lágrimas, y algunas veces son indispensables las pataletas y desmayos, especialmente entre las dolientes bonitas [1], unas veces originados de su sensibilidad y otras de sus monerías. Y cuidado, que hay muchachas tan diestras en fingir un acceso epiléptico, que parece la mera verdad. Por lo comun son unos remedios eficaces para hacer volver á algunas los consuelos y los chiqueos de las personas que ellas quieren.

Dejaremos á los dolientes en su zambra de gritos y des mayos mientras observamos el entierro.

Si el muerto es rico, ya se sabe que el fausto y la vanidad lo acompañan hasta el sepulcro. Se convidan para el entierro á los pobres del Hospicio, los que con hachas en las manos acompañan ¡cuántas veces! los cadáveres de aquellos que cuando vivos aborrecieron su compañía.

[1] Yo he observado que estos males casi nunca acometen á las viejas ni á las feas. Los médicos acaso sabrán la causa de este fenómeno, y sabrán por qué á una muchacha que conocí no le daba su mal cuando tenia las medias sucias.

No me parece mal que los pobres acompañen á los ricos cuando muertos; pero seria mejor, sin duda, que los ricos acompañasen á los pobres cuando vivos, esto es, en las cárceles, en los hospitales y en sus chozas miserables: y ya que por sus ocupaciones no pudieran acompañarlos ni consolarlos personalmente, siquiera que los acompañara su dinero aliviándoles sus miserias. Aquel dinero, digo, que mil veces se disipa en el lujo y en la inmoderacion. Entonces sí, asistirían á sus funerales no los pobres alquilados, sino los socorridos. Estos irían sin ser llamados, llorando tras el cadáver de su bienhechor. Ellos en medio de su afliccion dirían: ha muerto nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro tutor y nuestro todo. ¿Quién nos consolará? ¿Y quién sustituirá el lugar de este gé- nio benéfico?

Esta sí fuera asistencia honrosa y los mayores elogios que pudiera lisongear el corazon de sus parientes; porque las lágrimas de los pobres en la muerte de los ricos, honran sus cenizas, perpetúan la memoria de sus nombres, acreditan su caridad y beneficencia, y aseguran con mucho fundamento la felicidad de su suerte futura con más solidéz, verdad y energía que toda la pompa, vanidad y lucimiento del entierro. ¡Infelices de los ricos cuya muerte ni es precedida ni seguida de las lágrimas de los pobres.

Volvamos al entierro. Siguen metidos dentro de unos sacos colorados, unos cuantos viejos, que llaman trinitarios: despues van algunos eclesiásticos y con ellos otros muchos monigotes al modo de clérigos: á esta comitiva sigue el cadáver y tras él una porcion de coches.

La iglesia donde se hacen las exequias está llena de blandones con cirios, y la tumba magnífica y galana. La música es igualmente solemne aunque fúnebre.

Durante la vigilia y la misa, que para algunos herederos no es de *requiem* sino de *gracias*, no cesan las campanas de aturdirnos con su cansado clamoreo, repitiéndonos



*Que ese doble de campana  
No es por aquel que murió,  
Sino porque sepa yo  
Que me he de morir mañana.*

Bien que esta clase de recuerdos deben aprovecharse, especialmente los ricos, pues estos dobles solo por ellos se echan, y les acuerdan que tambien son mortales como los pobres, por los que no se doblan campanas, ó si acaso, es poco y de mala gana; y así los pobres son en la realidad *los muertos que no hacen ruido*.

Se concluye el entierro con todo el fausto que se puede ó que se quiere, cuidándose de que el cadáver se guarde en un cajon bien claveteado, forrado y aun dorado (como lo he visto), y tal vez que se deposite en una bóveda particular, ya que los mausoleos son privativos á los príncipes, como si la muerte no nos hiciera á todos iguales, verdad, que atestigua Séneca diciendo en el ep. 102, *que la ceniza iguala á todos*. ¿Quién distinguirá las cenizas de César ó Pompeyo de las de los pobres villanos de su tiempo?

Toda esta bamboya cuesta un dineral, y á veces en esos gastos tan vanos como inútiles se han notado abusos tan reprehensibles que obligaron á los gobernantes á contenerlos por medio de las leyes, mandando éstas que siendo los gastos de los funerales excesivos, atendidos los haberes y calidad del difunto, los modifique el juez del respectivo domicilio.

Entra aquí la grave dificultad para saber cuando no hay exceso de estos gastos. Confieso que será muy rara la vez que el juez pueda decidir en este caso, porque casi siempre le faltarán los conocimientos interiores del estado de las cosas del finado; y así solo podrá determinar el exceso con atencion á su calidad. Supongamos: cuando un plebeyo conocido quiera sepultarse con la pompa de un conde, y aun entonces si tiene dinero con que pagarla, no sé si se burlará de las leyes; pero Horacio sí lo sabia cuando dijo: que todo,

la virtud.....entiéndase, los elogios que á ella son debidos, la fama y esplendor obedecen á las hermosas riquezas, y el que las sepa acopiar será ilustre, valiente, justo, sabio y lo que quiera.

Mas hablando á lo cristiano, yo no me detendré en fijar la regla por donde se deba conocer cuándo hay exceso en los funerales.

Ya sé que parecerá nimiamente escrupulosa, pero aseguro que es infalible y muy sencilla. Se reduce á que lo que se gasta de lujo en funerales no haga falta á los acreedores ni á los pobres.

¿Y si los acreedores están pagados y á los pobres se les han dado algunas limosnas, no podrá el finado disponer á su voluntad del quinto de sus bienes? Si podrá, se responde: pero luego, luego pregunto: ¿lo que se gasta en lujo no estuviera mejor empleado en los pobres que siempre sobran? Es inconcuso. Pues en este caso ¿cuál es el lujo que se deberá usar lícitamente entre cristianos? Ninguno á la verdad. Digo esto si hablo con cristianos, que si hablara con paganos que afectaran profesar el cristianismo, seria menos escrupuloso en mis opiniones. Vamos á otra cosa.

A proporcion de los abusos que se notan en los entierros de los ricos, se advierten casi los mismos en los de los pobres; porque como éstos tienen vanidad, quieren remedar en cuanto pueden á los ricos. No convidan á los del Hospicio, ni á los trinitarios, ni á muchos monigotes, ni se entierran en conventos, ni en cajon compuesto, ni hacen todo lo que aquellos, no porque les falten ganas, sino reales. Sin embargo, hacen de su parte lo que pueden. Se llaman otros viejos contrahechos y despilfarrados que se dicen, *hermanos del Santísimo*; pagan sus siete acompañados: la cruz alta, su cajoncito ordinario, etc., y esto á costa del dinero, que antes de los nueve dias del funeral suele hacer falta para pan á los dolientes.

Es costumbre amortajar á los difuntos con el humilde zayal de San Francisco; pero si en su origen fué piadosa, en el dia ha venido á degenerar en corruptela.

Estoy muy lejos de murmurar la verdadera piedad y devocion:

y el objeto de mi presente crítica recae únicamente sobre el simoniacó comercio [1] que se hace con las mortajas, y los perjuicios que resienten las gentes vulgáres por vestir á sus muertos de azul y á tanta costa.

Las mortajas se venden á un precio excesivamente caro, cual es de doce pesos y medio, si es para hombre, y seis pesos dos reales si es para mujer. Los pobres, apenas muere el enfermo, tratan de solicitarle la mortaja, ¿y si no tienen dinero? Se empeñan, se endrogan y aun piden limosna para ello, haciendo falta para pan á las criaturas lo que gastan en un trapo inútil y asqueroso, pues no pasa de ahí la mejor mortaja, cuando se pone á un muerto, quien está en el caso de no poder ganar ninguna indulgencia; y como para gozar estas gracias espirituales se necesita estar en el estado de merecer, se sigue que en no vistiendo al enfermo la mortaja en vida, despues de muerto le valdrá tanto como el capisallo del gran chino.

Vosotros, si teneis en el discurso de vuestra vida algunos deudos, y sus fallecimientos acaecen en medio de vuestra indignancia, no os aflijais por el entierro ni por la mortaja. El entierro se facilita con tres pesos cuatro reales que distribuireis en esta forma. Doce reales de un cajon: un peso para los cargadores y otro para el sepulturero que les labre la casa en el campo santo.

La mortaja será mas barata si os conformais con vuestra pobreza. Los judíos acostumbraban liar á sus muertos con unas vendas que llamaban *sudarios*, y despues los envolvian en una sábana limpia. Así podeis hacerlo, y quedarán los vuestros tan amortajados como el mejor. Por cierto que no fué otra la mortaja de Jesucristo.

Acabados los entierros siguen los pésames. Para recibir éstos, se cierran las puertas: se colocan las señoras mujeres en los estrados, y los señores hombres en las sillas, todos enlutados y guardando un

(1) Si hubiese exactitud en esta expresion, podria decirse muy bien que las mortajas son bienes espirituales. Pero no es así, y es otro el nombre con que debe designarse lo que hay de abusivo en esta práctica.—E.

profundo silencio durante esta ceremonia ó cuando más, hablando en voz baja porque no les dé alferecía á los dolientes, cuya moderacion y respeto acaso no se observó tan escrupulosamente en la enfermedad del finado.

Tambien he notado como abuso en estos lances, que las conversaciones que se tienen con los dolientes se dirigen á celebrar y ponderar las virtudes del difunto: á traer á la memoria las causas que produjeron su enfermedad; lo que padació en ella; los remedios que le administraron; lo que tardó en la agonía, y otras impertinencias semejantes, con cuya relacion atormentan mas los afligidos espíritus de sus parientes.

Esta costumbre de dar pésames se contrae á dos cosas. La primera, á manifestar que tomamos parte en el sentimiento de aquellas personas á quienes los damos, ya por razon de parentesco, ó ya por la amistad que teniamos con el difunto. La segunda, para consolar en lo posible á sus dolientes, ofreciéndoles nuestros arbitrios temporales, y asegurándoles que con los suyos uniremos nuestros votos para que se aumenten los sufragios de que consideramos á su alma necesitada.

Ya se ve que todo este ceremonial es casi siempre un embuste solemne, un cumplimiento de rutina, y una de las costumbres mas bien recibidas.

No parecerá muy avanzada esta proposicion á quien advierta, que no digo los parientes remotos y los amigos, pero los mas inmediatos y aun los mas favorecidos del difunto, pasado poco tiempo, no se vuelven á acordar de él; porque con el discurso de los dias el corazon se serena, las lágrimas se enjagan, la falta se suple, los beneficios se olvidan y todo se borra, á pesar de cuantos gritos, alharacas, lágrimas, pataletas y faramallas se prodigaron en la escena triste de su muerte.

Y si este olvido se nota en el hijo, en la esposa y en el hermano, ¿qué esperanza podrán tener los pobres muertos en los sufragios tan

prometidos por los que solo van al velorio por beber el chocolate, y á dar el pésame porque les llevaron el convite, por mas que al despedirse digan *que no los olvidarán en sus oraciones, aunque malos?*

Este asunto es muy serio. Lo suspendemos mientras acabamos de refutar el abuso de hablar de los difuntos al tiempo de dar los pésames, porque si como hemos dicho, uno de los objetos de estos *pesamenteros* es aliviar el sentimiento de los dolientes, parece que es un error que puede calificarse de impolítico el renovar los motivos de dolor á las deudos al tiempo mismo que pretendemos consolarlos.

No puede menos que atormentarse el corazon de la muger ó hijo del difunto al oír decir: *¡qué bueno era D. Fulano! ¡Qué atento! ¡Qué afable! ¡Ay, mi aimá! dice otra: tiene vd. mil razones de llorarle; no hallará otro marido como el que perdió;* y otras sandeces de estas, que son otros tantos tornillos con que están apretando el corazon que quieren consolar. De modo que estas políticas lisonjas son unos indiscretos torcedores de los espíritus afligidos.

¡Cuánto mejor no fuera sustituir á esta fórmula imprudente de dar pésames, otra opuesta, en la que ó se trataran asuntos festivos é indiferentes, ó mas bien se redujera solo esta etiqueta á ofrecer con sinceridad sus haberes y proporciones á la voluntad de los dolientes, en caso de haberlos menester? Pues, pero en verdad, no con faramalla, y cuando los dichos dolientes estuvieren satisfechos de esta verdad, seguramente quedarian mas bien consolados que con todos los panegíricos que hoy dedican los *pesamenteros* á sus maestros.

Pero volviendo á éstos, digo: que pobre del que se muere si no ha procurado en vida facilitarse el camino de su salvacion, ateniéndose á los hijos, á los amigos y albaceas.

Vemos [y muy frecuentemente] que muchos, que tal vez tienen proporciones, mientras viven, ni dan limosna, ni se hacen decir una misa, ni pagan sus deudas, ni restituyen lo mal habido, ni practican ninguna obligacion de aquellas que nos impone la religion y nues-

tro mismo interes; pero llega la hora en que nuestros oídos no pueden menos que escuchar la verdad. Les intima el médico la sentencia de muerte: conocen ellos que puede no errar el pronóstico; porque su naturaleza se debilita por instantes mas y mas: se apodera de sus corazones el temor de la eternidad que los espera: se llama al confesor y al escribano: vienen los dos casi juntos: se hace la confesion de prisa y Dios sabe cómo: se sigue el testamento: se dispone todo: se declaran las deudas: se manda pagar: se nombran albaceas para el efecto: se ordena hacer las limosnas que llaman mandas forzosas: algunas á los pobres: decir algunas misas por su alma; y hecho todo esto, se recibe el sagrado Viático, los santos Oleos, y muere el enfermo muy consolado; pero ¡ha!..... ¡Cuánto hay que desconfiar de estas buenas disposiciones, cuando se hacen á la orilla misma del sepulcro.

Se dan limosnas y se mandan hacer restituciones (si se mandan hacer) en aquella hora, porque no se pueden llevar los caudales á la sepultura. Se mueren muy confiados en que los albaceas cumplirán el testamento, y ¿cuántas veces se engañan los testadores? ¿Cuántas veces se trasforman los albaceas en herederos, y los curadores *ad bona* en tenedores de bienes? Innumerables. No, no son raras las quejas que se oyen todos los días á los pobres menores á quienes ha dejado por puertas ó la mala fé, ó la mala administracion de aquellos.

Todo lo dicho os enseña á no esperar, como dicen, á la hora de los gestos para disponer de vuestras cosas; porque entonces el susto y la precipitacion, rebajan mucha parte del acierto.

Llegamos á los lutos, en los que como visteis con mi madre, caben tambien los abusos. El luto no es mas que una costumbre de vestirse de negro para manifestar nuestro sentimiento en la muerte de los deudos ó amigos; pero este color, á merced de la dicha costumbre, es solo señal, mas no prueba del sentimiento. ¿Cuántos infelices no se visten luto en la muerte de las personas que mas aman

porque no lo tienen? Y su dolor es innegable. Al contrario, ¿cuantas viudas jóvenes, cuantos hijos y sobrinos malos é interesables, que desearon la muerte del difunto por entrar en la posesion de sus bienes, no se vestiran unos lutos muy rigurosos así por seguir la costumbre, como por persuadirnos que están penetrados del sentimiento que no conocen?

El color, dicen los físicos, que es un accidente que no altera la sustancia de las cosas; y así, el buen hijo sentirá á su padre, la buena esposa á su marido y los buenos amigos á sus amigos, ora se vistan de negro, ora de azul, ora de verde, encarnado ó cualquier color. Y al contrario: el deudo que no amaba á su pariente, ó que quizá deseaba que espirara por heredarlo, no lo sentirá mas que se heche encima cuantas bayetas negras hay en todas la luterías del mundo.

En algunas provincias del Asia, el color blanco es el que han adoptado para luto; y entre nosotros que se acostumbra vestirse de negro el Viernes Santo y el dia de Finados, se observa que no es por sentimiento, sino por lujo.

Despues de todo, no tengo por abuso el trage negro en semejantes casos; pero sí califico por tal, aquel determinado número de dias que se traen los lutos para denotar nuestro mayor ó menor sentimiento, segun las graduaciones de parentesco que se tiene con los difuntos.

Ya habeis visto que en tiempo de mi madre, un año era el prefijado para llevar el luto por los padres, hijos y consortes (1), seis meses por los hermanos, tres por los sobrinos, etc. Esta no puede menos que ser una bobera; porque si se amaba á los difuntos verdaderamente, y el luto es la prueba del sentimiento, en ningun tiempo se debia quitar, porque en ningun tiempo debia cesar el motivo; y si no se amaban, era indiferente llevarlo pocos ó muchos meses, pues que no prueba sentimiento el tragenegro.

(1) En la capital de México ya no se ve tanto de esto; pero en los pueblos, villas y otras ciudades del reino, aun observan religiosamente estos abusos.

Algunas de estas reflexiones hice á mi madre, hasta que la desentusiasmé de su capricho, y me ofreció que nos quitaríamos el luto para el dia de San Pedro, que era cuanto yo deseaba, para quitarme tambien la máscara de la virtud que habia fingido, y correr á rienda suelta por toda la carrera de los vicios, disfrutando de mi libertad enteramente, y tirando con mis amigos los pocos medicillos que mi padre habia economizado para la subsistencia de mi pobre madre.

Segun esta determinacion, se me hizo un vestido de petimetre para ese dia, y se dispuso su almuerzo, comida, y bailecito para esa noche.

Llegó el tan deseado para mí dia 29 de Junio: me quité los trapos negros que hasta entónces habian sido escolares, y me planté de gala á lo secular. Parece que con campana llamaron á todos los parientes y conocidos ese dia: muchos que no habian vuelto á casa desde el entierro de mi padre, y otros que ni aun el pésame habian ido á dar á mi madre, se encajaron entónces con la mayor confianza y poca vergüenza.

Ya se deja entender que en primer lugar fueron mis íntimos amigos Januario, Pelayo, y otros como ellos, que tambien llevaron al baile á sus madamas tituladas que lo eran tambien mias. En una palabra, el olor del guajolote y del pulque de piña acarreó ese dai à mi casa una porcion de amigos mios, parientes y conocidos de mi madre, que fueron á cumplimentarme. Dios se los pague.

Se lamieron el almuerzo, consumieron la comida, y á su tiempo alegraron el baile grandemente; porque cantaron, bailaron, retozaron, se embriagaron, ensuciaron toda la casa, y al fin, al fin, salieron unos murmurando el almuerzo, otros la comida, otros el baile, y todos alguna cosa de lo mismo que habian disfrutado.

¡Qué necedad es tener una diversion pública! Se gasta el dinero, se sufren mil incomodidades, se pierden algunas cosas, y siempre se queda mal con los amigos á quienes se pretende obsequiar; y se recibe en murmuracion y habladurias, lo que se pretende recibir en agradecimiento.



Sin embargo de todo esto, como entonces yo no pensaba así, nada me daba cuidado, ni nada pensé sino en divertirme y holgarme á costa del dinero; aunque es verdad que en aquella hora me adularon bastante, especialmente las coquetas; con cuyos elogios dí por bien empleado el dinero que se gastó, y las incomodidades que sufrió mi madre.

## CAPITULO XIV.

Critica Periquillo los bailes, y hace una larga y útil digresion hablando de la mala educacion que dan muchos padres á sus hijos, y de los malos hijos que apesadumbran á sus padres.



ANSADOS de bailar y de beber, se acabó el baile como todos se acaban. A las doce poco mas de la noche se fueron yendo los mas prudentes, ó los menos tontos que no trataban de desvelarse. Los demas que se quedaron, fuérase porque extrañaban el bullicio de los que se habian ido, ó porque se habian cansado ya, apenas se levantaban á bailar. Las velas estaban muy bajas y pidiendo su relevo, y los músicos (que no descuidan en empinar la copa en tales ocasiones) ya no atinaban á tocar bien el són que les pedian; y aun habia alguno de ellos que rasca su bandolon abajo de la puente.

Januario, como tan diestro en estas escuelas, me dijo: hombre, ¡que entristecida se ha dado el baile y tan temprano! ¿Y qué hemos de hacer? Le dije yo. ¿Como qué? Alegrarlo, me respondió. Y con qué se alegra? Le pregunté. Con una friolera. ¿Hay aguardiente? Sí, le dije. ¿Y azúcar y limones? Tambien. Pues manda que lo pongan todo en la recámara. Hice lo que me dijo Januario, quien en un momento hizo una mezclá de aguardiente, azúcar y limon, que llaman ponche: mandó poner nuevas luces en las pantallas, y comenzó

á dar á los músicos y á los asistentes, de aquel brebaje condenado, á pasto y sin medida; con cuya diligencia se puso aquello de los demonios.

Al principio bailaban con algun órden, y sabian algunos lo que tocaban y otros lo que saltaban; pero en cuanto el aguardiente endulzado comenzó á hacer su operacion, se acabaron de trastornar las cabezas, se hizo á un lado tal cual respetillo y moderacion que habia habido, las mujeres escondieron la vergüenza, y los hombres el miramiento.

Entró segunda y tercera tanda de ponche, y ya no habia gente con gente, porque ya aquello no era baile, sino retozo y escándalo criminal.

Los que hacen bailes, y mas si son de la clase de éste [que pocos hay que no lo sean], son unos alcahuetes y solapadores de mil indecencias escandalosas. Tal vez no lo presumirán, no lo querrán y aun se disgustarán con ellas: pero todo esto no salva el que sean los consentidores y los motores principales de estas lúbricas desenvolturas; pues en buena filosofía se sabe que *lo que es causa de la causa es causa de lo causado*; y así los que hacen un baile deben tener consideracion de muchas cosas para evitar estos desenfrenos escandalosos; porque si no, pasarán la plaza de alcahuetes declarados á los ojos del mundo, y á los de Dios serán reos de cuantos pecados se cometan en sus casas.

Las principales consideraciones que debe tener presentes el que hace un baile, me parece que se pueden reducir á las siguientes:

1<sup>ª</sup> Que las mujeres concurrentes sean honestas, de buena vida, y nunca solteras ó mujeres libres, sino hijas de familia ó casadas, y que vayan con sus padres ó maridos, para que el respeto de éstos las contenga y contenga á los jóvenes libertinos.

2<sup>ª</sup> Que con conocimiento, jamas se convide á ninguno de éstos por esquisita que sea su habilidad; pues menos malo será que se baile mal; que no que se seduzca bien. Ordinariamente estos mozos

bailadores, ó como les dicen, *útiles*, son unos pícaros de buen tamaño: no llevan á un baile mas que dos obejetos: divertirse y *chonguear* (es su voz). Este *chongueo* no es mas que sus seducciones ó llanezas. Si pueden, pervierten á la doncella y hacen prevaricar á la casada, y todo esto sin amor, sino por un mero vicio ó pasatiempo.

Algunas ocasiones (¡ojalá no fueran tantas!) logran sus intentos, y apenas satisfacen su lujuria, cuando abandonan por nuevo objeto á aquellas infelices locas que prostituyeron su honor y su virtud á la verbosidad y arterias de un mozo inmoral, lascivo, necio y solo buen bailarín.

Pero aun cuando encuentran con pedernal, quiero decir, cuando por fortuna las muchachas todas de un baile son juiciosas, honestas y recatadas, que saben burlar sus intentonas y conservar su honor ileso en medio de las llamas, como la zarza que vió arder Moises sin quemarse, lo que ciertamente es un milagro, aun en este caso tan remoto hacen estos *útiles* su negocio.

Ellos, á más no poder, y cuando se les cierran los oidos de las jóvenes, no se dan por vencidos ni se entristecen. Como sus adulaciones y diligencias en cualquier seducción no son por amor sino por vicio, no se les da cuidado de los desaires, ni se entibian por no muy serenos, contentándose con lo que ellos llaman *caldo*.

hallar correspondencia. Nada ménos. Siguen brincando y saltando

Este *caldo*. . . alerta, casados y padres de familia que sabeis lo que es el honor y lo quereis conservar como es debido: este *caldo* es el manoseo que tienen con vuestras hijas y mujeres (1); las licencias pasan mil veces de las manos á las bocas, convirtiéndose los manoseos claros en ósculos furtivos, que las menos escrupulosas no llevan á mal, y las que se llaman prudentes y honradas disimulan y sufren por evitar pendencias.

(1) Esto se facilita mas en la contradanza y *walses*, que no son otra cosa que lo que ántes se llamaba *atemanda*. La diferencia está en que aquella se bailaba despacio, y ésta retozando de prisa, y entre la mucha polvareda se esconden ó disimulan mejor las palabras, las citas, los pellizcos, los abrazos, los besos, y algo peor que callo por no ofender la modestia,

— 170 —

De suerte, que el marido ó padre pudente que en su casa se espantaria de que su mujer ó hija le diese la mano á un hombre, en un baile de estos tolera á su vista que se las abracen, tienten, estrujen y manoseen mas que las ancas de un caballo gordo.

Lo peor es, que estos manoseos y tentadas acompañadas de las risas y dichitos que se acostumbran, son para muchas mujeres como el pecado venial para las almas, con la diferencia que el pecado venial *entibia* y dispone á las almas para el pecado mortal, y los manoseos ó *caldos* de que hablamos, *encienden* y disponen á algunas jóvenes para dar al traste con su honor, el de sus padres y maridos. Ningun escrúpulo está por demás para evitar estos excesos.

La tercera consideracion que podian tener los que hacen ó dan un baile, era que no hubiera en ellos licor aspirituoso. En caso de ser preciso, por costumbre ó cariño, obsequiar á los concurrentes, seria ménos malo hacerlo con zoletas y nieve de leche, limon, tamarindo, etc. de esta clase, que no con *merendatas* y vino, aguardiente, ponche y otros licores semejantes, que ofuscando el cerebro facilitan el trastorno de la razon, y alteran la constitucion física de ambos sexos, cuyas resultas, cuando ménos, no escapan de ser deseos, pensamientos consentidos, y delactaciones amorosas, y en tal y tal persona algo más, y más pecaminoso.

Mucho de esto se evitaria con la reglita que os dejo señalada; pues es cierto el dicho antiguo de que *sine Cerere et Baccho friget Venus*: que equivale á esta coplita:

Poco manjar y ninguna  
Espirituosa bebida,  
Si la lujuria no apagan,  
A lo ménos la mitigan.

La cuarta y última consideracion que se debia tener, era que los bailes durasen cuando mas hasta las doce de la noche. Esta es una hora mas que regular para irse á recoger cada uno á su casa bas-

tante divertido, si es racional; porque lo que pasa de esa hora ya no debe llamarse diversion, sino vicio, incomodidad y tontería.

A solas estas cuatro reglillas quisiera yo que se sujetaran los que dan un baile, y me parece [bien que no lo aseguro] que no se arrepentirian de su observancia.

Ultimamente, yo no declamo contra los bailes, sino contra los escándalos de los bailes. Quítese de ellos todo lo que los hace pecaminosos y peligrosos, y dejándolos en una clase de diversion indiferente, ellos serán malos para quien quiera ser malo en ellos, y serán honestos para el honesto; pero miéntras así no se haga, el baile, sea por sus abusos, sea por su ocasion, no podrá librarse de la definicion de un padre de la Iglesia, que dice: que *el baile es un círculo, cuyo centro es el demonio*.

Bailar no es malo: lo malo es el modo con que se baila, y el objeto porque se baila. David bailó delante del arca del Señor, y los israelitas delante del becerro de Belial. Todos bailaron; pero ¡con qué diverso modo, y con qué diverso objeto! Por eso tambien fueron diversas las retribuciones.

Hay moralistas tan austeros, que no consideraban baile sin ocasion próxima voluntaria; y segun esto, no juzga lícito ninguno. Yo, despues de respetar su opinion, no me conformo con ella. Soy más indulgente, y digo que puede haber, y de hecho habrá, no siendo como los que se usan, algunos bailes donde falten estas ocasiones, estos escándalos, cantares lascivos, manoseos, embriagueces y demas abusos que se notan en los mas de ellos. ¿Y cuales serán estos? Los que se debieran usar entre gente de buena conciencia.

Si todos los concurrentes lo son, el baile será una diversion honesta. La dificultad estriba en que se dé un baile con tanto arreglo.

Dejando á todos que hagan lo que quieran en sus casas, volviendo á la mia, digo: que ya fatigados de saltar, beber y charlar, se fueron poniendo en quietud á más no poder, porque los mas no se podian tener en pié.

Los músicos arrumbaron sus instrumentos junto á las sillas y ellos se acostaron en ellas lo mejor que pudieron: las mujeres se amontonaron en el estrado, y los hombres se pusieron á contar cuentos y á hablar ociosidades para no dormirse, pues no tardaba en amanecer, como deseaban, para irse á tomar café.

Las disposiciones no eran muy malas; pero ellos ni ellas eran dueños de sí, sino el aguardiente que los narcotizaba mas y mas á cada minuto.

Con esto, unos hablando y otros oyendo simplezas, se fueron quedando dormidos unos por un lado y otros por otro, siendo de los primeros Enero.

La señora mi madre ya se habia recogido bien temprano encargándome que cuidara la casa, como lo hice, pues aunque tenia sueño como el mejor, no me atreví á dormir temeroso de que no se fuera alguno á llevar alguna cosa. Es un demonio el interes. En el estado de la salud pocas cosas desvelan á los hombres mas que él.

Alerta estaba yo velando á todos y oyéndolos roncar y vaciar el estómago cual mas cual menos. No me era muy grata esta música ni estos colores; y á mas de eso, ya no podia sufrir el sueño.

Es verdad que el zaguán estaba cerrado y yo tenia la llave, por lo que bien me podia haber acostado; pero me detenia el considerar que en casa no habia mas que mi madre, yo y una criada buena, pero vieja y dormilona, que no madrugaba si el mundo se volcara de arriba á bajo. Mi madre no era justo que se levantara á abrir á aquellos bribones á la hora que á cada uno se le quitara la borrachera y quisiera marcharse para la calle, y así no habia otro centinela mas que yo; que para no dormirme me puse á divertir con los dormidos á mi entera satisfaccion, como que sabia que dormian, los mas, con dos sueños, el natural y el del aguardiente.

Uno de los perjuicios que la embriaguez acarrea al que la tiene, es esponerlo á la irricion de cualquiera, como les sucedió á éstos conmigo; pues á unos les tizné las caras, á otros les escondí varias cosas,

á otros los cosí unos con otros, y á todos les hice mil maldades.

Amaneci6 el dia, corri6 el ambiente fresco, abrí el balcon, y á vista de la luz, y al sonido de las campanas y del ruido de la gente que andaba por las calles, fueron despertando; y mirándose unos á otros las caras llenas de jazpes y labores, no podian contener la risa, especialmente las mujeres, las que lo mismo fué levantarse que oir, con dolor de su corazon, tronar sus vestidos y aun verlos hechos pedazos.

Unas disimulaban su pesar, mas otras renegaban del pícaro ocioso que las habia inferido tal daño, que ciertamente lo era; pero los tunantes como yo, no reparan en eso: el caso es divertirse á costa agena, y como esto se logre, nada les imperta hacer una maldad que perjudique el interes y aun la salud de los demas.

Pasado el primer fervor del enojo, limpiás unas, remendadas otras y todos mas serenos, se marcharon para el café ó sus casas, menos Januario y tres ó cuatro amigos suyos y mios, que como más gorrones y sinvergüenzas, se quedaron hasta apurar exel almuerzo las reliquias del dia anterior; pero por fin almorzaron, y viendo que ya no quedaba mas que repelar de la fiesta, se fueron á la calle y yo á mi cama.

Dormí como un podenco hasta las doce del dia, á cuya hora me levanté y hallé á la pobre vieja cocinera hecha un Bernardo contra los bailadores. Señora, decia á mi madre, no es ¡brava sinrazon la de estos perdularios, que despues de haber tragado y divertídose todo el dia, pusieran la casa como la han puesto? Mire vd. señora, todo el dia se me ha ido en limpiar sus porquerías; porque ¡Jesus! ¡cómo estaba todo! era un asco. Un v6mito por el corredor, una suciedad por la escalera, otra por otro lado: hasta la sala, señora, hasta la sala estaba hecha una zahurda. ¡Ah, fú! ¡qué gente tan sucia y tan grosera! Pero lo que yo mas he sentido, señora, han sido las mace-tas. Mire su merced cómo las han puesto. Todas están destrozadas. ¡Ay, qué gentes van á los bailes de tan mal náatural, que no conten-

tas con tragar, divertirse, emborracharse y emporcar la casa, todavía hacen mil maldades como esta.

Mi madre consoló á la viejecita diciéndole: dice vd. bien, nana Felipa, son unos pícaros, indecentes, groseros y malcriados los que hacen tanto mal en las mismas casas en que se divierten; pero ya por ahora, no hay remedio. Ya vd. sabe que mi marido no era amigo de estas jaranas, y así yo no tenia esperiencia de semejantes groserías; pero le empeño á vd. mi palabra, en que será la primera y última.

No me gustó mucho esta sentencia, porque como ni yo gastaba el dinero, ni trabajaba en nada de la funcion, hubiera querido que siguieran los bailecitos en mi casa, á lo menos tres veces á la semana.

Sin embargo, no me metí por entonces en otra cosa mas que en reirme de la vieja, y á la tarde á buena hora tomé mi sombrero y me salí para la calle.

Volví por la primera á las nueve de la noche, y hallé á mi madre algo seria, pues me dijo: ¿que dónde habia estado? Que estrañaba en mí tanta licencia: que yo era su hijo, y que no pensara que porque habia muerto mi padre ya era yo dueño absoluto de mi libertad, y otras cosas á este modo, á las que respondí que ya ese tiempo se habia acabado: que ya yo no era muchacho: que ya me razuraba, y que si salia y me detenia en la calle, era para ver de qué cosa nos habiamos de mantener.

Semejantes respostadas entristecieron á mi madre bastante, y desde luego conoció lo que iba á suceder, que fué quitarme la máscara y perderla el respeto enteramente, como sucedió.

Quisiera pasar este poco tiempo de maldades en silencio, y que siempre ignorarais, hijos míos, hasta donde puede llegar la procacidad de un hijo insolente y malcriado; pero como trato de presentaros un espejo fiel en que veais la virtud y el vicio segun es, no debo disimularos cosa alguna.



Hoy sois mis hijos, y no pasais de unos muchachos juguetones; pero mañana sereis hombres y padres de familia, y entonces la lectura de mi vida os enseñará cómo os debéis manejar con vuestros hijos, para no tener que sufrirles lo que mi pobre madre tuvo que sufrirme á mí.

Dos años sobrevió mi madre á la muerte de mi amado padre, y fué mucho, segun las pesadumbres que le dí en ese tiempo, y de que me arrepiento cada vez que me acuerdo.

Constantemente disipado, vago y mal entretenido, no pensando sino en el baile, en el juego, en las mujeres, y en todo cuanto directamente propendia á viciar mis costumbres mas y mas.

El dinerito que habia en casa no bastaba á cumplir mis deseos. Pronto concluyó. Nos vimos reducidos á mudarnos á una viviendita de casa de vecindad; pero como ni aun ésta se pudo pagar, á pocos dias puse á mi madre en un cuarto bajo é indecente, lo que sintió sobremanera, como que no estaba acostumbrada á semejante trato.

La pobre de su merced me reprendia mis extravíos; me hacia ver que ellos eran la causa del triste estado á que nos veiamos reducidos: me daba mil consejos persuadiéndome á que me dedicara á alguna cosa útil, que me confesara y que abandonara aquellos amigos que me habian sido tan perjudiciales, y que quizá me pondrian en los umbrales de mi última perdicion. En fin la infeliz señora hacia todo lo que podia para que yo reflexionara sobre mí; pero ya era tarde.

El vicio habia hecho callos en mi corazon: sus raíces estaban muy profundas y no hacian mella en él ni los consejos sólidos, ni las reprensiones suaves, ni las ásperas. Todo lo escuchaba violento y lo despreciaba pertinaz. Si me exhortaba á la virtud, me reia; y si me afeaba mis vicios, me exasperaba; y no solo, sino que entonces le faltaba al respeto con unas respuestas indignas de un hijo cristia-

no y bien nacido, haciendo llorar sin consuelo á mi pobre madre en estas ocasiones.

¡Ah, lágrimas de mi madre, vertidas por su culpa y por la mía! Si á los principios, si en mi infancia, si cuando yo no era dueño absoluto de los resabios de mis pasiones, me hubiera corregido los primeros ímpetus de ellas, y no me hubiera lisonjeado con sus mismos consentimientos y cariños, seguramente me hubiera acostumbrado á obedecerla y respetarla; pero fué todo lo contrario: ella celebraba mis primeros deslices y aun los disculpaba con la edad, sin acordarse que el vicio tambien tiene su infancia en lo moral, su consistencia y su senectud lo mismo que el hombre en lo físico. El comienza siendo niño ó trivial, crece con la costumbre y fenece con el hombre, ó llega á su decrepitud cuando al mismo hombre en fuerza de los años se le amortiguan las pasiones.

¿Qué provecho no hubiera resultado á mi madre y á mí, si no se hubiera opuesto tantas veces á los designios de mi padre, si no le hubiera embarazado castigarme, y si no me hubiera chiqueado tanto con su imprudente amor? ¡Ah! yo me habria acostumbrado á respetarla, me hubiera criado timorato y arreglado, y bajo este sistema, no hubiera yo padecido tantos trabajos en el mundo, ni mi madre hubiera sido víctima de mis desobediencias y vilipendios.

Lo mas sensible es que este funesto caso no carece de ejemplares: Hijos de viudas consentidoras, casi siempre son hijos perdidos y malcriados; y madres de semejantes hijos ¿qué han de ser sino unas mujeres desgraciadas?

Sucede por lo comun que el padre es un hombre regular que procura inspirar al niño unos sentimientos cristianos, morales y políticos y segun ellos desviarle de todas aquellas bajezas á que el hombre se inclina naturalmente. Esto hace llorar al niño, y la madre se aflige y lo embaraza. Hace alguna travesura, se le celebra; usa alguna malacrianza, se le disculpa; produce algunas palabras indecentes, ó porque las oyó á los criados, ó en la calle, y se festejan: el padre se

tuesta de estas cosas, y teme empeñarse y reprenderlas y castigarlas al hijo; porque cuando lo hace, sabe que salta la madre como una leona; y ya sea porque la ama demasiado, ya porque no se vuelva aquel matrimonio un infierno, condesciende con ella, no se castiga el delito del muchacho, éste se queda riendo y satisfecho en la impunidad que le asegura su mamá, dá rienda á sus vicios, que entonces como dijimos, son vicios niños, puerilidades, frioleras, pero en la edad adulta son crímenes y delitos escandalosos.

Sin embargo, rara vez deja de servir de cierto freno la presencia del padre; pero si éste muere, todo se acaba de perder. Roto el único dique que habia, aunque debil, se sale de caja el rio de las pasiones, atropellando con cuanto se pone por delante.

Entonces la viuda reconoce lo feroz de un corazon entregado á la libertad, quiere oponerse por la primera vez, pero es tarde: el torrente es impetuoso, y sus fuerzas incapaces de contenerlo: Prueba los consejos, emplea las caricias, compila las reprensiones, tienta las amenazas, agota las lágrimas, solicita castigos y acaso desesperada, prorrumpe en maldiciones contra su hijo [1]; mas nada basta. El jóven endurecido, obstinado y acostumbrado á no obedecer ni respetar á su madre, desprecia los consejos, se mofa de las caricias, burla las reprensiones, se rie de las amenazas, se divierte con las lágrimas, elude los castigos y retorna las imprecaciones con otras tales, si no se desacata, como se ha visto, á poner sus viles manos en la persona de su madre (2).

Toda esta lastimosa catástrofe se escusaría con educar bien y escrupulosamente á los niños. ¿Y á cuántos puntos se pueden reducir las principales obligaciones de los padres acerca de la buena educacion de sus hijos? A tres, en sentir de un varon apostólico que floreció en México (3). A saber: á enseñarles lo que deben saber, á cor-

(1) Muchas veces se han visto cumplidas estas maldiciones. Los hijos deben guardarse de merecerlas y los padres de proferirlas. Todo es malo.

(2) Crimen atroz, pero que no carece de ejemplares.

(3) El padre Juan Martínez de la Parra, de la Compañía de Jesús.

regirles lo mal que hacen, y á darles buen ejemplo. Tres cosas muy fáciles al decirse, pero muy difíciles al practicarse, atendiendo la multitud de hijos mal criados y llenos de vicios que notamos; mas no porque sean difíciles de observarse, porque el yugo del Señor es suave; sino porque los tales padres y madres, ni remotamente se aplican á practicar los tres preceptos insinuados, antes parece que al propósito se desvian de ellos cuanto pueden.

Si es en la instruccion, se contentan con darles la muy superficial por medio de unos maestros ó ayos mercenarios [1], que acaso, vienedo el chiqueo de los padres, no tratan mas que de lisonjear al pupilo con harto daño de él y de sus conciencias.

Si es en la correccion, ya hemos dicho el abandono de estos padres, y especialmente de las madres.

Ultimamente, si es en el ejemplo, ¿cuál es el ordinario que ven los hijos en sus casas? Lujo en las personas, excesos en la mesa, orgullo con los criados, altanería y desprecio con los pobres.

Esto es, cuando menos, que cuando mas, ya se sabe lo que ven y oyen los niños en muchas casas. Y siendo el ejemplo el aliciente mas poderoso para formar bien ó mal el corazon del niño en aquella

[1]. Hablamos aquí de los padres decentes y bien nacidos que obran de este modo, no de la gente vulgar que no abriga ningunos sentimientos regulares; pues á estos no los corrige la crítica ni la persuacion. Estos bárbaros que llevan al hijo á que los cuide cuando el aguardiente los arroja por las calles; otros que los llevan al juego, y aun juegan con ellos: otros en cuyas pocilgas jamás se oyen sino maldiciones, juramentos, riñas y obscenidades, etc., éstos no solono pueden dar á sus hijos buena educacion ni buen ejemplo, porque son unos brutos racionales, sino que por esta misma razon, siempre los imbuyen en sus errores y preocupaciones, y con sus perversos ejemplos les forman un corazon de demonios. Esta es una triste verdad, pero verdad que si se quisiera desmentir, hablarán en su favor las pulquerías; tabernas, billarcitos, cárceles y calles de esta ciudad, que no están llenas de otra polilla que de estos haraganes y viciosos. ¡Qué cosa tan grande fuera el hacerlos útiles al estado y á sí mismos! ¿Qué providencias mas conducentes para el caso, que encargarse de sus hijos, proporcionándoles por amor y por fuerza la buena educacion? ¿Y qué arbitrio, á mí parecer, mas fácil para ello que el proyecto de las escuelas gratuitas que propone en el tomo tercero de mi Pensador mexicano núms. 7, 8 y 9? Yo aseguro que practicado en todas sus partes, dentro de diez años nuestra plebe no fuera tan nécia, viciosa é inútil como hoy. Esto seria hacer de las piedras hijos de Abraham.

edad, ¿cómo será éste con tales ejemplos? Los resultados nos lo dicen: niño engreído, grande soberbio: niño consentido, grande necio: niño abandonado, grande perdido, y así lo demás.

Todo esto se remediaba con la buena educacion y ésta desde temprano. El consejo es del Espíritu Santo, que dice: *tienes hijos instrúyelos desde su niñez*; (Eccl. cap. 7). El árbol se ha de enderezar cuando es vara, no cuando se robustece y es tronco. Los médicos dicen que los remedios se deben aplicar al principio de las enfermedades, antes que tomen cuerpo, antes que se vicia toda la sangre y corrompa los humores. Los diestros cirujanos componen el hueso luego que se disloca, y lo entablan luego que advierten la fractura, porque si no cria *babilla* y se imposibilita la cura.

Así, ni mas ni menos, debe ser la educacion de los niños desde pequeños, antes que sean troncos. Se han de corregir sus deslices luego que se les noten, porque si no crian *babilla*.

Estas verdades son mas claras que el agua, mas repetidas que los dias, no hay quien diga que las ignora; y con todo eso no se ven sino muchachos malcriados y necios, que despues son unos hombres vagos, viciosos y perdidos.

Esto no puede estar en otra cosa, sino en que obramos contra lo mismo que sabemos. Consentimos á los muchachos por serlo y por tenerlos demasiado amor: ellos cuando jóvenes nos llenan de pesadumbres y disgustos, y entonces son los ojalás y los malhayas, pero sin fruto.

¿Cuánto mejor y mas facil no es domar al caballo de potro que de viejo? Tienen los padres un freno y un azicate muy oportuno para el caso, y que sabiéndolos manejar con prudencia, es casi imposible que deje de producir buenos efectos. El freno es la ley evangélica bien inspirada, y el azicate el buen ejemplo practicado constantemente.

Los campistas de nuestra tierra dicen, que el mejor caballo necesita las espuelas; así podemos decir, que el niño mas dócil y el me

¡jor natural, ha menester observar buenos ejemplos para formar su corazón en la sana moral, y no corromperse. Esta es la escuela mas eficaz para que los niños no se extravíen.

El buen ejemplo mueve mas que los consejos, las insinuaciones, los sermones y los libros. Todo esto es bueno, pero por fin son palabras que casi siempre se las lleva el viento. La doctrina que entra por los ojos, se imprime mejor que la que entra por los oídos. Los brutos no hablan, y sin embargo, enseñan á sus hijos; y aun á los racionales con su ejemplo. Tanta es su fuerza.

No hay que admirarse de que el hijo del borracho sea borracho: el del jugador, tahir: el del altivo, altivo, etc., etc.; porque si eso aprendió de sus padres, no es maravilla que haga lo que vió hacer. *El hijo del gato caza raton*, dice el refran.

Lo que sí es maravilla, ó por mejor decir, cosa de risa, es que como apunté poco há, cuando el hijo ó hija son grandes, y grandes pícaros; cuando cometen grandes delitos y dan grandes disgustos, entonces los padres y las madres se hacen de las nuevas y exclaman: ¡quién lo pensara de mi hijo! ¡Quién lo creyera de fulana! ¡Tontos! ¡Quién lo ha de creer, quién lo ha de pensar? Todo el mundo; por que todo el mundo ha visto cuál ha sido vuestro modo de criarlos. El milagro fuera que educándolos bien y dándoles buenos ejemplos, ellos salieran indóciles y perversos; pero que salgan malos cuando la doctrina que han mamado ha sido ninguna, y los ejemplos que han visto han sido pésimos, es una cosa muy natural; porque todos los efectos corresponden á sus causas. ¡Quién se ha admirado hasta hoy de que un poco de algodón arda si se aplica al fuego? ¡Ni que se manche un pliego de papel si se mete en una olla de tinta? Nadie, porque todos saben que es propio del fuego quemar lo combustible, y de la tinta, teñir lo susceptible de su color. Pues tan natural así es, que los niños ardan con la mala educacion y se contaminen con los malos ejemplos. Lo que importa es no darles una ni otros.

Por esto entre los lacedemonios se acostumbraba castigar en los

padres los delitos de los hijos, disculpando en ellos la falta de advertencia, y acriminando en aquellos la malicia ó la indolencia.

Wenceslao y Boleslao, príncipes de Bohemia, fueron hermanos, hijos de una madre: el primero fué un santo, á quien veneramos en los altares, y el segundo un tirano cruel que quitó la vida á su mismo hermano. Distintos naturales, distintas suertes; pero ¿á que se atribuirán sino á las distintas educaciones? Al primero lo educó su abuela Ludmila, mujer piadosísima y santa, y al segundo, su madre Draomira, mujer loca, infame y torpísima. ¡Tal es la fuerza de la buena ó mala educacion en los primeros años!

Cuando ponderamos lo mal que hacen los padres cuando faltan á las obligaciones que tienen contraídas respecto de los hijos, no disculpamos á estos de sus desacatos é inobediencias. Unos y otros hacen mal, y unos y otros trastornan el órden natural, infringen la ley y perjudican las sociedades en que viven; y no enmendándose, unos y otros se condenan, pues como se lee en los sagrados libros (1); los hijos recojen la leña y los padres encienden el fuego.

Es verdad que Dios dice que *el hijo malcriado. será el oprobio y la confusion de sus padres*; pero tambien están llenas de anatemas las divinas letras contra tales hijos. Oid algunas que constan en los Proverbios y en el Eclesiastico. *Se extinguirá la vida del que maldice á su padre, y pronto quedará entre las tinieblas del sepulcro. Mala será la fama, ó se verá deshonrado el que menosprecia á su madre. El que aflige á su padre ó huye de su madre, será ignominioso é infeliz. La maldicion de ésta destruye hasta los cimientos de la casa de los malos hijos, y por último: Devoren los cuervos carniceros el cadáver, y sáquenle los ojos al que se atreve á burlarse de su padre.*

Horrorizan estas maldiciones; pero y qué ¿habrá hijos tan inícuos, ingratos y desalmados, que las merezcan? Esto mismo dudó Solón, y por eso cuando dió leyes á los atenienses y les señaló castigo á to-

[1] Jerem. 7, v. 18.

dos los delitos, no lo señaló al hijo ingrato y parricida (1), diciendo que no se persuadía pudiera haber tales hijos. ¡Ah! nosotros no podemos fingirnos esta duda, porque vemos mil hijos que ni merecen este nombre, según son de perversos é ingratos con sus padres.

Por el contrario, prodiga Dios las bendiciones de los hijos buenos, amantes y obedientes á sus generadores. Dice, *que vivirán largo tiempo sobre la tierra: que la bendición del padre afirma las casas de los hijos*, esto es, su felicidad temporal. *Que de la honra que tributaren al padre, resultará la gloria del hijo ó su buen nombre. Que el Señor se acordará del buen hijo en el día de su tribulación: que atenderá sus oraciones: que les perdonará sus pecados; y en fin, que les acompañará la bendición de Dios eternamente.*

Es tan justo, debido y natural el amor, respeto y gratitud que los hijos deben á los padres, que los mismos paganos que no conocieron al verdadero Dios, ni se impusieron en sus bendiciones y amenazas, no los dejaron recomendado, no solo con sus plumas, sino con sus obras.

¡Qué amor el de aquella jóven romana, que estando su padre preso y sentenciado á morir de hambre, se dió arbitrio para alimentarlo por una rendija de la puerta de la cárcel! Y ¿con qué? Con la leche de sus pechos. Accion tan tierna que sabida por los jueces, le grangeó el indulto al infeliz anciano.

¡Qué respeto el de aquellos dos nobles hijos Cleoves y Vitón, que faltando los caballos, ellos tiraron la carroza y condujeron hasta las puertas del templo á su madre la sacerdotiza! Accion que elogió Ciceron, y la aplaudieron tanto los romanos que veneraron como á dioses á aquellos dos tan reverentes hijos.

¡Qué piedad la de Eneas, que ardiendo la ciudad de Troya en la noche fatal de su esterminio, cuando todo era espanto, terror y confusion, y no tratando todos sino de librarse de la muerte, él corre

[1] Para el caso lo mismo es matarlos á pesadumbres, que con veneno ó un puñal. Todo es quitarles la vida.



— 183 —

donde estaba su viejo padre Anchises, lo pone sobre sus hombros, vuela con él por entre las llamas, y le asegura la vida diciéndole:

*Ea, ven á mi cerviz, que yo en mis hombros  
Te tengo de librar, oh padre amado,  
Sin que tan dulce carga en ningun tiempo  
Me agrave ni la estime por trabajo.  
Sea despues lo que fuere, que hora el riesgo  
O la dicha será comun á entrambos.*—Virg. En. 2.

Estos heroicos ejemplos, ¿no embelesan, no encantan, no enternecen á los buenos hijos? Y á los malos ¿No los avergüenzan y confunden? Estas brillantes acciones no fueron hechas por unos santos cristianos, ni por unos anacoretas del Yermo, sino por unos gentiles, por unos paganos que no gozaron la luz del Evangelio, ni tuvieron noticia de sus infalibles promesas, y sin embargo, amaban, veneraban y socorrian á sus padres hasta el extremo que habeis visto, sin más guia que la naturaleza, y sin más interés que la complacencia interior, que es uno de los frutos de la virtud.

Pero los malos hijos no sólo no veneran á sus padres, sino que los insultan, y lejos de considerarlos y alimentarlos, les disipan cuanto tienen y les dejan perecer en la miseria. ¡Ay de tales hijos! y ¡ay de mí! que fuí uno de ellos, y á fuerza de disgustos y sinsabores dí con mi pobre madre en la sepultura, como lo vereis en el capítulo primero del tomo que sigue.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

